

# SELECTA

REVISTA MENSUAL, LITERARIA Y ARTISTICA

Año 1.—Núm. 9

EMPRESA ZIG-ZAG  
EDITORES PROPIETARIOS

Santiago de Chile, Diciembre de 1909

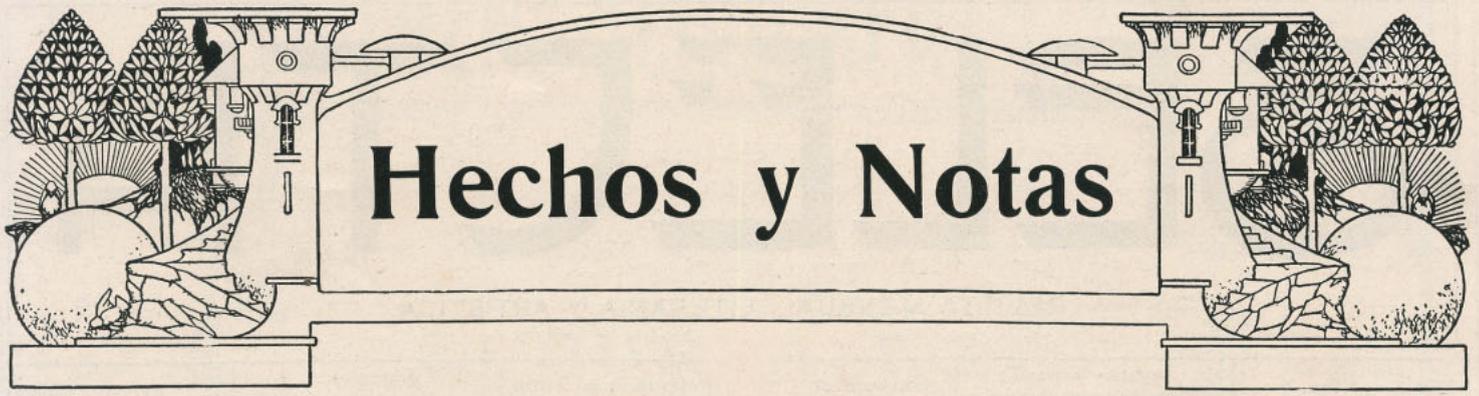
DIRECCION:  
CALLE TEATINOS 666

Precio: 1 peso

## CUADROS CELEBRES



ENSUEÑO, de J. Lieck



LA sociedad de Santiago lleva ordinariamente una vida apática y perezosa, como si continuase la perezosa y soñolienta existencia de la colonia. Apenas si en las noches de invierno vamos un momento al teatro á escuchar cantantes que nó nos recuerdan la voz de los ruiñeños, sopranos que acaso tuvieron alguna reputación treinta años antes y tenores que recién se inician y hacen entre nosotros sus primeras armas, ó bien á contemplar bailarinas cuyo aspecto hace recordar la frase de Napoleón en Egipto: "Desde lo alto de estas pirámides cuarenta siglos os contemplan". Si bien la sociedad de Santiago ha dado algunos pasos desde la colonia hasta la fecha; si no salimos de visita como nuestros abuelos en tiempos de antaño, precedidos de un negro provisto de farol; si bien de tarde en tarde alguna fiesta, matinée ó baile reúne grupos de familias elegantes, no existe en Chile esa vida exclusiva de placer y de diversiones que constituye el encanto de las grandes capitales europeas.

Y ni siquiera tenemos la vida de estudio ó de goce intelectual que sería tan fácil procurarnos, ya que en Chile existe una cultura literaria y artística tal vez en condiciones superiores á las de los demas pueblos de nuestro continente. ¿Por qué no se había iniciado entre nosotros el sistema de conferencias tan usado en los centros cultos de otros países? Lo ignoramos y, sin embargo, muchos de nuestros compatriotas han tenido ocasión de asistir á las brillantes conferencias de Francisco Sarcey sobre literatura clásica, de Julio Lemaitre sobre el teatro moderno, de Camilo Flammarion sobre astronomía, de Nordenskjöld sobre el Polo, de Camilo Saint Saenz sobre música. En Alemania, Italia, Inglaterra y Estados Unidos abundan los conferencistas de nota, que exponen de manera amena y presentan a los oídos de los auditores la ciencia fácil, la filosofía y la crítica al alcance de todos. Nace de aquí una intensa y exquisita palpación de vida intelectual que circula á través de una sociedad como la sangre por el cuerpo. Todos quedan al corriente, sin esfuerzo alguno, de la teoría de los últimos descubrimientos científicos, del radio, de los aeroplanos, del telégrafo sin hilos, del dominio completo del aire y de los cielos, de los misterios ocultos en el fondo de los mares. Desde hace muchos años se había hecho moda tanto en los Estados Unidos del Norte como en la República Argentina al sur, el invitar á personalidades eminentes para que dieran conferencias en sus ciudades importantes. Todavía se recuerda en Nueva York y en Boston la maravi-

llosa lectura de sus propias novelas hecha por el célebre Carlos Dickens, así como las conferencias de Pablo Bourget sobre literatura contemporánea. En Buenos Aires ha estado últimamente Guillermo Ferrero, el notable crítico é historiador italiano que ha venido á pintarnos una Roma antigua desde un punto de vista nuevo. Anatole France, el escritor más griego y el humorista más fino de Francia contemporánea, ha visitado también las márgenes del Plata.

Si nosotros no hemos tenido la dicha de conocer esas grandes personalidades literarias, hemos tenido, en cambio, la fortuna de recibir la visita y escuchar las conferencias de dos distinguidísimas personalidades españolas, los señores Altamira y Blasco Ibañez. Se ha producido con este motivo en Santiago un hermoso movimiento intelectual, como si flotara en la atmósfera algo de arte y algo de pensamiento surgiera del fondo misterioso de nuestras almas ante la evocación de una varilla mágica. A las conferencias dadas por los dos literatos españoles han asistido no solamente los hombres de letras y los que de ordinario se preocupan de este género de estudios, sino también muchas distinguidas damas de las más altas clases sociales de Chile. Ha entrado en este movimiento el elemento femenino, que es en todas partes el que da vida y consistencia á los grandes hechos sociales, á las modificaciones de alma y de costumbres. Es de notar que las ideas del señor Blasco Ibañez venían á chocar violentamente con las tradiciones coloniales y religiosas que entre nosotros dominan todavía, con los prejuicios y las ideas heredadas de la antigua educación española, tan arraigadas en tres siglos y transmitidas por herencia á un pueblo en el cual los elementos extranjeros, ingleses y sajones, escasos en número, por nuestra considerable distancia de Europa, no han conseguido ser asimilados con la misma intensidad que en otros Estados nuevos.

El señor Altamira se ha ocupado principalmente de los asuntos relacionados con la pedagogía y la enseñanza, los nuevos métodos, la extensión universitaria y la universidad del pueblo. Sus ideas, de procedencia anglo-sajona, eran desde antiguo conocidas en Chile y habían sido puestas en práctica en cuanto se relaciona con los métodos. Pero nos ha traído de Oviedo la tradición de un más íntimo consorcio moral entre profesores y alumnos, de una comunidad de familia en el profesorado, para dar mayor unidad á la enseñanza.

Blasco Ibañez, por su parte, nos ha traído la visión radiante y colorida del arte y de las letras españolas, nos ha mostrado las nuevas corrientes que obran de manera silenciosa entre los escritores de la península; nos ha hablado de los novelistas modernos, principalmente franceses y españoles; nos ha pintado, con anécdotas vivas y pintorescas, las tendencias y el modo de ser de los escritores principales en el período romántico que tuvo de jefe á Víctor Hugo, y en el período realista y en el naturalista, en los cuales descollaron Balzac y Emilio Zola.

El señor Blasco Ibañez se ha revelado conferencista de primer orden y orador poderoso de esos que saben colocarse en contacto interno con las muchedumbres. No tiene por cierto la profundidad crítica de un Hipólito Taine, ni la psicología finísima de Saint-Beuve, con su manera especial de penetrar en los repliegues íntimos de una obra ó en los misterios de una conciencia; ni tampoco hallaremos en él la eru-

dición vastísima de un Marcelino Menendez Pelayo con sus amplios puntos de vista intelectuales; ni la originalidad picante y personal de Juan Valera; ni el hondo sentir estético de un Ruskin. En cambio, posee el señor Blasco Ibañez el privilegio maravilloso de dar cuerpo y vida á un pensamiento, de imponer las líneas plásticas de una estatua y el colorido de un cuadro á las ideas que expone á los ojos de las multitudes. Su palabra fácil y fluida se desliza y penetra mansamente á veces, de manera tempestuosa y apasionada otras, en ocasiones produciendo una impresión de elocuencia que llega á dominar á su auditorio. Consigue este resultado á pesar de carecer de muchas de las condiciones clásicas exigidas á los oradores por el arte desde los tiempos de Marco Tulio Cicerón. Si el movimiento iniciado en Chile por estos dos literatos consigue mantenerse y encuentra imitadores, se habrá iniciado entre nosotros una época memorable.

LUIS ORREGO LUCO

## CUADROS CÉLEBRES



El caballero de Malta



## LA MAGNA LECCION

SE conocieron, se comprendieron, y él la amó.

Qué importa cómo, cuándo y dónde. Lo cierto es que en fría noche del mes de Junio, dos cabezas, una con visos de ala de cóndor, la otra blonda como rayo de luz estival, se inclinaban sobre las hojas borronrientas de un legajo amarillento.

Eran producciones del cerebro de ella, cuentos de hadas y de héroes, descripciones y narraciones curiosas en lenguaje apasionado ó tierno que había anotado en años anteriores y que revelaban un conocimiento profundo de la vida, de los hombres, de las cosas y de los hechos, y un ingenio rico y variado.

Un solo tema no había abordado aquella hábil pluma; él lo notó: "No hay cuentos de amor", le dijo.

"No se puede escribir lo que no se siente", le responde ella con sencillez.

"Yo te enseñaré á amar", y los ojos pardos, luminosos de amor del hombre buscaron los de la mujer, pero no hallaron en sus profundidades de lago dormido respuesta á su pasión.

Ni el más leve estremecimiento agitó sus formas delicadas; su rostro etéreo, nimbado de gloriosa aureola dorada, conservó su habitual palidez de mármol viejo; los glaucos ojos de niño preguntón vagaron lentamente por las facciones del rostro entusiasmado, con activa indiferencia; entre tanto los labios de bellas curvas, suaves y móviles, se entreabrieron y de ellos se escapó una risita indescriptible, algo entre arrullo de paloma mimada y última nota plañidera de cisne moribundo.

Y él, el hombre fuerte, por cuya vida habían pasado las mujeres como nubes por cielo azul, sin dejar huella de su presencia, tembló como barca azotada por mar enfurecida y tuvo el impulso loco de ajar entre sus férreos brazos á la alba figurita con rostro de esfinge que tenía tan cerca de sí, y calcar con besos de fuego la plácida frente pura, los labios sonrientes, los ojos soñadores. Extendió los brazos amantes en apasionado ruego y un mundo de ternura vibró en el grito de su corazón sediento: "Nena, te amo, ven".

Recto, como gigante de bosque andino, de gesto dominador y ojos de llama, era una figura hermosa y varonil á cuya sombra habría hallado seguro refugio contra las borrascas de la vida cualquiera mujer; pero ella, la fría soñadora de glorias imposibles, ni sintió siquiera el hálito de su presencia.

Sonaron las doce en los diversos relojes de las iglesias vecinas, doce instantes en que se condensaron para él toda la esperanza y toda la desesperación de una vida; con la última vibración gemibunda se apagó la luz de sus ojos, desfallecieron sus miembros y, humillado y sin fuerzas, fué á inclinar la cabeza leonina sobre los legajos descoloridos. Tuvo en ese instante de dolor supremo, la previsión del porvenir, frío y desolado, y sorda queja brotó del corazón.

Un instante después, irguió con orgullo la pálida faz transfigurada por el dolor, y con tono lento y cadencioso siguió leyendo, haciendo observaciones y correcciones, como si lo pasado hubiera formado parte de una escena preparada anteriormente.

Y luego vino la "buena noche" acostumbrada y se separaron estos dos productos extraños, complejos y contradictorios, de una época común.

Pasaron los años. A él le trajeron oro, gloria y el amor de las masas, cuyo defensor se constituyó, después que volvió de tierras extrañas, en las cámaras de la patria idolatrada, y á ella le robaron cuánto hace grata la vida: padres, hermanos, fortuna y juventud, y todavía la fama anhelada se extendía delante de ella como inmenso casis esmeraldino, atrayéndola siempre, siempre huyendo de su alcance.

Y ella, la de indómita alma guerrera, luchaba en las largas noches invernales con sus ideas y con sus prejuicios y escribía historias de amor que eran simple remedo de la realidad, y cerraba su corazón virginal á la magna lección de la vida, y las torturas deliciosas de la duda y de ansias no satisfechas y los tibios ensueños de las almas que aman, le eran desconocidos...

Muchas veces se encontraron: entre los vagabundos de la Alameda desierta en crepúsculos otoñales, cuando ella se arrastraba de su trabajo, pues que ya era maestra; en salones brillantes donde ella tocaba y cantaba, por mezquina remuneración, para divertir á los invitados en honor de él; en parques, plazas y calles, y á veces era ella quien iba hacia él con palabras de elogio y de entusiasmo, y á veces la buscaba él para consolar y alentar; pero nunca volvieron á hablar de amor, y ni al mundo aristocrático que á él lo mimaba, ni á la casta chismosa á que ella pertenecía, se les ocurrió jamás asociar sus nombres de otra suerte que como protector y protegida.

Corrieron más años, que en la vida de él vertieron amores de mujeres por él no amadas, glorias no apetecidas y otros bienes que la vida da, y á ella la dejaron levemente gibada y acentuaron la tosecita seca, cogida entre el fango y frío de los suburbios de Santiago, que la obligaron á refugiarse en su cuarto primero y más tarde en su lecho, del que no volvió á levantarse más.

Así pasó un invierno, una primavera y un verano, á solas con sus pensamientos.

Las ventanas de su habitación daban sobre el inmenso valle del Mapocho cruzado por hinchado seno del limoso río, y más allá, tras verdes flancos de colinas ondulantes, las altas cimas nevadas del Andes gigante titilaban al rayo del sol de medio día.

Y en su lecho de enferma, privada del trabajo, con tiempo para pensar y para sentir, en el silencio de tardes tranquilas, abrieron paso á su alma pensamientos nuevos y nuevos sentimientos, y las verdades de la vida se le hicieron claras, porque las voces de la gran madre empezaron á hablarla no al cerebro ya, como en años anteriores, sino al corazón, que en el ocaso de la vida empezó á despertar.

Con honda pena revisó su vida pasada, como tantas otras que, como ella, pertenecían á la legionaria raza de los "brazos"; había cruzado el valle terrenal sin detenerse á analizar la naturaleza ni sus relaciones con ella, había ahogado los gritos del corazón, la sed de amor y simpatía en el trabajo, luchando por el pan de cada día como tantos otros desheredados de la fortuna, nada más.

Y, ¿á dónde la había traído tanta labor, tanta inquietud, tanto afán?... Al borde de la tumba... Y al llegar á esta conclusión, ruedan las lágrimas sin atajo por las pálidas mejillas demacradas, porque comprende que ya es tarde para volver atrás: la naturaleza defraudada cobraba al fin su tributo y había que pagarle lo suyo, había que renunciar á la vida cuando se la empezaba á amar.

Y cuando el sol moría en occidente bañando al mundo en su gloria de oro y grana, cuando descendían las sombras sobre los albos picachos lejanos, la aurora pálida invadía el oriente con tibia luz y la tierra despertaba, sentía la pobre mártir de sus convicciones acelerarse la sangre de sus venas y quiso vivir porque encontró bella la vida, bellas las horas.

Los esfuerzos de años anteriores, el trabajo sin tregua, hasta la fama soñada, se despojaron del halo dorado con que sus ojos de visionaria los habían nimbado, y en su clarividencia tardía, en su tardío despertar, hubiera dado todas las glorias de un mundo para evocar una sola hora de su pasado, perdida allá en la primavera de su vida.

Más tarde, tras noches de remordimiento amargo y amarga queja, se acostumbró á pensar en la muerte próxima, nó como el fin sino como el comienzo de su vida, y fué relativamente feliz.

Pero tardó en morir; el vigor de su juventud resistió á la invasión de la terrible enfermedad y sólo poco á poco fué derrotado: fué una gallarda lucha por vivir, como tantas otras, perdida al fin.

Pues un día, fué en los primeros de otoño, se apagó la pura llama de su vida y la encontraron con los pálidos rayos del sol, que había aprendido á amar, jugueteando sobre el albo rostro, sonriendo con la quietud solemne de la muerte, un manojo de juncos en las manos liliales y sobre los cobertores una carta incompleta como su vida, que leyó tres meses más tarde el Encargado de Negocios más hábil que haya tenido Chile en Francia.

"Amigo, decía, en el silencio pavoroso de mis noches de insomnio amargo, oigo extrañas voces de otros mundos que me llaman y en torno de mi lecho vagan murmurios misteriosos como de espigas que, tronchadas, gimiendo, á tierra caen: son los ecos lastimeros que en pos de sí levanta la guadaña despiadada del Temible Segador que no tardará en cortar las fibras casi rotas de mi estéril vida.

"Ya lo sé, y á veces me resigno al duro decreto del destino que me condena á tumba tan temprana, y pienso con calma, hasta con placer, en el estrecho y frío abrazo de la tierra; otras veces me rebelo, cruel angustia inunda mi sér y en mi sed de vida trocara una eternidad de Dios y el cielo por algunos años más de la tierra y tú.

"Porque te amo con ternura infinita, con intensa pasión, como aman los que aman una sola vez en la vida y despiertan tarde al amor.

"Cuándo empecé á amarte, no lo sé; tal vez te he amado

siempre, sin saberlo; tal vez empecé á amarte cuando el mal que me consume robó mis fuerzas físicas y la debilidad de mis pobres miembros contagió también el alma mía. Cansada, adolorida y siempre sola, sentí entonces la necesidad de un sér más fuerte que yo á quien confiar mis ansias incógnitas, mi pena, mis dolores. En mi memoria surgiste tú, amigo mío, y mis recuerdos te rodearon, como flor de la pasión, al muro que le da calor. Y en horas aciagas he tendido mis brazos hacia tí, te he llamado, he dado voz á mi pasión, con la esperanza que me oírías al través de los mares y vendrías hacia mí.

"Pero es tarde ya. Mis ojos no volverán á verte más; jamás en la tierra escucharé tu voz. Antes que leas estos renglones, que encierran la historia triste de mi pobre amor, estará helada la mano que los traza.

"Con ellos va un manojo de flores. Míralas, lánguidas y marchitas, y piensa que son imagen de la que te ama y muere lejos de tí. Pónlas sobre tu corazón y felices déjalas dormir ahí, donde hoy diera mi esperanza de cielo por reclinar mi frente fatigada. Acarícialas; sus pétalos aprisionan mis besos, su aroma es la voz de mi desventurada y loca pasión. Mensajeras de amor, te hablarán de mí cuando las frías rachas otoñales de años venideros doblen las pálidas corolas de flores hermanas sobre la tierra que cubre mi corazón herido.

"¿Quién dice que el amor es nube vagabunda, teñida de oro y grana, que se disipa al beso frío de la muerte? Amado de mi alma, no es cierto, al borde de la tumba se quiere mucho más.

"Si tú me amabas, ¿por qué?....."  
 Por las márgenes solitarias del Sena cenagoso vaga la esbelta y varonil figura del chileno que, en los altos círculos políticos y literarios de París, la loca bella, ha evocado aplausos estruendosos con su palabra fácil y convincente, despertando en los corazones franceses respeto por la raza y admiración por la poco conocida lonja lejana, cuyo representante es.

Sonrisa amarga anida en las comisuras de sus labios y en el corazón sensible y generoso, habituado á sufrir y á callar, la nostalgia de un amor perdido para siempre.

De pronto saca del seno las muertas flores y fragmentos de la carta de la muerta amada, las besa con pasión, con respeto, con ternura, é inclinándose sobre las turbulentas aguas, las abandona lentamente, suavemente, á la corriente voraz; etéreas y ajadas á los pálidos rayos de la luna moribunda, giran, se dispersan y se alejan.

Como ellas, de nuestras vidas los tesoros más preciados, sobre el refugio de los eternos mares, se van para no volver jamás.

WINI



¡BUENAS NOCHES!—G. Hom

# LA ZAMACUECA Y LA ZANGUARAÑA

(Juicio crítico sobre esta cuestión internacional)

"La profession de maître de danse n'était exercée à Lima que par les nègres et les zambos".—(FUENTES, *Lima*, 1866, página 159).

"En el último concierto del circo de los Campos Eliseos, Mlle. Verdi cantó una brillante *Zamacueca* de Theodore Ritter".—(Noticias de París, Abril de 1882).

"Presentar la *Zamacueca* como baile peruano es un error, porque precisamente en el Perú la llaman *La chilena*".—ROMAN VIAL, *El Mercurio* del 9 de Mayo de 1882).

"My friends danced a *Sambo Quaker*".—WALPOLE, *Four years in the Pacific*, volumen I, página 232).

## I

¿Cuestión internacional?

¿Cuestión de guerra?

¿Cuestión de palpitante actualidad?

¿Qué es la zamacueca como expresión de la índole social de un pueblo, como cuna y como tabladillo, como gracia, como voluptuosidad peculiar del clima y la mujer, como molde de costumbres, como gimnasia de la juventud, como símbolo de placer y bulliciosa alegría, como danza nacional en fin?

¿La zamacueca es peruana?

¿La zamacueca es chilena?

La respuesta de la investigación, pronta como la vuelta femenina en el baile que historiamos, como el gentil borneo del pañuelo del galán de la pareja, es que la zamacueca no es ni chilena ni peruana.

## II

No es peruana, porque los habitantes de la zona tropical en que hoy vive aclimatada, como el plátano, que no es de América sino de Tenerife, la llaman sólo *La chilena*.

Y no es chilena, porque en esta zona templada no ha habido nunca zambas y menos zambas cluecas, aunque haya podido haber zambas templadas.

Entonces, ¿de dónde ha venido á estas tierras la zamba-clueca, conforme á su primitivo nombre?

## III

La zamba-clueca es, como muchos de nuestros bailes populares, del país de los negros, de la Africa tropical, tierra por excelencia de las danzas sensuales y gentiles.

Trajéronla á Chile, primero que al Perú, á fines del pasado siglo, los negros esclavos que por esta tierra pasaban vía Los Andes, Quillota y Valparaíso, á los valles de Lima en viaje desde los valles de Guinea; y ¿cosa curiosa! la primera tradición escrita que de ella hemos encontrado en este país de los promaucas (ballarines), está ubicada en Quillota, tierra semitropical, tierra de deliciosas chirimoyas y de voluptuosas zamacuecas. Y decimos lo último con perdón de Petorca y de las petorquinas.

## IV

Un buhonero ó falté francés que recorrió á Chile con su bandola á la espalda desde Santiago al Pajoso, y que por lo mismo tuvo ocasión de vivir en medio del pueblo y con el pueblo, refiere, en efecto, que vió bailar la zamacueca por la primera vez en Quillota, en 1813, y después en el Almendral, "pequeña aldea, dice él mismo, media legua distante de Valparaíso", donde las mujeres eran libres, enamoradas y bailarinas como en Quillota. Por nuestra parte agregaremos que en aquel

tiempo el Almendral estaba mucho más cerca de Quillota que del Puerto, porque por su playa arenosa corrían los dos caminos reales de Aconcagua y de Coquimbo que hoy todavía bifurcan en el cruce de Rubio, al paso que para ir de esa planicie á Valparaíso, era preciso pasar muchas veces sobre una tabla, y á veces á nado, el tempestuoso cabo que dió su nombre á una calle y que los viajeros ingleses, en todos sus libros de aquel tiempo, llaman el "Cabo de Hornos..."

Entre tanto, las palabras textuales del viajero francés, sobre la geografía de Valparaíso y del Almendral en la primera década del actual siglo, eran éstas: "A une demie lieu de la ville de Valparaíso on en trouve une autre appelée l'Almendral".

## V

La descripción que de la zamacueca negra y todavía semiafricana hace el ingenio y vivaz mercachifle gascón, no puede ser más característica ni más típica: "Esta danza, dice, se ejecuta al són de la guitarra y del canto. Los hombres se colocan frente á frente de las mujeres, y los espectadores forman un círculo á su alrededor, los cuales cantan y palmotean las manos mientras los bailarines, con los brazos un poco levantados, saltan, se dan vuelta, hacen movimientos atrás y adelante, se acercan los unos á los otros y retroceden en cadencia hasta que el sonido del instrumento ó el tono de la voz les indica que vuelvan á juntarse".

El viajero francés agrega que esta danza, bailada entonces por diversas parejas, como suele suceder todavía en las "remoliendas" llamadas de "pata en quinchá", había sido introducida en Chile por los negros de Guinea, y que, en Quillota y en el Almendral, que eran alojamientos obligados de su itinerario, conocíanla en aquel remoto tiempo con el nombre africano ó indígena de *lariate*. Pero, ¿quién no ha reconocido en sus giros, en sus círculos, en sus palmoteos, en la guitarra, en el adelante y atrás de las parejas la actual zamacueca? Y esto que suprimimos, en homenaje á la cultura, al menos en el texto español, la peculiaridad más africana de su origen, y tal vez la que le dió más tarde en el Perú el nombre de *Zamba-clueca* (1).

(1) Para comprobar, oigamos el lenguaje llano y sin rodeos del buhonero francés que, describiendo el baile quillotano, dice así:

"Cette danse a lieu au son de la guitare et des voix. Les hommes se placent vis-à-vis des femmes et les spectateurs forment un cercle autour des danseurs et des joueurs d'instruments: un de ces spectateurs ou de ces danseurs chante une chanson, dont le refrain est répété et suivi de claquements de mains: tous les danseurs tiennent alors les bras à demilevès, sautent, tourment, font des mouvements au arrière et au avant, s'approchent à deux pas les uns des autres, et reculent en cadence jusqu'à ce que le son de l'instrument ou le ton de la voix les avertisse de se rapprocher; alors ils se frappent du ventre les uns les autres trois ou quatre fois de suite..."

El autor ha visto bailar la zamacueca de esta precisa manera al pasar en Lima por las chinganas de Malambo, barrio de negros, y en esta forma grosera y lasciva entiende que llamanla hoy día la *moza-mala*.

En cuanto al francés, que nos ha dejado la clave del itinerario africano de la zamacueca, era un alegre gascón, natural de Marmande, cerca de Burdeos, que vino á Buenos Aires en 1808 como doméstico de Chasensai, enviado de Napoleón al virrey Liniers; y dedicado á la profesión de buhonero recorrió toda la América española desde la Asunción hasta Bogotá y desde Mendoza á la Habana, donde por cuestión de amores, es decir, de zamacueca, lo prendieron en 1820 y lo enviaron á su tierra. Su nombre era Julián Mellet, dit *l'americaín*, y escribió una relación ingenua y divertida de sus viajes en un libro impreso en Agen en 1823, y del cual creemos que no existe sino un ejemplar en Chile.

En su forma primitiva, la zamba-clueca hacfa, en efecto, recordar, por lo que se cuenta de sus lascivos arrebatos, aquella *danza negra* de que hace la descripción y el dibujo Raffanel en sus *Viajes por el país de los negros*, cuando, visitando los placeres de Sausabadioubé y recibiendo los homenajes del príncipe traidor Sanimoussa, cuenta que en el baile de los negros, ejecutado al són de guitarras andaluzas, no aparecía sino una actriz, que por sus movimientos y gestos impúdicos parecfa fingir, tomando por objetivo algunos de los espectadores (y en este caso fué él) una lucha, en seguida una derrota y después las súplicas dirigidas al vencedor (2).

## VI

Queda con esto suficientemente comprobada la ascendencia africana, es decir, negra y zamba, de la zamacueca, y no sería difícil demostrar que la mayor parte de los antiguos bailes nacionales, como el *pericón*, el *aire*, la *perdiz*, el *negrito* etc., provienen de la mistión del negro y del indio, es decir, del *zambo*, que es el engendro de esas dos castas, en oposición al mulato, fruto directo de la raza caucásica y de la raza negra. Todos los bailes tienen, por lo demás, una sola derivación natural: la gimnasia del cuerpo y la alegría del alma, ó la lascivia de la embriaguez, pasiones todas del hombre primitivo, especialmente de los negros y de los indios, que entre nosotros, por su afición á las chinganas, afición "no domada todavía", hizo dar á los habitantes de estos valles el nombre de *promaucas*, es decir, *chinganeros*. Y esto mismo acontece con los instrumentos generadores de la danza, porque, como lo dice Alarcón en su pintoresco artículo sobre la guitarra, "desciende ésta de la lira de la antigüedad y del laud de nuestros rancieros trovadores, así como el violín, ese instrumento inventado por Satanás para desesperar á los hombres, proviene de la guitarra".

## VII

La zamacueca, aunque sin su nombre, se hizo mestiza, es decir, quillotana, portaña y petorquina, *chilena*, en una palabra; pero pasó á tomar carta de ciudadanía y denominación de pila en las floridas, ociosas y ponenombres márgenes del Rimac, donde las zambas, orladas sus cálidas trenzas de jazmines y alzada á media cintura la saya, llevaron la danza de Malambo y de los Amancaes á los salones semiregios con gracia y desenvoltura inimitables.

Se encumbró de esta manera la danza negra de la chingana á los estrados y de moza-mala se hizo zamba-clueca, es decir, se hizo limeña, y fué admitida, con sobrada razón, como una de las más felices partituras del arte coreográfico limeño. Refiere Fuentes en su *Lima Pintoresca* (París, 1866, página 159), que sus más famosos maestros fueron dos negros llamados Ejalde y Monteblando, distinguiéndose el primero "en el valse y en la *zamacueca de sociedad*", es decir, en la zamacueca blanca y culta, en oposición á la negra y clueca.

En cuanto al nombre, los maestros negros y zambos de Lima los daban á su fantasía, y tal vez por el pasaje que nosotros no hemos traducido de la descripción quillotana de Mellet le pusieron zamba clue-

(2) RAFFANEL.—*Nouveau voyage dans les pays des nègres*.—París, 1856, volumen I, página 11.

ca. "La profesión de maestro de baile, dice el mismo Fuentes, no era ejercida en Lima sino por los negros y por los zambos", y uno de éstos, el famoso Tragaluz, ponía á sus invenciones nombres tan caprichosos y azambados como los siguientes: **Traspiés circunflejo, Cohete de sogafalso, Paso de sirenita etc.**

## VIII

Dejamos así trazada la remota cuna, el largo camino y la aclimatación de la zamacueca en Chile y el Perú, á orillas del Aconcagua, que riega lúcumos y chirimoyos, y á orillas del Rimac, que corre entre bananos y camotales.

En consecuencia de estos antecedentes, la zamacueca no es peruana, porque no nació en el Perú, y no es chilena, porque no hizo sino pasar de viaje de la cordillera al mar.

No es entonces cuestión internacional. No es cuestión de guerra.

No es cuestión de actualidad.

Todo lo contrario: la zamacueca, en su forma, en su crecimiento, en su transformación, es una cuestión completamente neutral.

## IX

Y entonces, ¿por qué los peruanos llamábanla, hasta hace poco, cariñosamente "la chilena", y con enojo la han arrojado de sus salones, de su trato y hasta de sus campamentos?

Es allá á donde dirigimos ahora el foco de nuestra linterna de exploración social en un orden de cosas que no es tan fútil como parecería.

## X

Semiennoblecida la zamacueca en Lima, pasó á Chile el año 1824, ó un poco antes, como cosa de negros, y como tal fueron los negros del famoso batallón número 4 los que la trajeron en su banda enseñada en Lima por Alsedo y en Chile por don José Zapiola, hombre de notorio talento como escritor y como músico, que así nos lo escribe: "Al salir yo, nos dice, en mi segundo viaje á la República Argentina, Marzo de 1824, no se conocía ese baile. A mi vuelta, Mayo de 1825, ya me encontré con esta novedad".

En los primeros tiempos de su reaclimatación en Chile, la zamacueca siguió siendo, como el *lariate* de Quillota, un baile exclusivamente popular, es decir, un baile de chingana, la reina de "la pata en quinchá". Y tan cierto es esto, que ninguno de los viajeros circunspectos de aquel tiempo, ni Miers, ni Head, ni Schmidtmeier, ni Caldcleugh la mencionan como entretenimiento de salón, ni aún siquiera como danza generalizada entre la clase media.

Sin embargo, como á hurtadillas y en los paseos de campos, en los *picholeos*, como solían llamarse en oposición á los fríones *pic-nicks* ingleses, la zamacueca solía agitar su pañuelo en donosas manos, y aún hay memoria escrita de haber sido bailada por algunas de las más bellas y recatadas señoritas de Santiago en Septiembre de 1822, es decir, dos meses antes del gran terremoto que castigó por Noviembre tantas culpas... La célebre y púdica viajera inglesa, Miss Graham, cuenta en efecto, en su Diario, que el Jueves 5 de Septiembre de 1822 asistió á un paseo de campo dado en Ñuñoa por la familia Coptos, que la hospedaba cariñosamente, y refiere que todos los caballeros fueron de poncho y las señoritas en carreta, sentadas en cojines, y á los postres del *Cuando* y de la *Contradanza*, y como para hacer pareja al té que allí la señora gringa trató de hacer para sus huéspedes, se bailó, poncho á la cintura, la picaresca zamba por jóvenes y niñas, y tal vez "de cinco tres". Las palabras de la dama inglesa son precisas: "Lo que más me deleitó, dice en la página 233 de su interesante libro, fué el *cuando* y la *zamba*". Nótese la gradación filológica de la pintoresca pero am-

pulosa denominación peruana á la poco feliz síncope chilena: **zamba-clueca... zambacueca... zama-cueca... cueca.**

## XI

Entre tanto, el dato presencial de Zapiola era en rigor exacto, porque, como baile del pueblo la zamacueca, no peruana ciertamente, pero peruanizada, hacía por la primera vez la vuelta de las chinganas de Chile en 1824, y es un alegre capitán de buque, francés, charlador y perambulante, como el buhonero Mellet y el maestro de baile de Chateaubriand en las selvas de la América del Norte, quien lo afirma. "Los bailes de Chile, dice en efecto Lafond de Lurcy, que estuvo en Valparaíso y remolió en el Almendral en aquel año, son todos característicos, y los más usados son la *Zamba*, el *Cuando*, las *Oletas*, el *Pericón*, la *Zapatera* (¿el *zapateo*?) y el *Llanto*" (3).

## XII

Pero la zamacueca no subía por esto á los salones, ni siquiera al escenario del medio pelo y de la media luz.

No había llegado todavía la hora de las *petorquinas* ni de la *Borja*. Quien imperaba en esos años era la *Pancha Luz* con la *perdiz* y la *sanjuriana*, esta zamacueca zapateada y escobillada del minero.

Por eso en el "Hambriento", periódico de chingana política de 1827-28, la zamacueca no asoma todavía su gracioso pié, cediendo la tarima á la *perdiz*. "Se están nombrando á pluralidad de sufragios, dice el "Hambriento" en su número 6 del 30 de Enero de 1828, los sujetos que deben formar una chingana de primer orden en nuestros días. Si afortunadamente es electa también la *Pancha Luz*, sale completa la fiesta y habrá mucho que ver. ¡Vaya que una *sanjuriana* ó la *perdiz* bailada por el tribuno, bastón en mano y guarapón en cabeza, no dejará que desear! ¡¡Santa Bárbara doncella!!"

## XIII

Y todavía en la graciosa comedia titulada "Empleomanía", que se suponía representada por los pipiols en la fonda inglesa, aparece el *tribuno* ya citado (don Martín de Orjera) "con espuelas, envuelto en un rebozo y una canasta de costura en lugar del guarapón", y exclama, después de un bochínche con las cantoras, la *harpa* y los *cohetes*:

... "Yo hablaré, pero nadie contradiga. Es el caso que estando en la jarana, cuando en la arpa cantaba cierta amiga á mi torpe entender la *zajuriana*".

Y á una traviesa loa que debía pronunciar *Garramuño* (don José Santiago Muñoz Bezanilla, ex Ministro de la Guerra) vestido de ángel y con alas de brillo, el "Hambriento" volvía á prorumpir:

"Y en la fiesta será completo el cuadro si tenemos á más de *zajuriana* la *perdiz* á la patria tan de agrado".

## XIV

Compruébase así por inducción que la zamacueca no salía todavía de sus pañales de arrabal el año de 1828, es decir, el año de los *pipiols*.

Pero un año más tarde, el de 1829, el año de los *pelucones*, junto con tan circunspectos señores la zamacueca comenzó á golpear tímidamente á las puertas aristocráticas de la ciudad y á imperar con todo su garbo en las tarimas de la clase media. Y quien le abrió así camino á la nobleza fué una graciosa *zamba* limeña que vino á Chile en la legación del general Rivadeneira en el último de los años ya nombrados.

Ha desaparecido el nombre propio de

(3) LAFOND DE LURCY.—*Voyages autour du monde*, volumen III, página 190.

aquella seductora *Terpsícore* en un proceso sangriento, cuyo desenlace se recuerda todavía con lástima y horror en San Felipe; pero por su imponderable gracia fué conocida con el amable calificativo de la *Monona*, nombre tan limeño como el zahumerio, y que desde entonces hizo fortuna en nuestro idioma.

La *Monona* se escapó de la legación peruana para hacer, en 1830, las delicias del *Parral de Gómez* y de los *Baños de Huidobro*, situados en la banda sur de la Cañada, frente al óvalo de O'Higgins y en el sitio en que los jesuitas tuvieron el molino en que amasaban el pan de la ciudad y la hostia de todos los altares. De allí llevósela hurtada á San Felipe un vecino de puerta llamado don D. M., hijo de un hacendista gallego, y quien por celos la mató brutalmente algo más tarde. Y de aquí la tragedia y el proceso que dejamos recordado.

## XV

Pero la *Monona* había sido fundadora y dejó escuela. Fueron discípulas suyas las famosas *petorquinas* doña M..., doña C... y doña T... que fueron la viva imagen de las tres gracias en los bailes que todavía se llaman de *chicoteo*. Eran éstas tres niñas, de las cuales una sobrevive todavía, hijas de don Tránsito Pinilla y doña Micaela Cabrera, nacidas en el Nuevo Mundo de Petorca, y todavía se recuerda en esta cabecera la concurrida fonda que tuvieron en la calle de la Matriz, á una cuadra de la plaza, cuando, acompañadas de los bailarines Zócimo Fernández y Francisco Guerrero, atraían con el bullicio de la guitarra y el *chicoteo* del arpa á los mineros de la comarca veinte leguas á la redonda, haciendo la desesperación de los aficionados con las *Olas* en *cuarto* (las *oletas* de Lafond de Lurcy), el *Sandoval*, la *Perdiz*, baile patriota, es decir, baile moderno, y la *zajuriana*, la danza por excelencia del pastor y del minero, porque todo era en ella agilidad. La *zajuriana*, como los *jaleos* y los *fandangos* españoles, era un baile de *zapateo*.

## XVI

En alas de la fama y en un trono de arpas visitaron, entre tanto, las *petorquinas* todos los pueblos de la antigua provincia de Aconcagua, la patria del entusiasmo, de la chicha y de la zamacueca verdaderamente chilena, esto es, la zamacueca *petorquina*, enseñada y perfeccionada por la infeliz *Monona*; y de Illapel, y de Cuzcuz y de la Ligua se encaminan á Santiago á triunfar en el *Café de la Banda* (casa hoy del senador Marcoleta, en la calle de las Monjitas), como antes su desventurada maestra había imperado sin rival en el *Parral de Gómez*.

## XVII

Tenía todo esto lugar en el período corrido de 1830-1840, y la zamacueca, de plebeya, queremos decir de africana y de india, se había hecho *criolla*, es decir, de medio pelo. Mas no entraba todavía á los salones de pelo entero, donde vivía repudiada y mirada como afrenta por el grave minué y la cadenciosa contradanza.

Pero más que esto: en los primeros tiempos, la zamacueca era un baile prohibido y casi excomulgado, porque uno de los primeros edictos del virtuoso obispo de Ceran, don Manuel Vicuña, al recibir las bulas de 1829, fué destinado á proscribir la importación limeña como cosa de pecado. Y de esta suerte, cuando bailaba la *Monona* en 1830, bailaba excomulgada.

## XVIII

Mas en el último año mencionado, tres encantadoras beldades del Rimac, de ori-

gen chileno y casi quillotano, como la zamacueca primitiva, las señoritas C. la trajeron elevada por la cultura, por el arte y por la gracia, á su más alto primor, y entonces la zamacueca no sólo abrió las puertas más aristocráticas de Santiago sino que las descerrajó de par en par. Peñaflores fué su paraíso.

Era la más galana peculiaridad de aquella nueva forma de la zamacueca, no el albo pañuelo de hlanbatista, que ese lo trajo la Monona, sino el desdén y cierto movimiento de inimitable hechizo por el cual la bailarina fingía hincarse con una rodilla inclinándose hacia su cadera derecha, mientras el galán pasaba rápidamente á su costado, agitando el pañuelo, como barco que se va á pique y hace señas de socorro.

Y fué así como la zamacueca, bautizada ahora en la pila de la Catedral, se hizo no sólo una danza universal sino un verdadero baile nacional, tan nacional como la canción incantable de Vera. "Algunos viajeros, decía á este propósito una revista de Nueva York ya recordada, algunos viajeros que han visitado á Chile nos presentan este baile como vulgar y desechado por la buena sociedad. No es así. Se le puede dar sin duda este carácter como se le da á todos, y más particularmente cuando lo bailan gentes excitadas por el vino, como sucede con todos los bailes del mundo sin excepción; pero la zamacueca es menos nociva que la redowa americana y no necesita para lucir sus gracias ofender la sensibilidad de la persona más austera.

"En los salones aristocráticos se baila la zamacueca con el mismo estilo y gracia que la baila el labrador en su cabaña. No hay reunión sociable ó tertulia que esté completa sin ella, y los grandes bailes quedarían sin gracia y encanto si no se bailase esa danza nacional por la más bella y el mejor bailarín del sarao. Entonces es cuando toda la superabundancia de la ocasión tiene su punto culminante y se abandona por breves instantes el deleite arrobador de la zamacueca, y concluye la fiesta.

"Pero el gran día de la zamacueca es el 18 de Septiembre, aniversario de la independencia de Chile. Ese memorable día es cuando bajan á miles á las ciudades los habitantes de las aldeas y plantan sus tiendas en los suburbios para una semana de diversión.

"La escena animada que presenta Santiago por este tiempo es digna del pincel de Rosa Bonheur. Por seis días consecutivos las extensas pampas están sembradas de tiendas y banderolas y el aire impreg-

nado con el encanto y la algazara; mientras las tropas forman en la verdura, los bordes de los campos resuenan con el eco de la música de las guitarras. Por la noche la escena es todavía más animada y arrebatadora; las luces de innumerables hogueras, como si fueran otros tantos vivasques, dejan ver multitud de figuras enlazadas entre sí como los sauces en medio de la tempestad, todos alegres y locos con el entusiasmo de la zamacueca.

"Es preciso ver esa danza para poder apreciarla. Jamás pudo aproximarse la que se baila en el teatro, y la mano que llegue á pintarla es preciso que sea diestra, sin duda, para dar á todas las figuras su gracia y animación".

## XIX

La voga aristocrática de la zamacueca duró propiamente una década, como las de Flandes y las de Indias, la *década de Peñaflores*, que fué verdadera edad de gracias y de flores (1840-1850), hasta que poco á poco degeneró en la *resbalosa*, como la polka degeneró en redowa. Un marino inglés que en el verano de 1848 pasó felices días de licencia en la hacienda de la Compañía, cuando era mansión de la culta nieta y heredera del primer conde de la Conquista, cuenta que él vió bailar en aquellos alegres salones de verano el *Sambo Quaker* y el *Revoloco* (la zamacueca y la resbalosa) con estos versos que van acordes, si no con su música, con su gringa ortografía, según la cual la cuesta de Zapata era la cuesta de Saputa y Peñalolén *Peña-lo-lin*, á lo chino:

"Todos me contemplan muerto  
y yo les *trajo taron*.  
¿Qué más muerte que tu ausencia  
para mi triste corazón?"

## XX

Narrada así á la ligera, por encima de las plumas en días de tristeza, y para que quepa dentro del estrecho y quebradizo molde de los diarios, la historia, no la leyenda de la zamacueca de Chile, falta por dilucidar el punto más interesante de la actualidad, ó lo que es lo mismo, ¿por qué siendo la zamacueca de denominación indudablemente peruana, la llaman, ó más propiamente la llaman, en aquella tierra *La chilena*?

La explicación de tan grave asunto internacional es de sencillísima explicación, y para ello no necesitamos ciertamente ocurrir ni á los Comentarios del juez Sto-

ry ni á los de Blumtchli, sino simplemente á la memoria de los contemporáneos.

## XXI

La zamacueca, nacida en las selvas tropicales de la Africa ecuatorial, conocida como simple viajera en Chile á fines del pasado siglo, importada y aclimatada como en suelo propio en el semitropical valle del Rimac, la tradicional inconstancia de sus hijas comenzó poco á poco á echarla en olvido, junto con la saya y con el manto, sus más dulces cómplices; de suerte que cuando la Monona y las petorquinas la rejuvenecían en San Felipe y Santiago, en Lima, vieja ya, arrugada y casi mendicante, se dormía de fastidio en los rincones. En el pecaminoso barrio de Malambo, su último asilo, había muerto extrangulada en los lascivos brazos de la *Moza mala*, su hija desnaturalizada como la *Quintrala*.

Pero cuando los brillantes oficiales de la Restauración fueron admitidos á títulos de restauradores en las principales y deterioradas ciudades del Perú, entrando á ellas por la portada de Guña y el *callejón* de Yungay, lo primero que restauraron fué la zamacueca, y como padrinos é innovadores, dejáronle su nombre: *La chilena*.

## XXII

Hoy, en hora aciaga, repúdianla de nuevo los infelices que, siendo hijos del Sol, ya no lo ven, y cuando alguien ha solido gritar en el viejo coliseo de Lima ¡*La chilena!* ¡*La chilena!* lúgubre silencio invadía los recintos.

En cambio, y como si hubieran presentado que hasta en el menudo pie de sus mujeres hubieran de encontrar dolorosa humillación de su nombre, los peruanos habían despojado en sus últimos años á *La Chilena* de su título inocente y tradicional, poniéndole en reemplazo el feo y hasta tétrico de la *Zanguaraña*, que recuerda la mordedura de la araña en la tarantela calabresa.

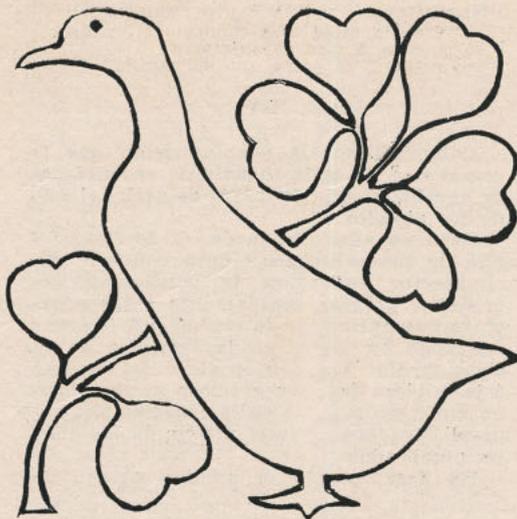
Cruel inspiración del destino ó del odio, que ha trocado el nombre antiguo, festivo y casi dulce de la zamacueca, símbolo de la gracia americana, en algo que se asemeja, más que á la gracia, al zafarrancho.

Y ¿no es así como el Perú se halla hoy convertido, por su propia culpa, en una verdadera *zanguaraña*?

Santiago, Julio de 1882.

(Este artículo fué escrito en esta fecha por el ilustre historiador don

BENJAMIN VICUÑA MACKENNA).



# LA MUJER

I

HABLANDO en lenguaje bíblico, Dios, después de haber encendido los astros para esclarecer los orbes; después de haber hecho las flores para perfumarlos; las aves, para que los alegrasen con sus cantos; los céfiros, para que difundiesen los aromas con sus diáfanas alas; al himno, acento de su dulzura; á los mares bravíos, manifestación de su grandeza; á todos los seres organizados, desde el alga hasta las águilas y los cóndores, para que poblasen los continentes y los aires, y al Hombre, como soberano señor del Paraíso terrenal, formó á la Mujer, derroche de su prodigalidad, vida, voz, alegría y coronación soberbia de todo lo creado.

II

Ella nació de las vibraciones cósmicas para servir en el planeta dos grandes fines: ser la unidad representativa de lo bello y la fuente misteriosa del amor que engalana sin cesar los mundos.

El secreto de su poder reside, antes que en el atractivo irresistible de su sexo, en la ternura incomparable de su alma, nido divino de las que en su seno se encarnan.

III

La mujer superiormente intelectual es el impulsor más eficaz de todo progreso, porque no hay maestro que la iguale en facultades educativas.

La mujer, salvo raras excepciones, no tiene actuación sobresaliente ni en el arte, ni en las letras, ni en la política y menos todavía en los sangrientos campos de batalla. Ella no anima mármoles ni lienzos, no emplea las horas de su vida escribiendo ni elucubrando esas ideas que mantienen al sabio encorvado sobre el polvo de viejos pergaminos, ó observando atentamente las transformaciones que la materia experimenta, azotada por la combustión en el seno del crisol; no enciende el ánimo de las multitudes derramando la luz y el calor de la palabra desde lo alto de la tribuna popular ó parlamentaria; pero ella ha incorporado todo el grandioso impulso de su amor y de su interés sin límites en la iniciación y desarrollo de los triunfos que logran alcanzar los grandes hombres. En las rodillas de ellas se han formado esos genios, esos pensadores, esos estadistas, esos guerreros que llenan el mundo con su fama. A sus desvelos incansables, á sus caricias y á su cooperación sostenida deben ellos, en gran parte, el rol sobresaliente que la humanidad les acuerda. Ellos recibieron, sin duda, de la Naturaleza la semilla que los hizo inmortales en la historia ó en la le-

yenda; pero, sin el abnegado cultivo de la madre, que adivina, como provista de misterioso microscopio, el genio del hijo en la embrionaria estructura de su infancia, es muy probable que se hubiese, si no extinguido, eclipsado á lo menos en parte sensible la feliz inclinación que éste recibió al nacer.

Con todo, si es cierto que la mujer no disputa al hombre los triunfos que él busca en el arte, en la ciencia, en la guerra ó en la política; si son contadas las Staël, las Scudery, las Pardo Bazán, las Marías del Pilar Sinués, las Gomez de Avellaneda,

hombre en la buena y en la mala fortuna. Filósofos ha habido que, como Alfonso Karr, han llegado al extremo incomprensible de sostener que "Más vale vivir con un ogro que con una mujer", y otros, como Severo Catalina, que, contradiciendo indignados ese magno despropósito, entonan á la mujer los himnos más melódicos, considerándola como principio y fin de los únicos y grandes placeres de que es dado al hombre disfrutar sobre la tierra.

En los libros sagrados de la India, de la Persia, del Egipto y de la China abundan asimismo á este respecto los más encontrados juicios. El Código de Menu, el Zend-Avesta y el formulario moral de los hijos del Celeste Imperio dejan ver que Zoroastro, Confucio y los demás legisladores del Oriente estuvieron á veces muy disconformes en la manera de valorar á la mujer, tomada en su conjunto de funciones domésticas y sociales, estas, como unidad complementaria del hombre en los fines que persiguen las sociedades en su marcha incesante hacia el crecimiento y el progreso.

Los poetas, esos eternos y embriagantes soñadores, pero también videntes y preceptistas, han emitido acerca de la mujer, fuente perenne de inspiración para sus lirar y sus cantos, opiniones asimismo sustancialmente contradictorias. Mientras Byron y Espronceda, en el desmayo nervioso producido por los excesos aniquiladores de brutales orgías, exclaman devorados por el hastío:

"Vuestros besos son  
[mentira,  
mentira es vuestra  
[ternura,  
es fealdad vuestra  
[hermosura,  
vuestro gozo es pa-  
[decer..."

el infortunado Acuña se quita desesperadamente la vida que no puede compatir con su adorada Rosario, cuya belleza y elevadas condiciones

de espíritu ennoblece como cisne moribundo es un canto desgarrador, que impresiona vivamente con sus lamentos á los que saben sentir.

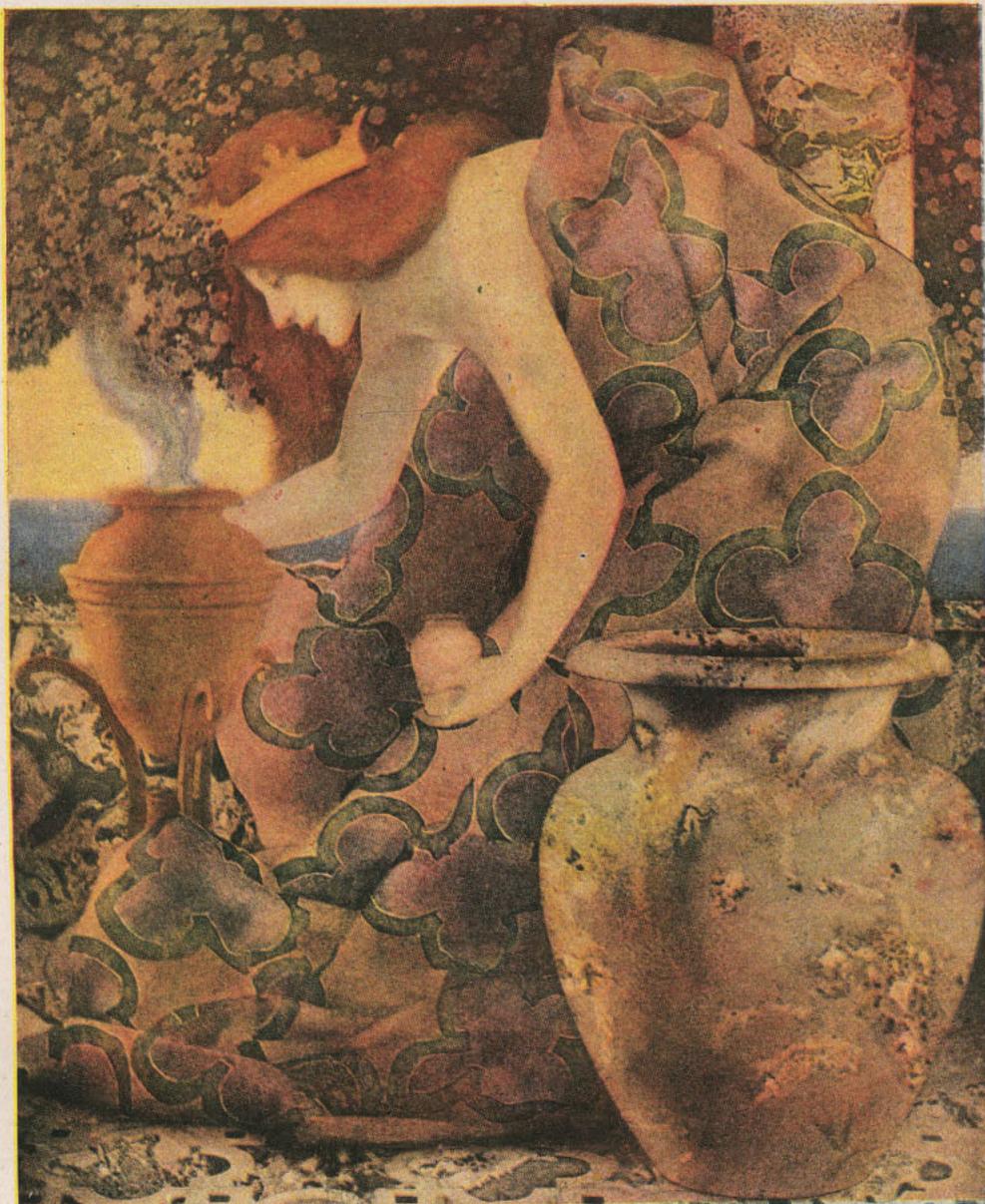
La Biblia, que en sus libros morales se ocupa detenidamente de la mujer, contiene también conceptos de muy diversa índole.

Salomón, autor del *Eclesiastes*, y Jesús, hijo de Sirach, la juzgan en el fondo de muy distinta manera. El primero, en el libro citado, se expresó de ella en términos que helarían de espanto al corazón más enamorado.

Dice á la letra, en el Vers. 27 Cap. VII: "Hallé más amarga que la muerte á la mujer, la cual es lazo de cazadores y red el corazón de ella; prisiones son sus manos. El que ama á Dios huirá de ella; más el que es pecador, preso será de ella".

Inmediatamente se le ocurre al lector me-

CIRCE PREPARANDO LOS FILTROS ENCANTADORES.—(Cuadro de Maxfield Parrish)



Circe fué una maga de la Mitología Griega: era reina y habitaba en la isla de Ea. Cuantos llegaban á la isla, atraídos por su armoniosa voz, eran convertidos en animales. Sólo Ulises triunfó de ella.

las Rolland, las Sevignéas, las Agustinas Zaragoza, las Juanas de Arco, las Teresas de Jesús, las Jorges Sand, las Inés Echeverría, en cambio, ellas abundan en el campo no menos lleno de ingratinidades y de espinas, en que se ejercita la caridad, dando pan al hambre y consuelo oportuno y eficaz al dolor.

IV

La mujer, como es natural, ha sido el tema más llamativo de la atención y estudio de los filósofos de todos los tiempos. Ella fué y es aún examinada en su acción social hasta en detalles nimios. En conformidad al conocido adagio de que "las cosas tienen el color del cristal con que se las mira", hay las más encontradas y exóticas opiniones acerca de la mentalidad y valor moral de la mujer como compañera del

nos avisado decirse: aquí se trata sólo de la mala mujer; por desgracia, el versículo 29 le hace ver que Salomón ¡que fué dueño de tantas! no hace la menor excepción, pues remata el anterior concepto agregando: "De mil hombres hallé uno; más mujer, de entre todas, ninguna hallé".

Por fortuna y á pesar de que, para dar mayor autoridad á esta opinión, comienza diciendo que recorrió dentro de su ánimo todas las cosas para saber considerar y buscar la sabiduría y la razón, él se contradice en muchos pasajes de su otro libro moral "Los Proverbios", justamente estimado por la verdad y profundidad de sus sentencias.

Oigámoslo en algunos:

"La mujer sabia edifica su casa; más la necia, aún la fabrica destruirá con sus manos. (Vers. I Cap. XIV).

"Quien buena mujer halla, halla un bien y recibirá contentamiento del Señor". (Vers. 22 Cap. XVIII).

"Casas y riquezas los padres las dan, más mujer prudente propiamente el Señor".

Pero donde Salomón borra hasta las más ténues líneas del horrible cuadro en que enfoca á todas las mujeres en el ya recordado versículo del Eclesiastes, es cuando hace entusiasmado la fotografía moral de la buena esposa y de la mujer fuerte. En los versículos 10 y siguientes, hasta el 29, del capítulo XXXI de sus "Proverbios" no hay sino grandes alabanzas para ella. Dice que el esposo recibirá bienes y nunca males en todos los días de su vida, que se levantarán sus hijos y la proclamarán por beatísima y que su marido también la alabará.

#### V

Descargado el ánimo, con estos justicieros proverbios, de la penosa impresión recibida con la lectura del Eclesiastes, uno vuelve alegre la mirada hacia el pasado donde brilló la santa madre como Providencia encarnada que, á no contradecirse Salomón, nos habría hecho conocer objetivamente, con el ejemplo de su abnegación y de sus virtudes, cuán lastimosamente erró ese padre de los sabios confundiendo al sexo con las desventuradas que lo avergüenzan y lo humillan.

Salomón, quizás porque no conoció la monogamia, donde el hombre y la mujer se incorporan íntimamente en una sola unidad por decirlo así, corriendo juntos el albur y los peligros de la vida, no se dió cuenta cabal de los tesoros que contiene para el hombre la asociación á firme, bajo la bandera de lo honesto y de lo correcto, de una mujer fiel y bien inspirada. Parece asimismo fuera de duda, examinando el texto literal de lo que él opina de la mujer en el Eclesiastes, que sólo tuvo en vista á la hembra, no á la compañera, ni mucho menos á la madre, á la hija ni á la hermana; condiciones en que ella, si por algo brilla, es precisamente por sus cualidades excepcionales de abnegación, amor y sacrificio. ¿Cómo encontrar más amarga que á la muerte á la madre ó á la hija? Muchos podrían en justicia considerarse socialmente sólo hijos de mujer, porque no conocieron á sus padres ó los perdieron en la lactancia, quedando únicamente á cargo de la madre, la cual, con infinitos desvelos y con ternura jamás Iguaada, cuida de la vida y del porvenir del pequeñuelo que sólo sabe llorar. Si a eso se agrega, como sucede frecuentemente, el esfuerzo de la hermana mayor, que se asocia con particular cariño á la acción de la madre en servicio del hermano pequeño, se podría llamar calumniador á Salomón si no hubiera rectificado su odioso concepto del Eclesiastes en los proverbios de que se hace aquí memoria.

Además, si Salomón hubiese vivido la vida de familia, habría visto que la mujer honesta y discreta vale más que el nombre para el hogar y para la sociedad, porque nosotros tenemos vicios y defectos y ella solamente éstos. Cuando ejerce influencia sobre el esposo, ella redundará siempre en beneficio común, porque, si es hacendosa y económica la casa prospera en todos sentidos. Oímos decir con frecuencia á los hombres prudentes y de mundo, para prestigiar la participación de la mujer en los negocios del marido: "Repiten los pesimistas que el consejo de la mujer vale poco: conviene que se sepa que quien lo desprecia es un loco".

#### VI

Terminada aquí la excursión por el campo de las ajenas opiniones respecto de la mujer, continuaremos las breves siluetas de que ella es tema fecundo para considerarla en sus fases más sobresalientes.

#### VII

La mujer esencialmente bondadosa constituye la paz y la dulzura del hogar. Por algo se ha dicho que se vive con el corazón.

A este propósito, refieren los biógrafos de la gran reina Isabel la Católica que, en un consejo de gobierno compuesto de representantes del reino de Aragón, que pertenecía á don Fernando, el esposo de Isabel, y de los de Castilla y León, de donde ésta era reina, se promovió una desinteligencia en extremo enojosa para don Fernando, á quien molestaba siempre la intransigente altivez de los castellanos. En el momento álgido de la disputa que la produjo, aquel, abandonando el trono donde lo acompañaba su real consorte, exclamó lleno de ira:

—"Me voy para siempre á mis estados y prometo no volver jamás aquí".

La reina, cuya rara hermosura corría á parejas con la bondad de su grande alma, se precipita azorada hacia el esposo, á quien habla al oído con viva emoción durante algunos instantes. El rey, dulcificado como por encanto, volvió, lleno de manifiesto regocijo, á ocupar su puesto, diciendo en tono solemne:

—"Declaro que no pretendo limitar en lo más mímimo los augustos derechos de mi esposa al reino de Castilla, pues ella no sólo es digna de reinar en él como señora absoluta sino en el cielo".

Los ingleses, dominados por el espíritu de lo esencialmente práctico, tienen siempre presente al casarse la lección ingeniosa que Lord Bolinbroke, si la memoria no me engaña, dió á su hijo cuando le solicitaba su venia para contraer matrimonio. Interrogado éste acerca de las cualidades de la novia, se apresuró á decir que era muy hermosa. El Lord, que había tomado papel y lapiz para valorarlas, escribió un cero de grandes proporciones. Alarmado el hijo, agregó que era también muy diestra en la música y la pintura: otro cero, puesto al lado del anterior, fué la respuesta del padre. El joven, pensando que al autor de sus días agradaría más que su prometida fuese rica, le hizo presente que era millonaria. Su asombro fué indecible cuando vió otro cero agregado á los anteriores. Cae entonces en esa especie de atonía nerviosa que produce lo inesperado cuando mucho nos contraría, y, después de un rato de silencio mortificante, murmuraba, casi balbuciente, que su amada tenía también un gran corazón.

Como por encanto cambió la fisonomía del interrogante y, abrazando efusivamente al hijo, puso un uno á la izquierda de los ceros terribles, los que tomaron, asociados á la derecha de esa cifra, mérito considerable, puesto que no sólo pasaron á indicar que la futura esposa poseía mil buenas cualidades, sino que, merced á ese uno bendecido, se obtuvo en el acto el consentimiento tan vivamente anhelado.

#### VIII

La abnegada es heroína anónima de todos los instantes, particularmente en las horas negras en que el dolor nos fustiga, cuando menos lo esperamos, con el azote de tremendos huracanes. Del molde en que ella es vaciada se desprenden, como irradiaciones de luz y de consuelo, las excelsas creaciones que se llaman modestamente Hermanas de Caridad, quienes, movidas por un sentimiento del más elevado altruismo, sin esperar gloria ni aplausos, se dedican, sin economía de su tiempo ni de su sosiego, al servicio del menesteroso, que nada puede dar porque nada tiene...

Estas almas excepcionales, que hacen del sacrificio un placer; que renuncian con entusiasmo á los encantos de un sereno y correspondido amor; que cambian los goces de la familia y del hogar por las vigillas incesantes de los asilos de misericordia y el lecho del moribundo; que cortan, con el cuchillo de inquebrantable resolución, las fibras mezquinas del yo que, con sórdida avaricia, todo lo reclama para sí, y que sólo tienen por patria la Humanidad y por parientes ó hermanos al que llora y al

que sufre, encuentran su compensación en el deleite íntimo y supremo que transmite silenciosamente, á los que viven para el bien, la ley de equilibrio eterno que gobierna los mundos.

#### IX

La fiel por temperamento ó por delicadeza es garantía segura del honor y de la dignidad de la familia. A ella no alcanza el concepto humorista que Cervantes estampó en "El Celoso Impertinente":

"Es de vidrio la mujer; pero no se ha de probar si se puede ó no quebrar, pues todo podría ser".

#### X

La hermosa de verdad, en fin, que los poetas denominan "Hija del Cielo" y "Dón que los Dioses á la tierra hicieron", encanta y recrea nuestros ojos, siendo, en cierto modo, una estrella humana seduciente que, transportándonos con los atractivos de su presencia dominadora á lejanas y misteriosas regiones, nos hace soñar con existencias paradisiacas. Ella sola tiene el privilegio de despertar las más vivas y exigentes pasiones y de lanzar el alma del hombre al Paraíso ó al Infierno...

Por eso ha gobernado con su iman irresistible en todas las edades, desde el esclavo hasta el César; desde el labriego, carne animada que sólo sabe sentir el mordisco del deseo, hasta el poeta que, arrebatado por el vuelo eléctrico de su facultad imaginativa, eleva á las alturas inaccesibles del ideal los perfiles de su amada. El Dante, al saber la muerte de Beatriz, recorre desesperado toda Italia regándola con su llanto inconsolable; y el Tasso, el inmortal autor de "Jerusalem Libertada", cuando los príncipes altaneros de la casa de Este le impiden contemplar la persona adorable de la princesa Leonor, pierde de pena la razón.

Estas criaturas de luz de aurora, de que el Amor hace sus más poderosas unidades de combate, cuando son disolutas, palpitan en la trama hechicera pero funesta de Cleopatra, la serpiente del Nilo, ó de Mesalina, la impúdica incorregible del Tíber.

Estas incendiarias del corazón que, como Elena y Clitemnestra, envenenan un siglo con el filtro mágico de sus fatales beldades, son las que han inspirado el siniestro vaticinio:

*¡Ay, infeliz de la que nace hermosa!*

Pero si, por el contrario, está ella protegida por el velo del pudor, entonces es Lucrecia ó es Vestal: fuente inagotable de casto amor y de inmortal admiración.

#### XI

La mujer que por rara excepción, escapando á la sistemática avaricia de la Naturaleza, que distribuye con manifiesta estrechez su favores, reúne en su persona todas estas excelsas cualidades, á la manera de un "bouquet" vivo de las flores más exquisitas y deseadas, ha clavado cerca de sí la rueda inconstante de la fortuna y hecho flamear, en lo más alto de las almenas del señorío absoluto, la blanca bandera del vasallaje que espontáneamente rinden los devotos fervorosos á las divinidades de su particular preferencia. Ella constituye el tipo cénico de la madre ejemplar, la esposa adorada, la amiga incomparable y el arco iris de bonanza en las tormentas que suelen sacudir á las sociedades hasta sus cimientos. Así como la perversa está más abajo que un demonio, ella está más arriba que un arcángel.

#### XII

Al rededor de estas criaturas, nacidas bajo un sino de perenne estimación, giran todos los afectos como pintadas mariposas que revolotean, inconscientes pero felices, en torno de la llama cuyo brillo las deslumbra y atrae. Ellas, como por acción de misterioso conjuro, se apoderan de todo nuestro sér íntimo asociándose para siempre, por tentáculos sensitivos y profundos, á nuestra vida y á nuestro destino.

En resumen, podríamos decir sin hipébole que, si la mujer desapareciera del planeta, el firmamento se extinguiría como lámpara maravillosa que se apaga por falta de combustión.

R. SANHUEZA LIZARDI

# AMISTAD DE SOLTERAS

ERAN las ocho de la noche.

Un húmedo olor de agua y vinagre de tocador refrescaba el ambiente tibio del cuarto de Laura. A causa de los preparativos de la familia para el teatro, estaba la habitación más iluminada que de costumbre. La lámpara, pendiendo del techo y simulando un ramo de orquídeas, despedía por sus cuatro ampolletas otros tantos torrentes de luz que rielaba sobre las nítidas paredes tapizadas de blanco y, así, destacaba con firmeza los caprichosos contornos del amueblado moderno y los mil cuadritos y monerías que constituyen el adorno frívolo y coqueto del dormitorio de una soltera.

Sobre la colcha rosa pálido del lecho, un vestido se esbozaba entre gasas, como un brochazo de azul pizarra, al lado del cual Margarita, sentada en una butaca, esperaba que su amiga terminase su tocado, entreteniéndose mientras en examinar un primoroso abanico estilo veneciano del siglo XVIII y empleando en ello esa minuciosidad casi exigida por el tiempo á quien vése forzado á soportar una larga espera.

—¡Qué precioso abanico! exclamó de repente entusiasmada. ¡Y qué perfección en las pinturas!

—Dices bien, es una obra de arte, repuso Laura, sin volverse y mientras hundía, para esponjar el peinado, sus dedos largos y finos en su abundante cabellera de azabache. Luego agregó: no te lo ofrezco porque es de mamá; pero...

Margarita no la dejó terminar.

—¡Qué ocurrencia, niña! dijo. Aunque fuera tuyo no permitiría que te privases de él.

Cambiaron dos ó tres frases más de pura cortesía, y el silencio reinó de nuevo, interrumpido sólo por el sonido seco de los utensilios que Laura manejaba sobre el mármol del tocador á medida que daba realce á sus encantos: con un poco de carmín insinuó el garabatito de su boca, trocándolo en un confite sangriento y provocativo; luego limpióse los polvos de las pestañas, y los ojos aparecieron en todo su esplendor, mareantes y negrísimos como dos profundas simas que, con su obscuridad, obligaban á admirar la tez pálida, de esa blancura desfalleciente y mate, originada por los tapices y las cortinas que al sol quitan su potencia vivificadora.

Embebida en tan importante tarea se hallaba la joven cuando llamaron á la puerta.

—¿Quién es? gritó.

—Yo, señorita. Carta para usted, respondió la criada desde fuera.

—Margarita, házme el favor, hija: recíbela tú, que yo estoy medio desnuda.

Margarita se levantó entonces, y entre el tintineo de sus pul-

seras y el "fru-fru" de sus faldas, cimbreando el talle grácil y con andar elegante y rápido, fué á recibir la carta.

—Es de Valparaíso, dijo, volviendo con ella.

—A ver... la letra es de Constanca Zañartu... Déjala sobre la cómoda para saborearla con calma cuando yo esté vestida.

—Constancia Zañartu... repitió Margarita, como escudriñando su memoria. ¡Ah! ¿Es aquella amiga que tenías cuando te conocí? ¿Aquella que paseaba contigo y un joven alto en la plaza?

—La misma. Una de las amigas que más quiero, una alhaja, y de tanto corazón como hermosura.

—Era preciosa, verdad, añadió la otra con sincero entusiasmo. Si te digo que, cuando las veía juntas con aquel joven, no acertaba á explicarme de cuál estaba él enamorado.

—Como que nosotras mismas no lo sabíamos. A las dos nos cortejaba, figúrate... ¡Ay! no sé... Si no reñimos fué debido al entrañable afecto que nos profesábamos. Cuando me acuerdo...

—¡Cómo! De manera que á las dos... ¡Qué gracioso! Cuéntame, cuéntame, cómo era eso...

Sin interrumpir sus operaciones, cedió Laura á las instancias de Margarita y empezó á hilvanar recuerdos y acoplar detalles dignos de mencionarse.

Comenzó por recordar á Carlos Romero, así se llamaba el galán. No era posible hallar un tipo más seductor: alto, esbelto, de facciones correctísimas, elegante y distinguido... tanto que ambas sintiéranse igualmente atraídas por sus ojazos negros, dormidos, sombreados de largas pestañas que acariciaban las empingorotadas guías del bigote y lo grababan así una expresión voluptuosa y acariciadora para el mirar. Fino y oportuno en sus atenciones, descubría al hombre avezado en las costumbres sociales. Como decía Laura, tenía un refinamiento

natural de expresión, una confianza de sí mismo, un no sé qué de exquisito en sus galanteos, que les ocasionaba un subidísimo é incomparable deleite, haciendo titubear en ellas la educación, el pudor, el recato... y todo. No ignoraban ellas que era algo tunante, desequilibrado y hasta que tenía amigotas poco escrupulosas, y, no obstante, esto contribuía á reducirlas con poder de vértigo.

El amor, mejor dicho, los celos hacían desfallecer aquellos corazoncitos apasionados, como la tormenta á esas debilitadas golondrinas que atraviesan el océano en pos de la primavera.

Cuando Laura, entre apretones al corsé y retoques al peinado, hubo expuesto á Margarita con cierto dejo nostálgico lo que antecede, ésta arguyó:

—Por lo visto, estaban ustedes muy enamoradas y, realmente, se me hace incomprendible que no hayan reñido nunca.

## FOTOGRAFIA ARTISTICA



Coquetería

—¡Ah! dijo la primera. Eso hubiera sido imposible entre nosotras que nos queríamos ya como dos hermanas.

—Pero también las hermanas suelen reñir en tales casos.

—Pues nosotras no lo hacíamos. Por el contrario, habíamos convenido en que cada cual, por su parte, haría cuanto estuviere á su alcance para decidir á Carlos Romero en su favor, siempre que para soliviantar las inclinaciones del galán no usase de medios indignos.

—¡Ah!

—Ya ves, pues. Con este convenio no cabían disgustos. Además, te repito, nuestra amistad era demasiado firme para que un advenedizo la desbaratara.

Y continuó así, recorriendo la gama de elogios, para ponderar aquella inquebrantable afinidad. ¡Reñir ellas! Nó, no se podía pensar en semejante disparate.

—Aunque me lo hubiese ganado, concluyó, mi cariño hubiera sido el mismo.

—Y, al fin, ¿en qué pararon los amores? preguntó intrigada Margarita, mientras pasaba á Laura la falda recogida como un aro por encima de la cabeza.

Esta, ciñéndose la pretina y forcejeando con los broches, replicó con sentida conformidad:

—¡Psh!... En que nadie triunfó. Carlos fué llamado á Valparaíso por su padre, para hacerse cargo de ciertos negocios, y hubo de abandonar á Santiago sin decidirse por ninguna de las dos.

—¡Qué tontas! Lo más discreto hubiera sido que una de las dos abdicase.

—¿Qué quieres?... No se pudo. Varias veces pensamos en ello. Aún más, llegamos á sortearnos; pero en seguida anulamos el juego alegando trampas y jugarretas... aunque creo que la verdadera causa era que ninguna podía sufrir indiferente el sacrificio de la otra. Nos queríamos tanto...

Pronto Laura terminó de vestirse y, cogiendo la carta, se acercó á la lámpara á fin de leer mejor.

Su silueta robusta aparecía radiante bajo la luz que se excursionaba por el escote, iluminando los blancos senos aglobados por la presión del corsé, afelpados y con reflejos marfileños. El vestido, perfectamente entallado, insinuaba las entonadas caderas de morena fogosa, desde cuyas morbideces la falda caía en graciosos pliegues hasta descansar sobre la alfombra.

Con la esquelita entre las manos leía en silencio, descubriendo á ratos, con una sonrisa, la doble línea brillante y nacarina de los dientes.

A su lado, Margarita, interrogadora y curiosa, esperaba impaciente alguna noticia, siguiendo con la mirada el zig-zag que describían los ojos de Laura sobre el papel. Su semblante vivaracho era un espejo de los gestos de su amiga: en él se reflejaban, con el poder del contagio, las muecas y sonrisas de la lectora.

De pronto, la sonrisa de Laura dejó de ser la oriflama producida por el goce de las noticias agradables: trocóse primero en indecisa, luego en amarga, después en irónica, indefinible, mientras las pupilas ávidas se dilataban para releer un trozo de la carta. Por último, los brazos de la muchacha se le desplomaron á lo largo de los costados y quedóse toda ella abrumada; su respiración se había hecho fatigosa: agitábasele el pecho con ondulaciones de tormenta, cual si en su interior una tempestad de ira se despertase. La cólera llevó una oleada obscura á sus ojos que chispeaban. Sus labios se entreabrieron como para decir algo; pero vaciló, cohibida sin duda por un resto de amor propio.

Mas, al fin, no pudiendo contenerse, sus iras estallaron desbordantes, como un turbión incontenible:

—¡Falsa, infame, ruín! No merecía mi cariño; desleal, mezquina, miserable!

—¿Qué te pasa, qué hay? preguntó alarmada Margarita.

—¡Qué desengaños causan las amigas, hija! Figúrate que...

No prosiguió; la razón sobreponíase á la cólera. Y limitóse sólo á pronunciar, con tono desdeñoso y lágrimas en los ojos, estas palabras:

—Nada; falsedades que es mejor olvidar.

Estrujó la carta, la arrojó á un rincón y, dan-

do un pellizco altanero á la falda, salió diciendo: "Voy á ver si mamá está lista".

Margarita, lela, no podía explicarse tan repentino cambio. ¿Por qué Laura, después de ponderar tanto las buenas cualidades de su amiga, de su alhaja, de su hermana, la insultaba ahora? La curiosidad invencible de las mujeres indujo á Margarita á faltar á la buena educación. Y con mano temblorosa, mirando á todos lados, recogió la bolita de papel, la estiró y leyó uno de los párrafos.

Decía así: "... Mucho te extrañará que nada te haya dicho hasta ahora de mis pololeos. Pues bien, Laura, se acabaron las tonterías. Estoy de novia. ¿A que no adivinas con quién?... Con Carlos Romero. Ya estoy pedida y el primero de Septiembre es el día fijado para la boda. Todo ha sido muy rápido..."

#### FOTOGRAFIA ARTISTICA



Desencanto



## Don Fernando Alvarez de Sotomayor

NUESTRA naciente escuela de pintura ha recibido en este último tiempo el entusiasta impulso de un joven maestro, dotado de todas las condiciones que denotan al artista de vocación.

El señor Fernando Alvarez de Sotomayor, cuya fama había llegado hasta nosotros precediendo su venida á Chile, ha sido encargado por el Gobierno para regentar la importante clase de Composición y Colorido de la Escuela de Bellas Artes. En realidad que una designación como esta no ha podido ser más acertada, por cuanto se reúnen en el señor Alvarez, además de sus aptitudes á todas luces manifiestas, la ventaja de un temperamento esencialmente colorista, como lo reclamaba la enseñanza de una escuela que se inicia.

Por otra parte, la estrecha relación de raza, con tantos puntos de contacto como existen entre España y Chile, no sólo en el carácter como también en el clima y cielo, contribuyen á realizar una atinada y provechosa labor.

Pertenece este artista á una generación de pintores inmediatamente posterior á la de Sorolla y, como éste, participa de un temperamento robusto y espontáneo, que caracteriza á los buenos maestros de la simpática patria de Velásquez y Murillo.

El resurgimiento de la pintura española á fines del último siglo, dirigido por Joaquín Sorolla, considerado, en el día, como una eminencia del arte contemporáneo, fué debido en gran parte á la influencia ejercida por los pintores franceses, y muy directamente á la de Bastien Lepage; sobre todo este último decidió favorablemente la evolución sufrida por Sorolla después de sus viajes á París.

No poco contribuyeron también esa pléyade de pintores del norte de Europa, como Zorn, Thaulow y otros, los que llegaron á impresionar vivamente al maestro español por las tendencias de un realismo y sinceridad absolutos y, sobre todo, tan independientes y coloristas.

Desde entonces, Sorolla se lanza por la vía de un arte basado en el estudio directo de la verdad, busca los efectos luminosos y se entrega de lleno á la pintura de aire libre.

Estas tendencias, desarrolladas en España, influyeron sobre la escuela moderna, y de ella proceden todos los artistas jóvenes que han conquistado un nombre: Zuluaga, Alvarez de Sotomayor, Chicharro etc.

En la obra de Alvarez de Sotomayor se adivinan la influencia del pintor valenciano y muy indirectamente la de los maestros franceses, como algunos han podido notarla, llegando á pensar en reminiscencias de Cottet y Simon.

Pero estas afinidades en nada desvirtúan la personalidad del señor Alvarez de Sotomayor, y nosotros no vemos en ellas más que las relaciones naturales que existen siempre de las buenas

calidades entre los verdaderos artistas. *Les grands esprits se rencontrent.*

Los ejemplos acuden fácilmente para comprobar nuestra aser-



Retrato de la señora A. Z.

ción. Basta citar á Whistler, el que con toda su originalidad nos hace recordar á Velásquez; Rousseau, el paisajista, se inspira en Ruysdael, y el mismo genial Buonarroti estudia detenidamente el juicio final de Lucas Signerelli antes de emprender su obra gigantesca.

Y volviendo á los modernos, ¿no encontramos cierta analogía entre Besnard, Zorn y el mismo Sorolla?

A pesar de su corta carrera, el señor Alvarez de Sotomayor ha logrado una independencia bastante rara, sobreponiéndose á todas las influencias á que debía estar todavía subordinado á causa de sus pocos años.

Antes de un razonamiento estético de las obras de este artista, querríamos insistir en el raro conjunto de facultades que destacan su personalidad como tipo de pintor extraordinariamente equilibrado.

Porque Alvarez de Sotomayor manifiesta en toda su producción una maestría pictórica sin vacilaciones ni timideces, un dón natural para abordar los más variados asuntos con el mismo éxito; desde el retrato, la más compleja rama del arte, hasta el cuadro de composición de vastas proporciones.

Su labor nos es ya conocida. Además de sus retratos ejecutados en Chile, hemos podido apreciar un interesante conjunto de cuadros de costumbres gallegas de audaces entonaciones, que admiramos el año pasado.

Entre esos cuadros figuraba una intencionada cabeza de labriego, de siniestra mirada, llevando sobre sus hombros una guadaña. Esa pequeña tela cautivó nuestra atención y en ella pudimos apreciar el carácter que sabe el artista imprimir a sus personajes. Aquella figura no la hemos podido olvidar.

De los magníficos retratos pintados pos-



Retrato de los señores de S.

teriormente recordamos el del pintor Helsby, á nuestro juicio el mejor, y probablemente el que ha sido tratado con más desprecupación.

El parecido es perfecto, amplia y suelta la factura, armoniosa la gama de color en su agradable y discreta entonación y con un fondo tan acertado como bien dispuesto.



Retrato del señor L. U.

poético paisaje se destaca la figura de un cazador que avanza airosamente precedido de dos lebreles.

Muy armoniosa la gama, bien observada la figura, los perros y accesorios bastantes justos, y aunque la nota del fondo, tal vez un tanto oscura, con todo resulta una obra muy completa, digna de entusiastas aplausos.

En este retrato, el señor Alvarez de Sotomayor nos revela cierta tendencia á la escuela inglesa, trayéndonos esa época de prosperidad del retrato en aquel país en que se distinguieron artistas tan celebrados como Laurence, Gainsbrug, Reynolds.

Pero volvamos al aire libre para apreciar al pintor en su verdadero temperamento, en el ambiente de su predilección, y experimentar la sensación del sol y de la luz, que con tanto talento sabe fijar en la tela, como se puede ver en el gran retrato de los señores S.

La realización de esta obra ofrece dificultades fáciles de reconocer; desde luego, aquella máquina no podría interesarnos si no fuera por la habilidad con que el pintor ha sacado partido en la manera tan amplia de tratarlo, con una exactitud comparable sólo á la realidad. La ejecución de suma facilidad y los bien observados efectos de luces y reflejos brillantes nos impresionan favorablemente.

Todas estas elocuentes pruebas nos confirman la reputación de un pintor que, en su corta carrera, ha sabido conquistar numerosas recompensas y distinciones.

Los primeros estudios, antes de ingresar á la Escuela de Bellas Artes, los hizo el señor Alvarez de Sotomayor en el estudio de Domínguez, artista de cierta reputación, el cual lo asoció al poco tiempo en varias obras decorativas en las que colaboró el discípulo con bastante lucimiento.

Por un error se ha sostenido que este artista habfa ganado, en concurso, el premio de Roma al venir á Chile; pero ateniéndonos á datos precisos, sabemos que esa honrosa distinción la obtuvo el año 99, siendo casi un niño, y sabida es la importancia que se le concede en España á este premio, casi siempre decisivo en la carrera del artista.

En 1904 obtuvo la medalla de plata en Madrid y dos años después recibía la de oro, acordada por unanimidad. Al año siguiente ganaba, en Barcelona, la primera medalla en la expo-

sición internacional, y el jurado se mantuvo cierto tiempo indeciso para adjudicar el premio en dinero concedido por el Rey. Zuluaga, que era su competidor, triunfó por mayoría de votos.

Ultimamente se le ha conferido el título de "Comendador de la Orden de Isabel la Católica", distinción acordada por S. M. Alfonso XIII en atención á sus relevantes méritos.

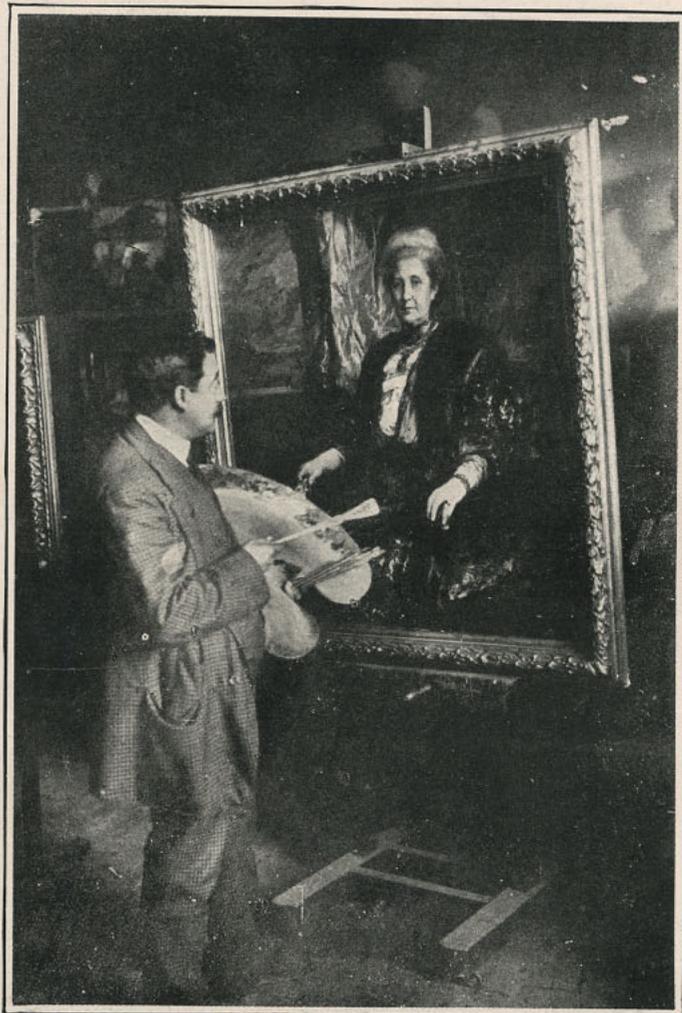
Estos triunfos, lejos de envanecer al artista, le han servido sólo de estímulo para continuar por la senda que se ha trazado, manteniéndose fiel á las nobles tradiciones de su escuela, dentro de la más absoluta independencia.

La afabilidad de su trato y la benevolencia de sus juicios; son otras tantas prendas con que tan bien ha sabido captarse todas las simpatías, sin exceptuar las de los artistas.

Conversando un día con Alvarez de Sotomayor sobre su venida á Chile, me refería la curiosa coincidencia de haber llegado á nuestras costas su señor padre en calidad de guardiamarina de la armada española.

El padre habfa llegado hasta nosotros empuñando la espada. Hoy el hijo se nos presenta en la más hermosa misión. Los pinceles son sus armas y con ellos seguirá conquistando laureles.

Y no debemos olvidar que el señor Alvarez de Sotomayor ha sido el más entusiasta promotor para conmemorar el centenario



El pintor Alvarez de Sotomayor en su taller

de nuestra independencia con una Exposición Internacional Artística.

Hemos procurado en esta breve reseña de la vida del pintor mantenernos ajenos á la pasión dictada por el afecto que profesamos al amigo y á la del entusiasmo que nos despierta el artista.

JOAQUIN FABRES



# El Cerro Santa Lucía

¿QUIEN, al querer hablar del Cerro de Santa Lucía, no evoca esa figura genial y simpática de Benjamín Vicuña Mackenna? De ese intendente de Santiago, cuya obra maravillosa no podrán comprender sino aquellos que alcanzaron á conocer la antigua Santiago de 1870?

Esa ciudad española con casas de un piso, blanqueada con cal de colores vivos, rosa, celeste, predominando el amarillo; con sus calles silenciosas en que sólo, de cuando en cuando, se oía el rodar de un carruaje, que venía á turbar la paz del barrio y hacía lanzarse á la calle á la servidumbre curiosa.

En medio de esa ciudad muerta, perezosa y polvorienta, se alzaba el cerro de Santa Lucía tan triste, tan árido y más polvoriento que la ciudad misma.

¡Herían la vista aquellas rocas quemadas por los rayos del sol! Era aquello una acumulación de piedras enormes, con senderos de cabras, para trepar hasta la vetusta fortaleza española, donde dormían el sueño eterno dos ó tres cañones inservibles y mohosos; al lado, en una plazoleta, se veían unas cuantas losas funerarias que mostraban que ahí habían sido sepultados los protestantes muertos en Santiago, que, *á causa de su religión, no podían reposar en tierra bendita*. ¡Guarda de beodos y de jugadores: depósito de basuras y de algo peor, ese era el Cerro!

Entró de intendente Vicuña Mackenna y todo lo transformó; movió á las señoras, las reunió, aplacó las antipatías, inventó conciertos, kermesses, bailes, paseos campesinos, exposiciones. ¿qué no hubo?

Pasó sobre todos los hogares una brisa de alegría de caridad y de emulación: nada puede compararse al resurgimiento social que, con su varilla mágica, ese hombre único produjo.

Un día corrió la voz de que Vicuña Mackenna quería hacer un *Pincio* del Santa Lucía.

Los viejos pelucos, con sus pies calzados de zapatillas, tomando el sol en el segundo patio de sus espaciosas casas, se agarraban la cabeza indignados y temero-



Entrada principal del Cerro Santa Lucía

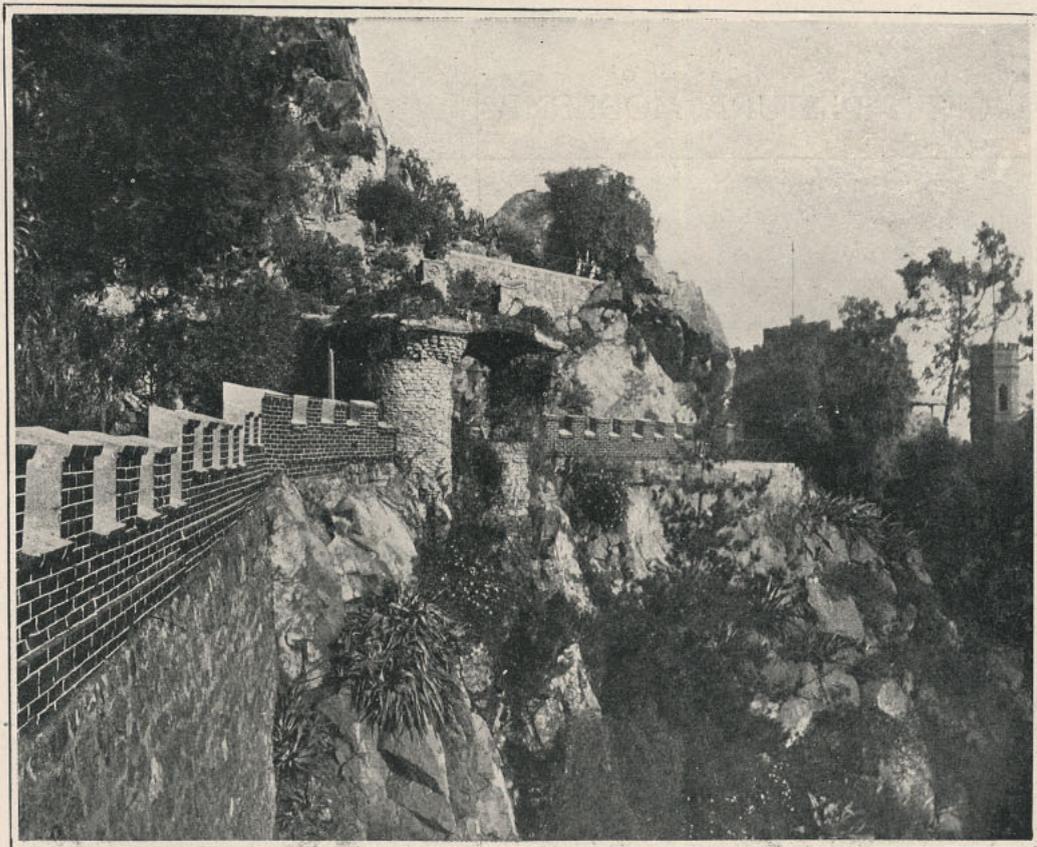
sos. "A dónde nos va á llevar este loco", se repetían desesperados.

El concibió su grandioso plan y desde ese momento su ejecución fué una realidad. No tenía plata, pero sabía que la sacaría de las piedras, que más que de piedra eran los corazones de los hombres ricos y sesudos que juraban que no contribuirían con su óbolo al derroche del intendente; pero él los alhagaba, los dominaba con su gracia y talento y la plata les saltaba de

los bolsillos contra su voluntad. Había por ahí un ricachón á quien las minas favorecieron dándole un millón de pesos, no habiendo sido más que un humilde apir; pues á ese novel señor le dedicó un artículo en "El Ferrocarril" descubriéndole un parentesco con un Lord inglés. Esto valió á Benjamín Vicuña Mackenna cinco mil pesos para el Cerro y al nuevo Lord un orgullo desmedido. Los presos de la cárcel trabajaron los anchos caminos; los amigos proporcionaron árboles y plantas; las fiestas y paseos dieron su contingente y al año siguiente surgió ante las miradas asombradas de los santiaguinos el famoso paseo con sus plantitas verdes, sus alamedas de pequeños árboles, su teatrillo, restaurant, baño, capilla, estatuas, bustos, biblioteca, etc., etc.

Se inició con un concierto maravilloso para aquellos tiempos: él lo llamó la "fiesta del Shah de Persia". El Cerro entero estaba, de arriba á abajo, cubierto de guirnaldas de farolitos de colores; todas las bandas de la guarnición tocaban en diferentes puntos; en el teatrillo se representaban "Los Madgiars"; los coches subían y bajaban por los anchos caminos y los pietones avanzaban por las veredas de asfalto hablando y riéndose con animación extraordinaria. Benjamín Vicuña de pie en la plazoleta los recibía á todos y aprovechaba del entusiasmo para obtener *concesiones para su Cerro*. Igual con pobres y ricos, á todos decía una palabra amable, á los jóvenes celebraba sus gracias, á los viejos sus pasados triunfos.

Si viviera Vicuña Mackenna sería la figura más notable de Sud América. Todo lo habría transformado con su talento maravilloso y con su energía inquebrantable. ¡Gastó su dinero, su cuantiosa fortuna, sus fuerzas y su salud por el bien de su patria! Hoy el Cerro de Santa Lucía es un oasis: sus anchas alamedas sombreadas por grandes y copudos árboles, el bosque que se alza á sus pies, las graciosas enredaderas que ocultan los peñascos, las pintorescas escalinatas, que por entre flores llevan hasta la capilla donde descansa el creador de tanta hermosura. La vista que se domina es encantadora: en invierno, por entre los árboles despojados de sus hojas y hiedras verdes que se arrastran por el suelo, se divisa



Un costado del Cerro Santa Lucía

la cordillera de los Andes cubierta de nieve enrojecida por los rayos del sol, sin calor bastante para derretirla y los barrios altos de la ciudad echados á sus pies como graciosa sultana, mostrando su cinturón de verdes árboles. En la primavera la vista es dulce y suave como el color rosa de sus duraznos en flor, de los copudos perales y manzanos y de flores blancas sobre tallos oscuros, de las flores de aroma tan suave y perfumado; esa florecilla que los franceses llaman *Mimosa*, en cuya palabra parece ocultarse una caricia, una gracia especial que se desprende de la simpática planta que perfuma y embellece, cuando todo lo demás está helado y triste!

En las mañanas, ese paseo, que debía llamarse "Benjamín Vicuña", es el rendez-vous de muchísima gente, llevadas á respirar ese aire puro, gozando del panorama maravilloso que á sus pies se extiende dominando la ciudad con las altas torres de sus iglesias, las cúpulas de sus palacios, de sus esbeltos y magestuosos monumentos envueltos entre árboles; la larga Alameda con su verde sombra y allá, á lo lejos, divisando el humo de los trenes que van y vienen y que recuerdan al tranquilo paseante que la vida que allá abajo se desarrolla no llega á turbar la paz ó la felicidad de los enamorados, que en todos los rincones se divisan.

Es una maravilla ese Cerro, un encanto: ni la tierra que es el gran inconveniente de Santiago altera la frescura de sus hojas y flores, rechazada por los árboles que lo circundan y que sirven de abanico perfumado para mantenerlo brillante, fresco y gracioso durante todo el verano.

¡Nada es comparable á una noche de luna en el Cerro! En medio de esa bóveda oscura de verdura se alza el astro de la noche, bañando de claridad tranquila y melancólica los paseos.

Por la mañana, la frescura es deliciosa y, hasta hace poco, nunca faltaba sentado en el mismo banco, rodeado de amigos, uno de nuestros hombres más cultos y distinguidos por su talento, gracia y genialidad, disertando con aquellos, originalidad única y tan celebrada por todos los que lo oyen. Un enjambre de niños corren de un lado á otro de los caminos, trepan las escaleritas de piedra y se pierden, cual pintadas mariposas, entre los recodos de los caminitos. Las elegantes "merveilleuses" con sus grandes sombreros, sus sombrillas á guisa de bastones, sus faldas estrechas modelando las formas, que se suponen esculturales y

los largos levitones de enormes botones, no faltan tampoco, buscando un poco de descanso para su ajitada vida, ozono para sus pulmones quemados en bailes y teatros por la aglomeración de gentes, luces y flores.

perdido, á mirar desde esa cumbre el sitio, en el lejano cementerio, donde reposan todos aquellos ¡ay! ¡que fueron su dicha!

Todos van al cerro: los alegres, los tristes, los egoistas, los generosos, los activos,



Una de las avenidas del Cerro Santa Lucía

Tal vez... ¿quién sabe?... la esperanza de encontrarse con algún admirador que derrame en su oído ese licor de miel, perfumado y tibio como son las frases amorosas que alhagan, embriagan y... se disipan

También van ahí las familias de los humildes á buscar salud y alegría; van los poetas á inspirarse; los pintores á tratar de pasar á la tela sus brillantes paisajes; van los tristes, aquellos que todo lo han

los perezosos, los románticos, los soñadores, los enamorados, los desengañados!

La sombra simpática de Benjamín Vicuña guarda esa creación de su genio, pues, cosa rara, no ha decaído ni está abandonado como los otros paseos de la capital.

Que le llegue, hasta el gracioso templo donde reposa, este recuerdo que deposita en su tumba el hijo de uno de sus más leales amigos.

GA. VERRA

## LA GRAN PINTURA MODERNA



LAS SEGADORAS.—Bretón



Estatua en mármol que se ha erigido en Septiembre próximo pasado en Buenos Aires, en el palacio de la señora de Quierolo, á la memoria de la señorita M. Quierolo.—Obra de la señorita Luisa Isella, ex-alumna de nuestra Escuela de Bellas Artes.

# CHARLAS

EL Consejo de Instrucción Pública está discutiendo reformas que han de introducirse en el plan de estudios secundarios. Por tanto, creo que es oportuna la publicación de algunos de mis recuerdos de colegio, ítem de los comentarios que sobre ellos me ha sugerido la experiencia.

Hice mis primeros estudios en un colegio alemán, los secundarios en el Instituto Nacional y los superiores en la Universidad de Chile.

El colegio alemán era mixto, y sea por la tierna edad de los alumnos, sea porque la mayoría era formada por hijos de extranjeros, ello es que nunca tuvo inconvenientes la vida hasta cierto punto común que hacíamos hombres y mujeres. Muchachotes macizos, forzudos, de rubicundas mejillas, había uno que otro; pero la sangre, alemana ó inglesa, les daba un aspecto de inocencia que así se quisieran las vírgenes de Murillo. Y solían ellos amostazarse cuando, ya de retirada, encontraban por las calles á grupos de muchachos chilenos, alumnos de un vecino colegio, que nos esperaban para decirles cuchufletas á nuestras compañeras. Yo hallaba á los chilenitos muy inteligentes, les envidiaba su despejo; pero á la vuelta de los años, la generalidad de los gringuitos ha llegado á tener una situación, la que no ha llegado á tener la generalidad de los chilenitos.

Del colegio alemán conservo este curioso recuerdo. Nos aconsejó un profesor que no hiciéramos letra muy grande, para no consumir mucho papel; y yo, que á ojos cerrados seguí el consejo, presenté al otro día, en una hoja sola, el ejercicio que antes escribía en tres. El profesor me observó que el ejercicio no debía de ser escrito por mí, le dije que lo había sido, insistió él é insistí yo, me amenazó con castigarme si no decía la verdad; y cómo me viera ya castigado, precisamente porque decía la verdad, apelé á la mentira diciéndole que el trabajo era de mi hermano, mentira que dejó satisfecho al alemán y que le sugirió esta reflexión: "como ves, siempre se gana con decir la verdad".

De ese colegio pasé al Instituto Nacional, y aunque yo sabía mucho más que mis compañeros, en consecuencia del sistema práctico con que se me había enseñado, mis compañeros me hacían blanco de sus burlas porque no sabía *lo que ellos sabían*. Uno, que era el más diablo del patio, y que ahora es receptor en provincia, me llamaba "el capullo". Para desprenderme de esa atmósfera que me hacía odiosa la vida del colegio, empecé á usar palabrotas, á decirle flores á cuanta china encontraba por la calle, y hasta le robé cigarros á mi padre, con los cuales gané la amistad de algunos de mis compañeros, distribuyendo entre ellos los cigarros, y me pegué la más feroz de las borracheras fumándome uno hasta donde me aguantó el estómago.

Los castigos eran otro elemento anti-pedagógico: el encierro, en un tugurio húmedo, oscuro y estrecho, y la aplicación del *guante*, que aunque aprendido á *capear* para que no doliese tanto, dejaba en el fondo del alma un sentimiento de mala voluntad, y aún de rencor, para con quien aplicaba ese brutal castigo. Nunca he olvidado á los dos profesores que me pegaron. El guante fué abolido en 1877, por decreto que lleva la firma de don Miguel Luis Amunátegui.

El sistema de aquellos años imponía llevar las lecciones aprendidas de memoria. Al final de una clase, el profesor decía con el libro abierto: "desde aquí, hasta aquí", y eso se llevaba aprendido al pié de la letra para la clase siguiente: el profesor no se imponía otra misión que la de cerciorarse si uno ó más niños, según el número que tocaba, sabían ó no la lección. Raro era el profesor que ampliaba el libro con alguna explicación; y más raro, por supuesto, el que, tomando pié de la oportunidad, nos diese una lección útil sobre materias extrañas al ramo de su asignatura. No recuerdo que profesor alguno nos dijese algo sobre moral, urbanidad, diligencia ú orden.

Los textos eran, en general, muy malos. Hombre ya, he releído algunos; y, francamente, me admiro de que con tales textos, confusos, oscuros, deficientes, peor redactados, se pretendiese enseñar á los alumnos. Entre los textos había uno—la gramática de Bello—que pecaba por lo contrario, por ser un monumento, que los mismos profesores no entendían. En vez de adoptar un texto más adecuado, se nos hacía analizar lógica y gramaticalmente; incomprendible absurdo que explica el hecho de que los alumnos salieran del colegio sin sospechar siquiera cómo se habla y cómo se escribe el castellano.

De inglés, francés y alemán, aprendíamos los textos, y á veces ni los textos; por donde resulta que alumnos que obtuvieron premio en sus clases de idiomas, han olvidado casi por completo lo poco que entonces aprendieron.

¡Y qué decir de aquellos cuatro ó cinco años de Matemáticas! Para mí fueron el infierno en vida; de cada exámen libré con una erre, gracias á que mis profesores se convencieron de que yo era un adoquín para números y cálculos. Si se proponen hacerme entrar aquello en la sesera, me dejan moro y no me recibo nunca de bachiller. Por supuesto, en la vida no he necesitado jamás de todo ese bagaje.

Fracasé también en un exámen de Historia Natural, por no haber distinguido la drupa de la cariopse. Si me entiende alguno de mis lectores, confieso que es importante lo que yo ignoraba. Asimismo fracasé en el exámen de geometría, porque no supe determinar el volúmen de un tetraedro irregular truncado. En cambio, mi profesor, que hoy ejerce la profesión de ingeniero, tasó el año pasado, en cuarenta y cinco pesos el metro, un terreno de que soy dueño; y este año, un solar vecino al mío, y menos valioso porque no es de esquina, se remató en ciento treinta y seis pesos el metro.

Filosofía aprendí también de memoria, pero para ser justo diré que mi profesor insistía siempre en un aforismo ajeno al texto: "la virtud no deja de tener jamás su recompensa". Como en la vida real no lo veo tan claro, á juzgar por los muchos bribones que están en la altura, y por los muchos hombres de bien que vegetan en la modestia ó en la miseria, imagino que mi profesor debió referirse á la vida futura, al cielo de los creyentes; en lo cual bien pudo tener razón, aunque hubiera sido de desear que se explicase con más claridad.

En artículo venidero continuaremos el desarrollo de estas memorias de aula.

CARLOS LUIS HÜBNER



Señora Teresa Bezanilla de Hübner

# LA VIUDA DE BAYREUTH

FRANZ Listz era el pianista mimado de toda Europa cuando nació su hija Cosima. El célebre virtuoso húngaro recibió este nacimiento con mayor descontento aún del que sintiera al venir su otra hija, Blandina: era porque Listz aspiraba y deseaba tener hijos varones, pues pensaba que no podría dedicarse á la educación de las niñas con el cuidado que este sexo merece: se lo impediría su manera de vivir siempre en marcha de ciudad en ciudad.

Pero el caso fué que las dos hijas de Listz crecieron y se convirtieron en *niñas casaderas*. Muchos pretendientes tuvieron las dos muchachas, y á ninguno hicieron caso: parecían no presentarse dispuestas al matrimonio. Y el gran virtuoso húngaro desesperaba: tenía ganas de casar á sus hijas, porque entonces le estorbaban más que cuando niñas. Hasta que, en 1857, Cosima escuchó las pretensiones de un joven sajón, llegado á Weimar desde Dresde, Hans Guido von Bülow, que había abandonado el estudio de las leyes por la música, la cual se dedicó á aprender bajo las sabias instrucciones de Listz. Allí se enamoró de Cosima y ella se caso con Bülow. Y como Cupido casi nunca se contenta con hacer presa en el corazón de una muchacha cuando ésta tiene hermanas, resultó que al poco tiempo de aquella boda celebróse la de Blandina, la otra hija de Listz, con Emilio Ollivier, el célebre político francés que tanto hizo por llevar á su país á la desastrosa guerra con Prusia el año 1870.

¡Por fin estaba solo Listz! En una de las cuatrocientas cincuenta y dos de sus cartas publicadas que dirigió á su íntima amiga la princesa Sayn-Wittgenstein, el gran virtuoso húngaro traza su plan de vida "para cuando mis dos hijas, dice, tengan casa y familia". Llegado ya este tiempo, Listz puso en seguida en práctica el plan: la princesa que, poco feliz con su marido durante diez años, lo había abandonado hacia algún tiempo, trasladóse á Weimar y se instaló en compañía del pianista húngaro en una poética casita de la pequeña villa de Altenberg. Los dos amigos estaban juntos: podían verse todos los días, y hablar, hacer música, discutir temas de filosofía, de ciencia, de arte. Jamás había sido Listz tan feliz en toda su vida anterior. Estimulado por la princesa, compuso el pianista-húngaro sus obras "Santa Isabel" y "Dante" y sus seis tomos de ensayos musicales, tan llenos de elegancia y de poesía.

Altenberg fué entonces lugar á donde acudieron los grandes maestros de la música, amigos de Listz: Rubinstein, Spohr, Schumann, Joachim, Berlioz. También iba á Altenberg un joven alemán, llamado Ricardo Wagner, á quien puede decirse que descubrió Listz, admirando desde el primer momento sus talentos y sus aptitudes musicales y proclamándolos muy alto.

Cosima fué cierto día á visitar á su padre. Acompañábala su marido, Guido von Bülow. Wagner estaba en la casa del pianista húngaro. Hubo entre la hija de Listz y el maestro alemán eso que se llama *flechazo*: se sintieron mútua é impulsivamente atraídos. Y vino el divorcio entre Bülow y Cosima, á cuya solución se llegó gracias á los oficios de la princesa Sayn-Wittgenstein que acudió en auxilio del asustado Listz, á quien parecía caerle el mundo encima ante esta nueva dificultad que en la vida le creaba una de sus hijas. También sirvieron los oficios de la princesa Sayn para que Cosima y Wagner contrajeran matrimonio. Esto ocurrió en 1870. Cosima, al unirse á su nuevo marido, estaba completamente enamorada de él: no otra cosa explica su decisión de divorciarse de Bülow, que ostentaba buena posición social, para casarse con Wagner que, no solamente era pobre, sino que aún no había hecho carrera, no estaba en plena juventud, era viudo y aparecía tildado entre casi todos sus compañeros como impostor y charlatán por sus nuevas ideas musicales.

Después del divorcio y de su segundo matrimonio, Cosima de-

mostró haber heredado la filosofía de su padre: procedió en seguida á establecer una relación entre su primer marido y el segundo, y de tal manera lo logró que, con el pleno consentimiento de Wagner, Guido Bülow fué visitante asiduo de la casa de Cosima.

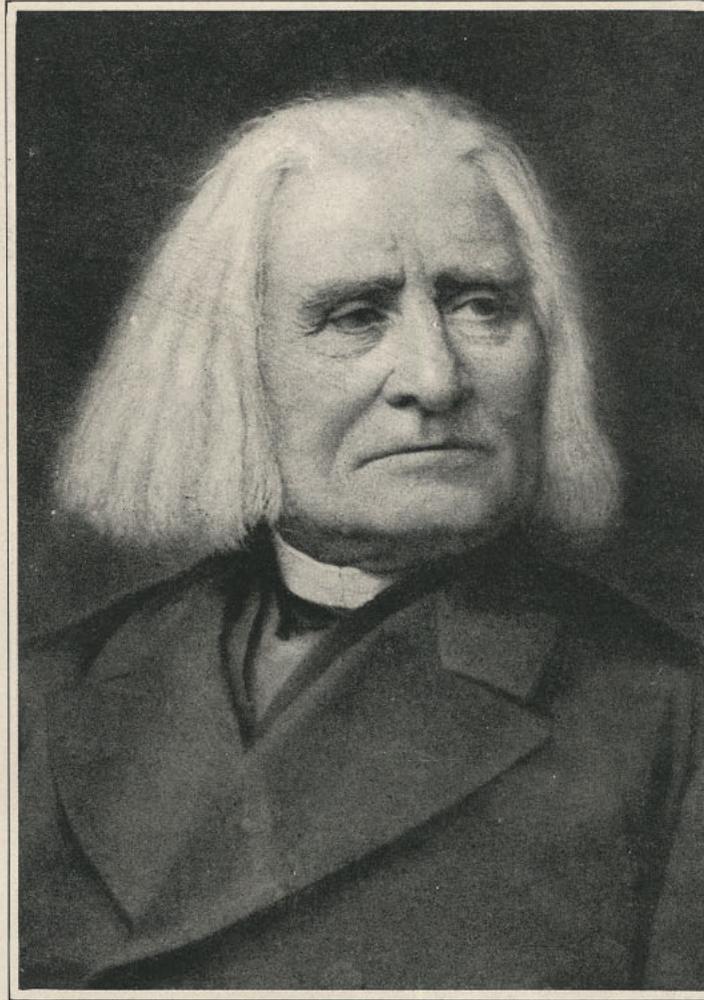


Wagner parecía un sér extraño: jamás estaba tranquilo, nunca, quieto; ó se abismaba en las profundidades de la desesperación, ó se crecía hasta las alturas del mayor júbilo: la ecuanimidad era palabra que no existía en su diccionario. Cuando llegaba al lado de Cosima después de un ensayo, lloraba amargas lágrimas porque *aquellas máquinas*, como llamaba á los profesores de orquesta, le despojaban de sus golpes de efecto; y cuando no lloraba se dedicaba á bailar para expresar su contento porque al fin había encontrado *verdaderos hombres, verdaderos artistas*, que interpretarían sus obras. Listz, que adoraba á Wagner, jamás perdió la fé de su *descubrimiento*, como él decía del maestro alemán, y le escribía cartas animándole á proseguir en su empresa.

Listz escribía desde Roma, á donde había ido en compañía de su princesa, á fin de solicitar la intercesión del Papa para que les permitiera casarse á él y á su amiga, á pesar del divorcio de esta dama; pero el Papa negó su consentimiento. La princesa entonces vistió de luto, aceptando su mala suerte y anunciando su convicción de que una fatalidad se oponía á que se convirtiera en la esposa de Listz. Y aún cuando poco después murió su marido el príncipe, la de Sayn *rehusó* tentar el hado, y en vez de hacerlo apremio á Listz para que se dedicara á la Iglesia y empleara todo su genio en la música sagrada. Así lo hizo el pianista húngaro, que recibió órdenes menores, hecho lo cual quedóse la princesa en Roma y volvió Listz á Weimar... ¡A Weimar! a la ciudad de Herder, de Wieland, de Schiller y de Goethe!

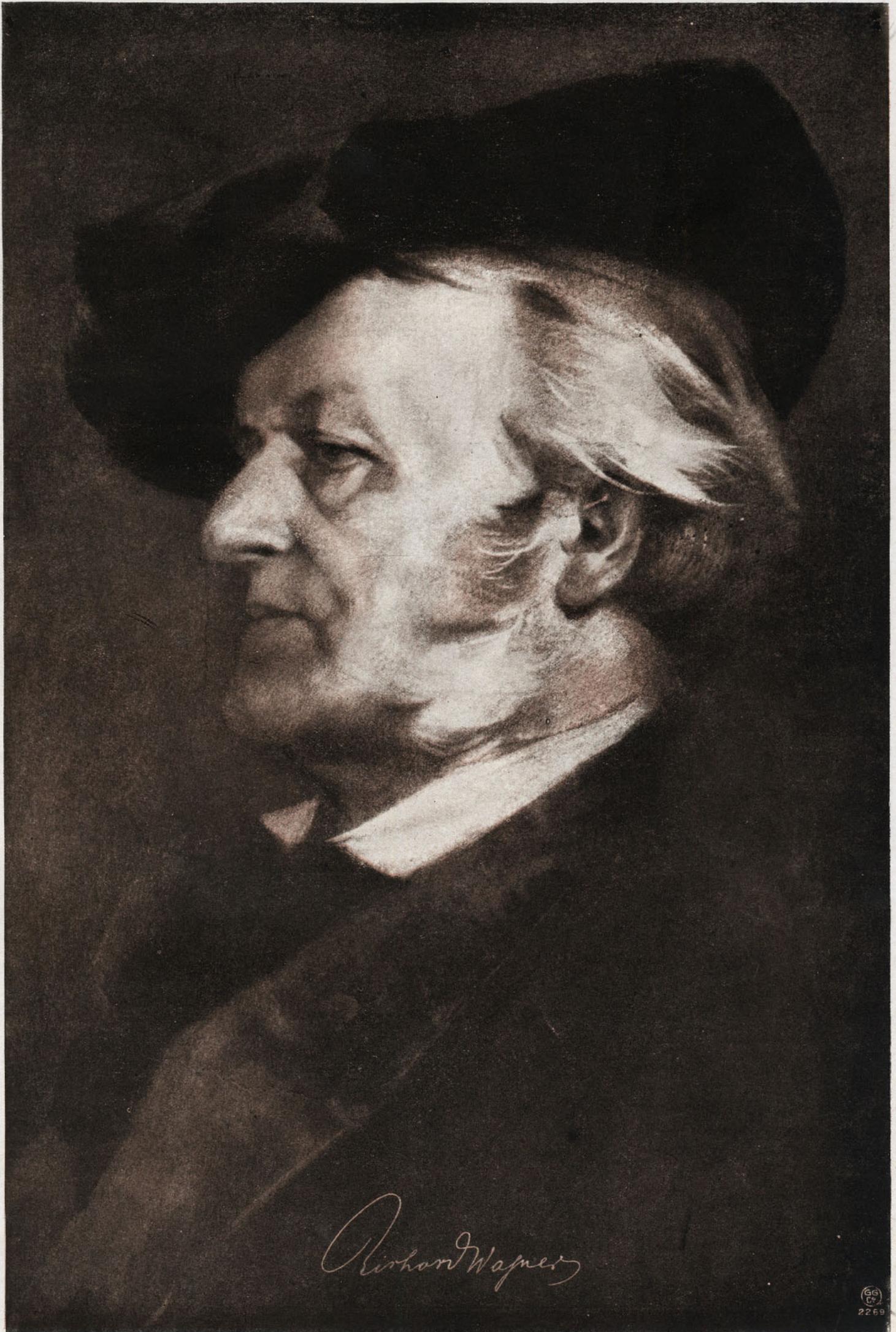
El gran duque Carlos Alejandro, orgulloso de conservar cerca de sí, como le pasaba á su abuelo Carlos Augusto, el mayor número posible de grandes hombres, regaló al pianista una reducida y sencilla casa de dos pisos, situada en una extremidad de la población, en terreno elevado, sobre el parque. Cuando Cosima Wagner, llevando con ella á su pequeño Sigfredo para que jugara con el abuelo, fué á Weimar, sintió y expresó su disgusto al ver la vivienda del grande hombre: la casa, que había pertenecido antes al jardinero de la corte, daba la espalda á la calle, y las ventanas apenas si miraban á los hermosos jardines; próximos á su única puerta se aglomeraban varios edificios, uno de ellos residencia de la mujer Paulina Apel, que fregaba y cocinaba para Listz y limpiaba su casa... No tenía el virtuoso húngaro más criados.

Llevando á Sigfredo montado en el hombro, Listz hizo entrar á su hija Cosima en su casita. En la larga habitación, separada del recibimiento por un tabique de cristales, oscurecida ó á toda luz, á voluntad (sirviendo para ello los rojos portiers de felpa aterciopelada), recibía el maestro sus discípulos. En una extremidad había dos pianos; en la otra, dos escritorios, una *châsselongue* y algunos estantes de libros. Por esta habitación se pasaba á la alcoba de dormir, en la que había una puerta para otro pequeño cuarto donde Listz guardaba el piano francés que utilizara durante los felices días de Altenberg. En esa misma habitación había varios escritorios, en cuyos cajones conservaba el maestro manuscritos, libretos de óperas y correspondencia. En otros cajones guardaba Listz muchos objetos de valor, regalos de personajes al pianista: cajas de rapé con adornos de diamantes, que no le servían porque jamás tuvo el vicio de tomarlo; anillos, puños de oro para bastones, costosos, vasos de metales preciosos y cuanto había acu-



Franz Listz

Ricardo Wagner



GA  
2269

mulado el eminente músico en sus viajes por Europa. Cuando Cosima hubo examinado todo esto, Listz la hizo volver á la extremidad de la larga habitación donde él estudiaba. Allí, sentado en confortable sofá cerca del balcón, la habló de su deseo. Sobre el escritorio había un retrato, con marco, de la princesa Wittgenstein.

—A ella, Cosima, dijo Listz, quiero que vayan á parar todas las cosas que poseo.

La hija le advirtió que entre aquella colección de recuerdos los había de su madre, la condesa de Agoult, y de Daniel, su hermano que murió joven. Pero Listz insistió en que todo fuera á poder de la princesa.

—Tu marido, dijo, ha conseguido ya riquezas y gloria. Nada necesitareis... Y, además, es mi deseo.

Tenía razón. Wagner se hallaba en el apogeo del éxito mundanal y artístico: toda Alemania aplaudía su música, y los grandes artistas se esforzaban por cantar sus óperas; el rey Luis de Baviera había hecho construir un palacio musical al que daba entrada un corredor en el que había, á uno y otro lado, estatuas de héroes wagnerianos, palacio en el cual se representaba todo el trabajo del maestro con el rey por único oyente...

Diecisiete años, hasta el de 1886 en que murió, vivió Listz en su casita, servido por la buena Paulina Apel y acompañado á ratos por cuatro ó cinco discípulos que nunca dejó de tener. Ya no tocaba tanto el piano el gran maestro, pero componía, en cambio,

mucha música, pues él aseguraba no acostarse tranquilo cuando terminaba el día sin haber compuesto nada.

Al lado de su cama tenía el pequeño piano en que ensayaba sus obras, y sobre el piano el retrato de la princesa de Sayn y el suyo, al óleo, y cerca de éste el de Guido Bülow, á quien nunca olvidó, y el de Wagner, á quien en sus conversaciones describía diciendo que era "una especie de Vesubio lanzando llamas y fuego mezclado con rosas y violetas".

La princesa de Wittgenstein sólo sobrevivió seis días al adorado tormento de su existencia, y á poder de su hija la condesa de Hohenlohe pasaron los manuscritos, las obras inéditas y las joyas y alhajas que Listz la legara en su testamento.



La historia de Cosima Listz durante el resto de la vida de Wagner es la historia de éste, que tanto se ha esparcido por el mundo. Y cuando el gran maestro murió, Cosima continuó la obra del difunto.

Todavía vive en Bayreuth, velando siempre por el prestigio de los ideales que persiguiera su marido, y presentando en su arrugada cara, coronada por blanquísimo pelo, toda el alma de su enérgica persona, venerada y amada por aquel sencillo pueblo y respetada y considerada por los cientos de peregrinos que á la Meca del arte wagneriano acuden anualmente.

COSMOPOLIS

## PINTURA INGLESA



LA PESCA.—Cuadro de Delapoeire Downing



27 de Noviembre de 1879

## TARAPACA

TREINTA años van transcurridos desde esta fecha memorable, en que el ejército segara su más costoso laurel para añadirlo a la cosecha inmarcesible de sus triunfos.

El tiempo, como un eterno lapidario, va borrando lentamente del friso de la Historia los detalles pequeños, para dejar incólumes los rasgos sobresalientes del relieve donde las figuras principales aparecen con mayor realce.

Nadie recuerda ya que la expedición a Tarapacá fué una de las empresas peor dirigidas de cuantas hayan podido hacer alguna vez tropas chilenas: llena de imprevisión, plagada de faltas tácticas y estratégicas, sin sujeción a la más rudimentaria enseñanza del arte de la guerra. Todo, todo eso se ha borrado ya ante los resplandores de gloria que irradia la hecatombe del 27 de Noviembre. Aún después de muertos, el heroísmo de Ramírez y sus compañeros cubre, como con un manto piadoso, los errores de aquella desgraciada encerrona, en cuya dirección entraban por iguales partes la impericia de un jefe y la valentía loca y desordenada de un cucalón entusiasmado.

Para enaltecer la gloria de los que allí pelearon, no se necesita amenguar las faltas cometidas. Antes bien, de la serena exposición de los hechos surgirá más alta y más honrosa la actuación de todos, pues si los jefes no podrán vindicarse de sus errores como tales, llegada la hora del peligro cada uno supo arrostrar con ánimo sereno y con valor denodado la responsabilidad de aquel instante.

★ ★

Dirimida la contienda de San Francisco, las derrotadas huestes peruanas emprendieron la retirada a través de la pampa para ir a guarecerse en Tarapacá, a fin de tomar alientos para continuar la fuga. Allí se les reunió a poco la división que el coronel Ríos sacó de Iquique antes de la rendición de esta plaza, con lo que las fuerzas enemigas elevaron su número a 6,000 soldados.

Esta concentración se efectuó tranquilamente, en medio de la poltronería musulmana de la caballería chilena que, en vez de perseguir a los enemigos, los dejaba acampar tranquilamente a su vista, mientras escoltaba suntuosamente, a través del desierto, al coronel Sotomayor que iba a Iquique a presentar su dimisión de jefe de estado mayor.

Sólo cuatro días después, reunidos en Santa Catalina algunos jefes que no habían tenido intervención en la fiesta de San Francisco y que no querían quedar sin parte, cundió entre ellos, a propuesta de los comandantes José Francisco Vergara y Ricardo Santa Cruz, la idea de una expedición a Tarapacá que todos creían fructífera y sumamente fácil.

Una columna compuesta de 400 hombres partió sin dilación, con el entusiasmo turbulento de chiquillos que salen a recreo, sin volver la cabeza atrás y sin pensar en nada. La única precaución adoptada fué la de enviar delante, en calidad de único explorador, al capitán Laiseca, quien, oculto en unos chilcales, pudo contar uno a uno los 800 hombres de la división Ríos que iban a unirse al grueso de Tarapacá, que nadie supo nunca de cuantas plazas constaba.

No se arredró el comandante Vergara al saber la noticia, y después de enviar en busca de refuerzos y la venia del general en jefe a Santa Catalina, continuó adelan-

te. El general Escala accedió a lo uno y lo otro con la bonhomía de un padre grave que se divierte con las travesuras de sus muchachos: "¿a qué diablos van a meterse en ese sitio donde el diablo perdió el poncho?... En lugar de ustedes, yo no iría..."

Fué la única cortapisa, la única advertencia del general en jefe.

Con su venia partió, pues, al punto, en apoyo de la columna anterior, la división del coronel Arteaga compuesta del 2.º de línea y tropas de la Artillería de Marina, de Montaña, Zapadores, Chacabuco y Cazadores, que sumaban con los anteriores 2,300 plazas.

La división partió por el desierto desconocido sin haber tenido tiempo siquiera de llenar sus caramayclas, sin provisiones, sin proyectiles, sin servicio de exploración, ni nada.

Al llegar a Dibujo, el coronel Arteaga supo que el comandante Vergara había seguido hacia el norte, hasta Isluga, y fué preciso marchar en su busca para llegar allá a las 12 de la noche, con la tropa extenuada, hambrienta y desesperada por la sed, a tal punto que los soldados lamían, para calmarla, la superficie de los capotes humedecidos por la camanchaca.

Reuniéronse los jefes y se acordó el plan definitivo de la famosa encerrona. Las fuerzas iban a dividirse en tres grupos: el primero, al mando del comandante Santa Cruz, debía desfilarse por la altura para ir a situarse en Quillahuasa y tapar la única puerta de aquel callejón, ya que el segundo grupo, a las órdenes del comandante Ramírez, entraría por el fondo de la quebrada y empujaría a los peruanos contra las bayonetas de Santa Cruz, y, como ramillete final de la encerrona, el tercer grupo, al mando del coronel Arteaga, aparecía en los bordes de la quebrada espolvoreando hacia abajo el mortífero rocío de los fusiles que no dejaría un sólo punto ileso. No iba a quedar uno para contar el cuento.

Sólo que nadie se preocupó de averiguar ni siquiera aproximadamente el número de los enemigos y, por consiguiente, no había ninguna certeza de que todos aquellos ratones que iban a rodear el queso no se encontraran en el interior con algún gato montés. Por otra parte, las tres columnas iban a abarcar un radio tan extenso, que necesitaban una hora para socorrerse unas a otras, dislocamiento que se hacía más grave por la carencia absoluta de reservas de ningún género. Tampoco se fijó un punto de concentración para el caso de un fracaso, de modo que cada cual quedó aislado, entregado a su propia suerte y sin esperanza alguna de socorro.

No tardaron en palpase las dolorosas consecuencias de tantos desaciertos.

Una hora habían descansado las tropas, el tiempo que los jefes se mantuvieron reunidos, y de nuevo emprendieron la marcha en medio de las sombras brumosas que se condensaban al rededor de las columnas, impidiendo toda orientación. Concluyeron por extraviarse y anduvieron toda la noche a la ventura. La luz del día vino por fin a alumbrar las raleadas filas, que iban dejando en pos de sí incontables rezagados, exhaustos de hambre, de cansancio y de sed, sobre todo de la terrible sed.

Se enmendó la dirección sin detenerse y continuó el avance en busca del enemigo, que se creía desprevenido y en escaso número.

Tampoco en esto ayudó la fortuna a los chilenos. Algunos arrieros llevaron la no-

ticia de su aproximación al campamento peruano, que, al sonoro toque de llamada, se levantó en un instante, cundiendo espontáneamente en todos, como un reguero de pólvora, la idea de salir de la trampa en que estaban para ocupar los bordes del barranco.

Divididos en dos partidos, Bolgnesi trepó por las faldas del oriente, mientras el coronel Suárez, al frente del Zepita y Dos de Mayo, emprendía una rápida y peligrosa ascensión por el poniente, a la vista y paciencia del comandante Santa Cruz, que, en la parte de arriba, desfilaba tranquilamente en dirección a Quillahuasa.

Este jefe fué advertido en tiempo propicio del movimiento de los peruanos y le hubiera bastado colocar sus hombres al borde del barranco para repeler el asalto. No quiso hacerlo y continuó la marcha a la desbandada, sin siquiera estrechar las filas y cerrar los innumerables claros que hacían en la columna viajera múltiples soluciones de continuidad, hasta que la aparición del Zepita en el alto cortó sus filas y lo obligó a aceptar en pésimas condiciones el combate que rechazara un momento antes, cuando todas las circunstancias estaban en su favor.

Los resultados de semejante encuentro fueron desastrosos: todo el valor desperado de que dieron muestra los Zapadores, que llevaban treinta horas sin comer ni beber, caminando bajo un sol de fuego, no pudo compensar su desorganización y la falta de una atinada dirección. Por un instante consiguieron rechazar al enemigo y formar un débil semicírculo con sus extremos apoyados en el borde de la quebrada, pero la continua irrupción de nuevas tropas de refresco, que llegaron a juntar 1,300 hombres, hizo imposible la defensa de los 400 bravos, y el arco se rompió.

Al instante se formó una nueva línea de batalla perpendicular a la quebrada, no sin perder en ese desgraciado momento cuatro piezas de artillería, y la defensa continuó porfiada, tenaz, con la desesperación rabiosa de los que no quieren ceder al peso aplastador de las circunstancias cuando sobra ardimiento en el corazón. Puede decirse que no fué ésta una batalla ni un combate, sino una serie de episodios aislados en que cada miliciano ó cada grupo se batía por su cuenta.

Una hora duraba la pelea; el campo estaba literalmente sembrado de cadáveres y heridos; la dotación de municiones estaba a punto de extinguirse, pero ni esto ni nada pudo hacerlos cesar.

Al ruido de los disparos, la división Arteaga, compuesta de tropas del Chacabuco, Santiago y Artillería de Marina, que caminaba una legua más atrás en la incorrecta formación producida por el cansancio extremo, corrió desatentada en auxilio de sus hermanos, y tan briosamente entró al fuego, que las líneas peruanas vacilaron; pero, recorridas a tiempo por los 800 hombres de la división Ríos, recuperaron el terreno perdido.

"A contar desde ese momento, dice un testigo de la batalla, no hubo orden posible. Cada cuerpo, cada compañía peleaba según la inspiración del inmediato jefe, tratando de sacar partido de la topografía especial del terreno. Como a las doce del día, dos piezas de bronce de la Artillería de Marina y tres Krupp de montaña estaban en poder del enemigo.

"A medida que las horas transcurrían, la confusión aumentaba en nuestras filas. Ignorantes del terreno en que combatíamos, agobiados por la sed, el hambre y

Eleuterio Ramírez



Comandante del 2.º de línea, héroe de Tarapacá.

el número de los enemigos, no podíamos dar un paso sin exponernos á ser rodeados parcialmente por los peruanos. He visto compañías enteras que, rechazadas por el frente, caían en manos contrarias por los flancos y retaguardia, y no encontraban otro recurso ya de salvación que forzar el frente, sembrando el suelo de cadáveres, para quedar siempre rodeadas por un adversario invisible que se renovaba siempre. He visto también soldados que, después de disparar su rifle, caían al suelo diciendo: ¡tengo sed!"

A la hora indicada, esta parte de la batalla, verificada en la cuesta de la Visagra, estaba materialmente perdida y destrozadas dos de las tres divisiones del ejército chileno.

En tanto que se desarrollaban estos acontecimientos en la parte exterior, el comandante Ramírez marchaba por el fondo de la quebrada en dirección á Tarapacá, al frente de 600 hombres del 2.º de línea.

Los dados habían cambiado completamente y esta tropa, que pretendía embotellar á los peruanos, se iba á encontrar ahora encerrada y envuelta por todas partes: ella en el fondo y los enemigos en las cumbres: á un lado la división Suárez, que combatía con Santa Cruz y Arteaga; al otro, las tropas de Bolognesi, y al frente la división boliviana de González Flor, que guarnecía á Tarapacá.

El ilustre jefe del 2.º de línea comprendió la situación, pero ya era imposible toda retirada y no titubeó. Al oír los fusilazos de la cuesta de la Visagra se revolvió á escape hacia los suyos, exclamando: "¡Adelante, muchachos! Ya nuestros hermanos se están batiendo!"

Observando con ojo avizor una especie de morro que se adelantaba por la derecha, destacó para ocuparlo á la compañía del capitán Garretón, tan afortunadamente, que éste pudo distinguir las apretadas filas de Bolognesi que marchaban en la misma dirección por el lado opuesto.

Hubo una pausa, esa pausa ansiosa que precede á los instantes decisivos, hasta que al izar una bandera de la patria en la punta de un sable, fué solemnemente saludada por la descarga de mil rifles enemigos. Trabóse el combate denodadamente, en la proporción de uno contra diez, de tal modo que en un instante sucumbieron 50 chilenos. Subió en su apoyo la compañía de Necochea, llevando consigo el estandarte del regimiento, ante el cual se amontonaban los hombres ofreciendo sus pechos como escudo de la santa enseña, sin escatimar el peligro ni la vida. De tal modo arreciaba el fuego, semejando un turbión de muerte, que de los 20 hombres que servían de escolta á la bandera, no escapó ni uno.

En tanto que los restos gloriosos de las dos compañías hacían prodigios de bravura para conservar su posición, el comandante Vivar, al frente de las tres compañías restantes, investía de frente contra el pueblo, yendo á chocar contra las numerosas tropas bolivianas que guarnecían el caserío. Por ambas partes se hicieron prodigios de esfuerzo y en ninguna parte fué más horrorosa la carnicería, á tal punto que en el espacio de algunas varas se encontraron después cerca de 60 cadáveres peruanos.

Encerradas en un espantoso círculo de fuego que hacía imposible toda humana resistencia, las tropas del comandante Vivar se vieron precisadas á emprender la retirada, regando cada palmo de suelo con la sangre de algún valiente. Otro tanto hacían, al mismo tiempo, las compañías de Necochea y Garretón.

En su retroceso, el primero de estos, que dejaba moribundo al capitán Garfías y al comandante Vivar, encuentra á su jefe, el comandante Ramírez.

Era éste de regular estatura, de natural bondadoso, de semblante afable, iluminado por el reflejo límpido de sus ojos azules, pero la crisis de aquel momento supremo hacíale contraer el rostro en un gesto adusto y enérgico. De pie, sujetan-

do de la brida el potro de Avaroa, contemplaba la retirada con aire tranquilo y resuelto, con la calma de las grandes resoluciones que han de cumplirse irremisiblemente, con una tenacidad hierática mucho más firme que las impulsiones del entusiasmo.

—¡Mi comandante! grita el capitán; monte á caballo que el enemigo llega.

No es su persona lo que preocupa al héroe. Ya ha resuelto el holocausto de su vida en aras de la patria.

—¿Cuántos hombres trae?

—Treinta, señor.

—Yo tengo 15. Aquí nos haremos fuertes.

Natural era considerar que cada uno de aquellos valientes valía á lo menos por dos contrarios.

Se encamina entonces á un rancho de paja que se erguía pocos pasos más atrás. Al montar á caballo recibe la primera bala en un brazo; sin dar muestras de flaqueza penetra en el rancho, donde dos cantineras curaban al capitán Garretón muy mal herido.

El comandante en persona distribuye á sus pocos hombres, alentándolos á la pelea con palabras animosas. Los peruanos se precipitan como un turbión devastador. Recias descargas, á las que se suma el disparo de los heridos, los contienen por un instante, pero, al fin, terrible acometida destruye la débil resistencia. Antes de caer, el comandante descarga todos los tiros de su revólver. Cuando permanecía en el suelo, exánime y desangrado, un teniente peruano lo mató de un tiro.

Nadie habló allí de rendición; todos sabían que era inútil.

Innumerables y á cual más valiosa fueron las pérdidas que allí experimentó la República, pero ninguna como la que encabezaba la larga lista de aquel martirologio de héroes.

De raza de guerreros, nació Eleuterio Ramírez en Osorno allá por los años de 1837. Fué su padre el capitán de la Independencia, don José Ramírez, y su abuelo materno, el bravo comandante del rey, don Lucas Molina, descubridor del perdido Osorno, la ciudad que fundara antaño, en los confines de su gobernación, don García Hurtado de Mendoza.

Inició Ramírez su carrera militar en el cuerpo de gendarmes de línea, en 1855. Tomó parte después en la guerra civil del 59, encontrándose en el sitio de Talca y en la batalla de Cerro Grande. Del 60 al 68 permaneció enrolado en las tropas que combatían contra los araucanos, verdadera escuela de guerra de nuestros militares de entonces. Pasó después al Estado Mayor y luego á la jefatura del 2.º de línea, puesto hasta el que había ascendido paso á paso y á fuerza de méritos. Al estallar la guerra, el 2.º de línea fué el primer cuerpo que partió al norte.

En el comando de su regimiento había mostrado empeñoso afán por mejorar la condición material y moral de sus subordinados; esmerábase como un padre por sus soldados, preocupado de todos los detalles que pudieran afectarlos; desterró de su cuerpo los castigos corporales y llegó á crear verdaderas escuelas dentro del cuartel. No satisfecho aún, fundó "El Faro Militar", primera revista de su género publicada en el país, que él mismo dirigió con el acierto y el tesón admirables que formaban la base de su carácter.

Sus antecedentes y el heroico fin de Ramírez hacen de él la verdadera encarnación de las glorias y el honor del ejército, como Prat sintetiza la épica leyenda de nuestros barcos.

La muerte del comandante Ramírez fué como el último esfuerzo de aquella resistencia sin igual. Tras de ese momento, la batalla en el fondo de la quebrada también estaba perdida del todo, como lo había sido en las alturas.

Pero, cuando la debilidad física del ser humano llega al último grado de tensión y todo socorro de los hombres se hace imposible, aún resta la indestructible fortaleza del espíritu que prende en el pecho el

sacro fuego de un ideal, ante el cual se siente pequeño el sacrificio de la vida, deseando entonces perpetuar la existencia ya perdida en una proyección gloriosa y enaltecida.

Esto es lo que hacían en el alto los destrozados restos de las divisiones Santa Cruz y Arteaga, batiéndose con la rabia desesperante de quien no tiene otra esperanza que morir matando, contra las fuerzas de los coroneles Cáceres y Rícs, que intentaban barrer estos despojos para cortar la retirada de los que pudieran sostenerse aún en el fondo de la quebrada.

Mas, la hecatombe allí había concluido y sólo habían salvado dos compañías del 2.º, al mando del mayor Echáñez, que Ramírez había destacado para impedir su flaqueo y que, después de no hacer nada útil y haber vagado de aquí para allá, treparon las laderas del barranco para aparecer en medio de los últimos estertores de aquella lucha legendaria.

Un grito de supremo alivio acoge estos socorros inesperados y, sobre la base de las compañías de Echáñez, se forma al momento una nueva línea de batalla en que entran revueltos y confundidos los últimos restos de todos los batallones: Chacabuco, Zapadores, Santiago, Artillería de Marina, y empieza con nueva furia este duelo á muerte á la distancia de la voz.

Mandaba en jefe esta nueva línea el comandante Benavides, un viejo enjuto y bravo que se paseaba tranquilo sobre su caballo de uno á otro extremo, alentando á los suyos con palabras que brotaban de la más pura fibra de la raza: "¡no hay que agacharse, niños! ¿no saben, hijos de tales, que las balas vienen destinadas?" Y cada vez que la sonora voz del viejo, percibida por los enemigos, ordenaba: ¡armen bayonetas! se veía una ondulación en las filas enemigas.

Todos se sentían crecer, se multiplicaban, se sobrepasaban á sí mismos en un postrer é inaudito esfuerzo que produjo la victoria á raíz de una vigorosa carga de la caballería, que entraba por primera vez á la contienda.

La batalla tres veces perdida, era ganada al fin merced á la constancia sin límites y al valor inquebrantable de nuestra tropa. Eran las 4 de la tarde.

El ejército vencedor había dejado de ser tal para convertirse en una confusión de hombres quemados por la pólvora y el sol, incapaces de mantener por más tiempo el fusil en los brazos engarrotados, delirantes de sed y que sólo pensaban en beber un sorbo de agua que pusiera fin á su martirio. Desatentados, anhelantes, furiosos, todos, jefes, oficiales y soldados se precipitaron á los pozos de San Lorenzo en turbulenta confusión que nadie se preocupó de ordenar, ni aún después de saciada tan legítima necesidad.

Los deshechos restos del ejército permanecían dispersos en el fondo de la quebrada, tendidos aquí ó allá; quitóse á los caballos la montura, y los jefes se agruparon al rededor de humeante cazuela, sin preocuparse de establecer ningún servicio de seguridad, á pesar que sabían que tres leguas más arriba, en Pachica, había una fuerte división peruana que, sin duda alguna, habría sido convocada á la batalla y que podía aparecer de un momento á otro.

Así sucedió, en efecto. Al tener noticias de la presencia de los chilenos, la división Pachica retrocedió hacia Tarapacá y arribaba al campo de batalla en tan críticos momentos que hacía más aciaga esta nueva imprevisión.

Una parte de los recién llegados vinieron á chocar con el destacamento que, á las órdenes del comandante Vidaurre, dejara el coronel Arteaga al cuidado de la aguada de Huaracña, con orden de no abandonar el puesto sino por mandato escrito, mientras el grueso de la nueva división peruana, que avanzaba por la altura, sólo encontró á su frente un pelotón de 200 soldados de todos los cuerpos que descansaban allí en completa dispersión.

Por feliz intuición se encontraban en el sitio los comandantes Benavides y Verga-

ra, amén de algunos otros oficiales que, al momento, organizaron la defensa para pelear en tan miserables condiciones la sexta batalla del día.

El mayor Fuentes se hace cargo de la artillería y empieza el fuego. Al oír los cañonazos, los jefes suben á la altura. El coronel Arteaga envía en busca del destacamento de Vidaurre, pero la orden no era escrita y el comandante no la obedeció.

Con esto se hizo imposible toda resistencia y fué preciso batirse en retirada. Los soldados han peleado sin descanso desde las 7 de la mañana hasta este momento, las 5½, y ya no tienen fuerzas casi ni para cargar los fusiles. No hay esperanza alguna de triunfar esta vez, pero la heroica resistencia no cede, sujeto cada cual por los lazos del patriotismo al puesto del

deber y del sacrificio. La línea chilena retrocede; los contrarios adelantan en buen orden; la derrota definitiva es segura... cuando de pronto el avance se detiene.

¿Qué ha sucedido? Misterio es este que, á despecho de las diferentes versiones, nunca se ha aclarado bien. El combate se detuvo aquí y el triunfo quedó indeciso; llegada la noche, los dos ejércitos emprenden la retirada simultáneamente.

Corresponde establecer, sin embargo, que las consecuencias de la lucha fueron plena y absolutamente favorables á nuestras armas, por lo que hay el derecho de considerarla como una victoria cierta.

En cuanto á la parte moral, si es verdad que cupo á los peruanos la honra de la iniciativa, del mayor arte de la guerra y de la vigorosa constancia de que dieron

pruebas durante todo el día, los chilenos pueden enorgullecerse con justicia de esta batalla, en la cual rayó á una altura, que no ha sido nunca sobrepasada por ningún ejército del mundo, la abnegación heroica, el valor desesperado de la tropa que combatió desde el principio con la certeza de que era imposible la victoria, y sólo por cumplir con las leyes del honor y no echar la primera mancha en la crónica gloriosa de nuestro ejército jamás vencido.

Espontánea, voluntaria y conscientemente, todos consintieron en morir por la patria, y es este sacrificio colectivo de todo un ejército lo que constituye el más alto timbre, la aureola de espléndida gloria que hoy circunda como un nimbo á los héroes de Tarapacá y á quienes Chile rememora agradecido en este aniversario.

G. L. H.



PENELOPE BOOTHBY.—Reynolds



# El Marques Ito



## TRANSFORMACION POLITICA DEL JAPON

"L'empereur surveille les moindres intérêts de son Empire, mais il n'aime point le régime parlementaire".  
(Palabras del mariscal Yamagata).

Y así, resistiendo al Régimen Parlamentario, se formó el Imperio Moderno, ó más bien dicho, el Japón civilizado del Marqués Ito.

Con las resistencias naturales de un Emperador que era el representante más autocrizado de los intereses, de las tendencias y aún de las pasiones de una raza vencida por la civilización occidental, el Marqués Ito, que venía llegando de Europa á ras de los acontecimientos que habían ensangrentado á su país, empuñó valerosamente el cetro de la reforma de las instituciones.

Todo hace creer que el Emperador se resistió hasta donde pudo á dar una Cámara política al pueblo.

En sus mensajes al Senado ofrecía esta reforma; pero postergaba el cumplimiento de la palabra.

La agitación, después de algún tiempo, había crecido; agitación política y social; agitación de intereses económicos. El Emperador estaba asediado por estas clases democráticas que tenían prisa de ensayar todos los sistemas del nuevo régimen. ¿Cómo pudo marcharse tan rápidamente?

Los orígenes del pueblo japonés se remontan al siglo VII. Fué entonces cuando piratas mongoles invadieron el archipiélago y redujeron á la esclavitud ó confinaron al norte á los aborígenes, á los Ainos, que tienen bastante parecido con los araucanos. Los ainos quedaron para siempre confinados en Akodate, región muy fría del Japón.

Las tribus (ujis) malayas y asiáticas, perfectamente independientes, se constituyeron con un jefe á la cabeza (omi). Estas tribus fueron después sometidas por el más poderoso de ellos, que se llamó Mikado, ó sea, el jefe del "clan" de "Yamato" (el más alto, la montaña). Y esta combinación sencillísima es la que dió vida al Japón antiguo.

Los aborígenes quedaron relegados á último término desde el primer momento. Y han seguido vejetando, tan peludos como antes, en las regiones frías del Imperio, en donde no se ha podido establecer una colonización nacional por el rigor del clima.

Según las más viejas historias, el Japón tiene una existencia que pasa de 2,567 años.

Hay crónicas de 660 años antes de Jesucristo. *Hojiki* y *Nihongi*

son dos libros de aquel tiempo traducidos por el notable escritor inglés Chamberlain.

Después de aquellos acontecimientos que dieron vida al Imperio con el Mikado á la cabeza, el Japón comenzó á organizar, lenta pero seguramente, su unidad nacional que ningún cataclismo social podría conmovér. Fué tomando de sus vecinos, la Corea y

la China, todo lo bueno, la quinta esencia de lo bueno que iba notando en ellos. El poder de asimilación del Japón es único, no tiene rival.

Hubo un tiempo en que el Japón recibía toda la influencia de la China. Fué durante los primeros siglos. Esa paternidad intelectual de la China sobre el Japón fué decisiva. Y el Japón se asimiló muchas cosas buenas del viejo Imperio, como su escritura idealógica, su filosofía y su desprecio por la vida. Esta civilización china la recibía por intermedio de Corea, su vecina inmediata. De manera que en los primeros tiempos de nación organizada, el Japón se chinizaba, tomando de esta nación sus instituciones y adoptando al medio aquellas que pudieran realmente arraigarse.

Fué muy importante esta transformación y tuvo una decisiva influencia en las artes, en la ciencia, en la legislación y en las instituciones políticas. La China, en buenas cuentas, invadió el Imperio del Sol Levante con su vieja civilización.

Y esta fué la primera vez que los japoneses se pusieron á la obra de imitar, con el buen éxito que todos los conocemos. Ese afán de conocerlo todo y de transformarlo se ensayó en muy poco tiempo con admirables resultados. El afán de lo desconocido les persigue desde el primer tiempo. Son

adoradores de la quimera... No les falta jamás un ideal por perseguir. Tienen siempre el corazón lleno de sentimientos que agitan el alma en generosos impulsos. Por eso no tienen tiempo de revolcarse en la realidad mentecata de la vida con sus miserias, con sus innobles emulaciones, con sus perversas envidias. En cada japonés hay un poeta que sueña ó que elabora quimeras. Su raza nos da el conjunto de una caravana de artistas en marcha hacia el país del ideal.

Y allí la gente no se nivela sino por el talento, por esta fa-



El Marqués Ito

cultad creadora que merece tan poco respeto en nuestro país, en donde los entes vulgares, que viven con poco de las migajas de la vida, querrían nivelar á los políticos, á los escritores y á los artistas, de un golpe, con una "frase cruel", como las de aquel D'Argenton de Daudet. Aquí, cualquier habituado de cantina se encara á los talentos más esclarecidos de Chile, los discute y los rebaja: queda todo el mundo nivelado. He ahí la tendencia nacional.

El Japón ha tenido un respeto casi religioso por sus talentos nacionales. Allí se deifica el talento.

Recuerdo la impresión que me hizo haber contemplado una mañana despoblarse un barrio entero de Tokio al oírse un grito de ¡Viva el Marqués Ito! Pasaba el grande hombre de Estado por uno de los sitios más pobres de la capital del Imperio.

El poder absoluto del Mikado, armado de todos los derechos, le permitía legislar, administrar, juzgar. Imponía contribuciones de toda clase, mandaba el Ejército y nombraba á todos los funcionarios del Estado.

La tarea era enorme. Se hacía ayudar el Mikado por un Consejo Superior (Dai-Yo Kuan). Tenía tres ministros: uno de la Derecha, otro de la Izquierda y un tercero del Centro.

¡Qué división más natural! Era una división geográfica dentro de la política.

Estos Ministerios crearon ocho departamentos: Justicia, Tesoro, Finanzas, Guerra, Etiqueta, Palacio, Casa del Emperador.

Durante el siglo VII, la familia de los Fusiwara adquirió una preponderancia decisiva en el Imperio. Fué una familia de funcionarios, organizadora, que formó, podría decirse, la casta burocrática del Imperio. Esta influencia perduró en todo el siglo X. A fines del IX ya se había nombrado al jefe de la familia Fusiwara primer Ministro y se le otorgaba derechos hereditarios dentro de la familia Imperial.

Al poco tiempo, Fusiwara (Kwambaku: primer Ministro) era el verdadero Emperador: se había apoderado del mando. Nadie sino él podía llegar hasta el Emperador.

En esos tiempos las costumbres de la Corte se relajaron. Los Fusiwara podrían figurar con brillo al lado de los funcionarios del Bajo Imperio. La abdicación de la dignidad imperial fué absoluta.

El señor feudal se encastillaba como en Francia en los tiempos de Hugo Capeto: organizaba sus esclavos, construía fortalezas y pactaba alianzas ofensivas y defensivas.

Estos señores feudales peleaban el predominio de la tierra para amparar á los suyos y ampliar sus dominios. En este tenaz guerrear, después de desocuparse de las tareas militares que imponían en el norte los ainos y en el sur los coreanos, se distinguieron las familias Taira y Minamoto. El triunfo de esta última fué el triunfo de la feudalidad.

En 1199 recibía éste el título de **Shogun**, ó sea, General encargado de someter á los bárbaros. El Emperador quedó encerrado en su capital de Kioto y el centro del Gobierno fué de hecho transferido á Kamakura, residencia del **Shogun**.

En el hecho, el verdadero Emperador era este último.

A mediados del siglo XIV, después de un período brillante de los **Yulomo**, en el que el régimen feudal llegó á su apogeo, el Emperador volvió por sus fueros. Estalló la guerra. Pero apenas se restauró el poder imperial, uno de los tenientes del Emperador, **Assikaga**, se puso á la cabeza de un movimiento y, victorioso, colocó otro Emperador en el trono. El Emperador verdadero se refugió en la provincia de Nara.

Desde ese día el Imperio tuvo dos Dinastías: una del Norte y otra del Sur. La primera tuvo como capital á Kioto.

El cisma terminó en 1393. La unidad fué establecida en provecho del Emperador **Yokomatsu**, de la Dinastía del Norte. La familia **Assikawa** triunfaba.

En 1542 desembarca Fernan Mendez Pinto. "Al mismo tiempo que el cristianismo, dice un historiador, aportaron los europeos las ciencias, la civilización y las armas de fuego".

Poco tiempo después llega Francisco Javier con algunos misioneros portugueses. Predica, educa, funda iglesias. En el siglo XVII el Japón contaba con más de 600,000 cristianos. ¡Oh, poder admirable de asimilación!

Los jesuitas construyeron en Kioto una catedral. "Esta nación hace las delicias de mi corazón", escribía Francisco Javier á sus superiores.

Este movimiento del cristianismo tuvo una decisiva influencia en cierto orden de ideas en el Japón. Los misioneros introdujeron las artes y las ciencias europeas por todas partes, abrían imprentas en que imprimían libros científicos. Los textos de gramática, los diccionarios, las enciclopedias corrían de mano en mano.

Todo marchaba á las mil maravillas cuando una reacción violenta estalla contra los europeos.

Comenzó entonces una persecución terrible contra los cristianos, por razones políticas, y fueron exterminados. Fueron calificados de insurgentes contra el Gobierno establecido.

Barridos los cristianos, el régimen feudal comienza á extender de nuevo sus raíces. El militarismo se apodera de todas las instituciones. El **daimio** y el **samurai** eran los grandes señores del Japón. El resto del pueblo: los **heimins**, gente común, se agregaban todavía los **hinines**, nó hombres (?), y los **etas**, **sucios**, que constituían clases de parias sociales.

Estas clases militares gobernaron sin contrapeso hasta 1868 en que fueron restauradas para siempre las instituciones seculares del Imperio, barridos los enemigos del occidente y abierto para siempre el nuevo criterio, amplio y generoso, para juzgar las cosas de fuera.

Ito fué el primer hombre de esa era de intelectualidad del Japón.

Educado en Europa, pudo discernir de golpe, por sus estudios

de las instituciones de Alemania, Francia é Inglaterra, lo que convenía á la renovación del orden político del Imperio.

Si su poder de asimilación fué grande, su cualidad concentrativa, por decirlo así, fué mayor; su esfera de acción no se desparramó y se diluyó hasta el infinito. Si copió, lo hizo á retazos. No plagió servilmente.

Por un lado él estimulaba los impulsos de ese motor democrático que él mismo había creado, echándole carbón para estimularle sus iniciativas; y de otro animaba al Emperador en sus pequeñas resistencias á un régimen advenido de salto, sin el estudio indispensable y sin que el pueblo tuviese verdadera disciplina social y ética para recibir la reforma.

Así, la Cámara política que el pueblo pedía para que estuviese representada la democracia sólo vino á dársela después de grandes agitaciones.

Hoy el Japón tiene su Cámara de los Lores y su Cámara de Diputados.

El derecho de disolución de la Cámara baja es ejercido muy á menudo por el Emperador.

El Marqués Ito fué siempre partidario de estas disoluciones que jamás, por lo demás, contribuyeron á modificar la política del Imperio. Es sabido que, como no toma ninguna participación en las elecciones el Gobierno, disuelta una Cámara hostil á una política ministerial determinada, la nueva Cámara resulta á menudo más enemiga del Gobierno que la finada.

Era autoritario. Pero sabía ejercer su autoridad sin dejar hondas raíces en el odio de sus enemigos. Cuando se trató de llevar á cabo un plan de Estado, llegó hasta el heroísmo en sus designios. Contaba sobre seguro sobre la fidelidad y sobre la bravura de los que le servían.

La eliminación de la Reina de Corea, la bella é inteligente soberana enemiga del Japón, se debe, sin duda, al Marqués Ito. El ejecutor del plan, un general japonés, se abrió el vientre apenas iniciado un proceso á instancias de potencias europeas.

Ito transformó las instituciones de su país copiando el régimen comunal y administrativo de Alemania y el régimen político-parlamentario de Inglaterra y Estados Unidos. Tomó de aquí y de allí, formando un conjunto admirable de unidad, de sabiduría, de previsión.

El Japón es un pueblo convulsionado siempre por sus luchas políticas. Los partidos están todavía en formación. Los gérmenes de pasadas batallas se agitan todavía en el organismo nacional.

Ito armonizó todo eso, que constituye un conjunto de aspiraciones todavía latentes, no muy concretas cuando se trata de ideales políticos. Es muy difícil encontrar un ideal que sirva de bandera política en el Japón, porque sus instituciones son absolutamente secularizadas dentro del Estado: tienen Matrimonio y Registro Civil, divorcio con disolución de vínculos, separación de las Iglesias y del Estado (**budista** y **shintoiista**). Tienen, además, leyes de amparo del capital y del trabajo, de lo más adelantado.

Y en una cuestión en que pudieran estar divididas, la de la paz y de la guerra, ó sea del régimen militar, casi no hay disparidad.

Ito se preocupó también, y en esto lo ha ayudado eficazmente Okuma, de formar una intelectualidad japonesa en las ciencias y en las artes, que fuera un acercamiento, cada vez más efectivo, á la mentalidad europea. Fundó Universidades y colegios y trató, desde el primer momento, de cimentar en su país la instrucción regional de carácter industrial y mercantil.

Fué jefe de un partido político, el constitucional, y combatió al frente del partido liberal, de que fué jefe el conde Itagaki, y que es dirigido en la actualidad por el conde Okuma. Hay otros partidos liberales, uno de los cuales es dirigido por el Mariscal Yamagata. En 1900 el marqués Ito lanzó un manifiesto para unificar estos grupos, todos los partidarios del **Greater Japan**.

"La larga práctica de los negocios, decía, le había hecho juzgar los vicios y defectos de los partidos políticos".

El fin del nuevo partido era precisado como sigue: velar por el desarrollo intelectual y moral del país, á fin de formar ciudadanos capaces de encargarse con inteligencia é integridad de sus deberes como miembros de un Estado civilizado; proceder á la descentralización, de manera de obligar á cada gobierno local á velar por sí mismo y bajo su responsabilidad por su propia prosperidad.

Sus esfuerzos fueron coronados inmediatamente. El reemplazaba poco después al Mariscal Yamagata como primer Ministro. Después abandonaba el poder á su amigo el conde de Katsura.

El partido más poderoso era del Marqués Ito. Contaba este partido, llamado **Seujukai**, como 150 miembros en la Cámara.

Ito era llamado el Príncipe de Bismarck. Con este simpático apodo me presentó ante él en su legación el Conde D'Arco Valey.

Me habló con mucho interés de Chile. Estábamos en guerra. Recordó el vigor del soldado chileno. Me habló de Prat. Conocía algunos rasgos de nuestros Presidentes. Sabía del suicidio de Balmaceda: por un error natural, creía que se había abierto el vientre como un **samurai**.

A primera vista, parecía de un temperamento duro. Después, acercándose, se venía á comprender que era un hombre adusto pero afable, casi cariñoso, como lo es en grado sumo Yamagata, un viejo encantador que no sabe sino reír.

Ito llevaba consigo, en todo momento, la responsabilidad de ser el primer ciudadano del Imperio. De ahí su adustez.

Era como una estatua en marcha. Estos hombres extraordinarios tienen un trancor raro. Vistos en ciertas solemnidades de la vida, parecen desprendidos de la vida del bronce.

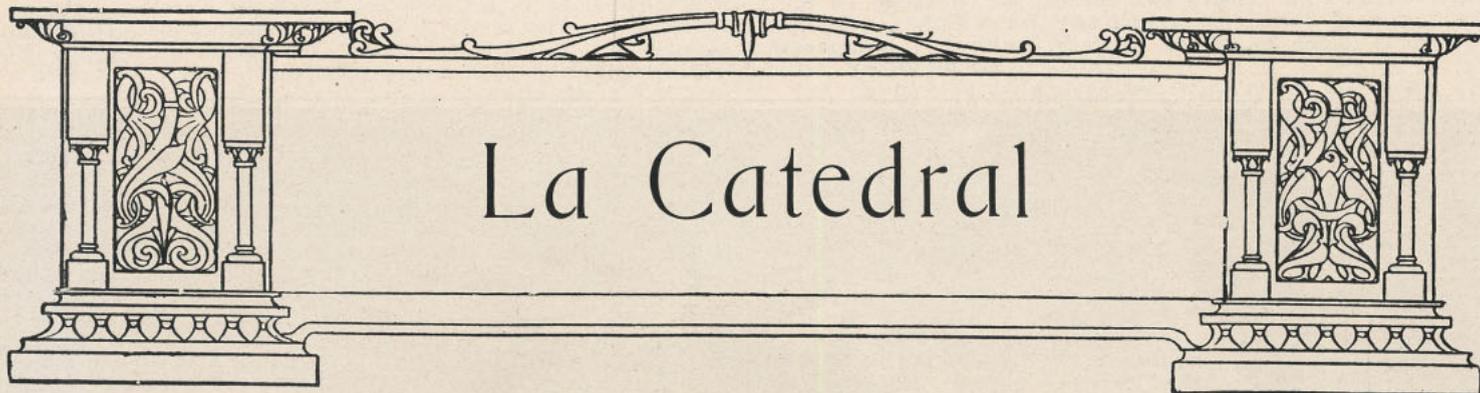
Ito era eso: un monumento en vida.

En él palpaba todo el espíritu moderno de la raza nipona.

Al sucumbir en Corea pudo decirse: —Cayó una estatua.



**ESCUELA VENECIANA.—Santa Bárbara, de Palma el Viejo**



# La Catedral

Páginas del libro del escritor español don Vicente Blasco Ibañez, que acaba de visitarnos.

GABRIEL cesó en su contemplación, viendo que no estaba solo ante el templo. Era casi de día. Pasaban rozando la verja algunas mujeres, con la cabeza baja y la mantilla sobre los ojos. En las baldosas de la acera sonaban las muletas de un cojo, y más allá de la torre, bajo el gran arco que pone en comunicación el palacio del arzobispo con la catedral, reuníanse los mendigos para tomar sitio en la puerta del claustro. Devotas y pordioseros se conocían. Eran todas las mañanas los primeros ocupantes del templo. Este encuentro diario establecía en ellos cierta fraternidad, y entre carraspeos y toses se lamentaban del frío de la mañana y de lo tarde que era el campanero en bajar á la iglesia.

Se abrió una puerta más allá del arco del arzobispo, la de la escalera que conducía á la torre y las habitaciones del claustro alto, ocupadas por los empleados del templo. Un hombre atravesó la calle agitando un gran manojo de llaves, y rodeado de la clientela madrugadora comenzó á abrir la puerta del claustro bajo, estrecha y ojival como una saetera. Gabriel le conocía: era Mariano el campanero. Y para evitar que pudiese verle, permaneció inmóvil en la plaza, dejando que se precipitasen por la puerta del Mollete las gentes ansiosas de penetrar en la Primada, como si pudieran robarlas el sitio.

Por fin se decidió á seguirlos y bajó los siete escalones del claustro, pues la catedral, edificada en un barranco, se halla más baja que las calles contiguas.

Todo estaba lo mismo. A lo largo de los muros los grandes frescos de Mayen y Maella, representando los trabajos y grandezas de San Eulogio, sus predicaciones en tierra de moros y las crueldades de la gente infiel de gran turbante y enormes bigotes, que golpea al santo. En la parte interior de la puerta del Mollete, el horrendo martirio del niño de la Guardia, la leyenda nacida á la vez en varicos pueblos católicos al calor del odio antisemita; el sacrificio del niño cristiano por judíos de torva catadura, que lo roban de su casa y lo crucifican para arrancarle el corazón y beber su sangre.

La humedad iba descascarilando y borrando gran parte de esa pintura novelesca que orlaba la ojiva como la portada de un libro; pero Gabriel aun vió la horrible cara del judío puesto al pie de la cruz y el gesto feroz del otro que con el cuchillo en la boca se inclina para entregarle el corazón del pequeño mártir: figuras teatrales, que más de una vez habían turbado sus ensueños de niño.

El jardín, que se extiende entre los cuatro pórticos del claustro, mostraba en pleno invierno su vegetación helénica de altos laureles y cipreses, pasando sus ramas por entre las verjas que cierran los cinco arcos de cada lado hasta la altura de los capiteles. Gabriel miró largo rato el jardín, que está más alto que el claustro. Su cara se hallaba al nivel de aquella tierra que en otros tiempos había trabajado su padre. Por fin volvía á ver aquel rincón de verdura; el patio convertido en vergel por los canónigos de otros siglos. Su recuerdo le había acompañado cuando paseaba por el inmenso Bosque de Bolonia ó por el Hyde-Park de Londres. Para él, el jardín de la catedral de Toledo resultaba el más hermoso de los jardines, por ser el primero que había visto en su vida.

Los pordioseros, sentados en los escalones de la puerta, le miraban curiosamente sin atreverse á tenderle la mano. No sabían si aquel desconocido madrugador con capa rafa, sombrero ajado y botas viejas, era un curioso ó uno del oficio que buscaba sitio en la catedral para pedir limosna.

Molestado por este espionaje, Luna siguió adelante por el claustro, pasando ante las dos puertas que lo ponen en comunicación con el templo. La llamada de la Presentación, toda de piedra blanquísima, es una alegre muestra del arte plateresco, cincelada cual una joya, con adornos caprichosos y alegres de juguete. A continuación venía el respaldo del hueco de la escalera por la que los arzobispos descienden desde su palacio á la iglesia; un muro de junquillos góticos y grandes escudos, y casi á ras del suelo la famosa "piedra de luz", delgada lámina de mármol, transparente como un vidrio que alumbraba la escalera, y es la principal admiración de los rústicos que visitan el claustro. Después, la puerta de Santa Catalina, negra y dorada, con gran riqueza de follajes policromos, castillos y leones en las jambas y dos estatuas de profetas.

Gabriel se alejó algunos pasos, viendo que por la parte de adentro abrían el postigo de esa portada. Era el campanero que acababa de dar la vuelta al templo, abriendo todas sus puertas. Salió un perrazo estirando el cuello, como si fuese á ladrar de

hambre; después, dos hombres con la gorra hasta las cejas, envueltos en capas de paño pardo. El campanero sostuvo la cancela para que saliesen.

—Vaya, ¡buenos días, Mariano! dijo uno de ellos á guisa de despedida.

—Buenos nos los dé Dios... y dormir bien.

Gabriel reconoció á los guardianes nocturnos de la catedral. Encerrados en el templo desde la tarde anterior, se retiraban á sus casas á dormir. El perro emprendía el camino del Seminario para devorar las sobras de la comida de los estudiantes, hasta que le buscasen los guardianes para encerrarse de nuevo.

Luna bajó los peldaños de la portada y entró en la catedral. Apenas hubo pisado las baldosas del pavimento, sufrió en el rostro la caricia fría y un tanto pegajosa de aquel ambiente de bodega subterránea. En el templo todavía era de noche. Arriba, las vidrieras de colores de los centenares de ventanas que, escalonándose, dan luz á las cinco naves, brillaban con la luz del amanecer. Eran como flores mágicas que se abrían á los primeros resplandores del día. Abajo, entre las enormes pilastras que formaban un bosque de piedra, reinaba la obscuridad, rasgada á trechos por las manchas rojas y vacilantes de las lámparas que ardían en las capillas haciendo temblar las sombras. Los murciélagos revoloteaban en las encrucijadas de las columnas, queriendo prolongar algunos instantes su posesión del templo hasta que se filtrase por las vidrieras el primer rayo de sol. Pasaban volando sobre las cabezas de las devotas, que, arrodilladas ante los altares, rezaban á gritos, satisfechas de estar en la catedral á aquella hora como en su propia casa. Otras hablaban con los acólitos y demás servidores del templo, que iban entrando por todas las puertas, soñolientos y despezándose como obreros que acuden al taller. En la obscuridad deslizábanse las manchas negras de algunos manteos camino de la sacristía, deteniéndose con grandes genuflexiones ante cada imagen; y á lo lejos, invisible en la obscuridad, adivinábase al campanero, como un duende incansable, por el ruido de sus llaves y el chirriar de las puertas que iba abriendo.

Despertaba el templo. Sonaban como cañonazos los golpes de las puertas, repitiéndose el eco de nave en nave. Una escoba comenzó á barrer por la parte de la sacristía, produciendo el ruido de una enorme sierra. La iglesia vibraba con los golpes de algunos monaguillos que sacudían el polvo á la famosa sillería del coro. Parecía desperezarse la catedral con los nervios excitados: el menor frote le arrancaba quejidos.

Los pasos resonaban con eco gigantesco como si se conmovieran todos los sepulcros de reyes, arzobispos y guerreros ocultos bajo sus baldosas.

El frío era más intenso en la iglesia que fuera de ella. Unfase á la baja temperatura la humedad de su suelo atravesado por las alcantarillas de desagüe, el rezumar de ocultos y subterráneos estanques que manchaba el pavimento y hacía toser á los canónigos en el coro, "acortando su vida", como decían ellos quejumbrosamente.

La luz de la mañana comenzaba á esparcirse por las naves. Salía de la sombra la inmaculada blancura de la catedral toledana, la nitidez de su piedra, que hace de ella el más alegre y hermoso de los templos. Se marcaban con toda su elegancia y atrevida esbeltez las ochenta y ocho pilastras, robustos haces de columnas que suben audazmente cortando el espacio, blancos como si fuesen de nieve solidificada y esparcen y entrecruzan sus nervios para sostener las bóvedas. En lo alto se abrían los grandes ventanales con sus vidrieras que parecen jardines mágicos cubiertos de flores de luz.

Gabriel se había sentado en el zócalo de una pilastra, entre dos columnas, pero á los pocos instantes tuvo que ponerse de pie. La humedad de la piedra, el frío de tumba que circulaba por toda la catedral le penetraba hasta los huesos. Anduvo por las naves llamando la atención de las devotas, que interrumpían sus rezos al verle. Un forastero, á aquellas horas, que eran las de los familiares de la iglesia, excitaba su curiosidad. El campanero se cruzó varias veces con él, siguiéndole con mirada inquieta, como si le inspirase poca confianza aquel desconocido de mísero aspecto vagando á la hora en que las riquezas de las capillas no pueden ser vigiladas.

Otro hombre tropezó con él cerca del altar mayor. Era Eusebio, el sacristán de la capilla del Sagrario, el "Azul de la Virgen", como se llamaba entre la gente de la catedral, por el traje de color celeste que vestía en los días de ceremonia. Seis años iban

transcurriros desde que Gabriel le vió por última vez, y no había olvidado su corpachón mantecoso, la cara granujienta de frente angosta y rugosa, orlada de pelos hirsutos, y el cuello taurino, que apenas si le permitía respirar, convirtiéndose sus aspiraciones en un resoplido de fuelle. Todos los empleados que vivían en el claustro alto envidiaban su cargo, por ser el más productivo y por el favor de que gozaba cerca del arzobispo, de los canónigos y demás superiores.

El "Azul" consideraba el templo como de su propiedad, faltándole poco para arrojar de él á los que le inspiraban antipatía. Al ver á un vagabundo paseando por la iglesia, fijó en él los ojos insolentes, haciendo un esfuerzo por levantar sus cejas abultadas. ¿Dónde había visto á aquel pájaro raro? Gabriel notó su esfuerzo por concentrar la memoria y evitó el ser examinado, volviéndose de espaldas para mirar con falsa atención un retablo colocado en una pilastra.

Huyendo de la recelosa curiosidad que despertaba su presencia en el templo, salió al claustro. Allí estaba mejor, completamente aislado. Los pordioseros charlaban sentados en los escalones de la puerta del Mollete. Pasaban por entre ellos los curas embozados en el manto, entrando apresuradamente en la catedral por la puerta de la Presentación. Los mendigos les saludaban por sus nombres sin tenderles la mano. Los conocían, eran de la casa y entre amigos no se mendiga. Ellos estaban allí para caer sobre los forasteros y aguardaban pacientemente la hora de los "ingleses", pues sólo de Inglaterra podían ser todos los extranjeros que llegaban de Madrid en el tren de la mañana.

Gabriel se mantenía cerca de la puerta, sabiendo que por ella entraban los que vivían en el claustro alto. Atravesaban el arco del arzobispo, y siguiendo la escalera abierta en el palacio, bajaban á la calle, entrando en la catedral por la puerta del Mollete. Luna, que conocía toda la historia del famoso templo, recordaba el origen del nombre de la puerta. Primeramente se llamó de la Justicia, porque en ella daba audiencia el Vicario general del arzobispado. Luego la llamaron del Mollete, porque todos los días, después de la misa mayor, el Preste, con acólitos y pertigueros, se presentaba en ella á bendecir los panes de media libra ó molletes que se repartían entre los pobres. Seiscientas fanegas de trigo—según recordaba Luna—se gastaban todos los

años en esta limosna: pero era en los tiempos que la catedral cobraba todos los años más de once millones de renta.

Molestaban á Gabriel las miradas curiosas de los clérigos y beatas que entraban en la iglesia. Eran gentes acostumbradas á verse todos los días, siempre las mismas, á idéntica hora, y

sentían revuelta su curiosidad cuando un rostro extraño alteraba la monotonía de su existencia.

Retirábase hacia el fondo del claustro, cuando algunas palabras de los mendigos lo hicieron retroceder:

—Ahí viene el "Vara de palo" viejo.

—¡Buenos días, señor Esteban!

Un hombre pequeño, vestido de negro y rasurado como un clérigo, bajó los peldaños.

—¡Esteban!... ¡Esteban!... dijo Luna interponiéndose entre él y la puerta de la Presentación.

El "Vara de palo" lo miró con sus ojos claros que parecían de ámbar, unos ojos pasivos de hombre acostumbrado á permanecer largas horas en la catedral, sin que la más débil rebeldía de pensamiento llegase á turbar su inmovilidad beatífica. Dudó largo rato, como si no pudiese creer en la remota semejanza de aquella cara pálida y descarnada con otra que existía en su memoria; pero al fin se convenció de la identidad con dolorosa sorpresa.

—¡Gabriel! ¡hermano mío!... ¿Pero eres tú?

Y su rostro rígido de servidor del templo, que parecía haber tomado la inmovilidad de las pilastras y las estatuas, se animó con una sonrisa cariñosa.

Los dos, estrechándose las manos, se alejaron por el claustro.

—¿Cuándo has venido?... Pero, ¿en dónde has estado? ¿Qué vida es la tuya? ¿A qué vienes?

El "Vara de palo" expresaba su sorpresa con incesantes preguntas, sin dar tiempo á que su hermano las contestase.

Gabriel explicó su llegada en la noche anterior; su permanencia ante la

iglesia hasta antes de amanecer, esperando el momento de ver á su hermano.

—Ahora vengo de Madrid, pero antes he estado en muchos sitios: en Inglaterra, en Francia, en Bélgica, ¿quién sabe dónde? He rodado de un pueblo á otro, siempre luchando con el hambre y con la crueldad de los hombres. Me siguen los pascos la miseria y la policía. Cuando me detengo anonadado por esta existencia de Judío Errante, la Justicia, en nombre del miedo,



me grita que ande, y vuelvo á emprender la marcha. Soy un hombre temible, así como ves, Esteban; enfermo, con el cuerpo arruinado antes de la vejez y la certeza de morir muy pronto. Ayer mismo, en Madrid, me dijeron que iría de nuevo á la cárcel si prolongaba allí mi estancia, y por la tarde tomé el tren. ¿Dónde ir? El mundo es grande; mas para mí y otros rebeldes como yo se achica, se comprime hasta no dejar un palmo de terreno en qué poner los pies. En la tierra sólo me quedas tú y este rincón tranquilo y silencioso donde vives feliz. En tu busca vengo: si me rechazas, no me queda más sitio para morir que la cárcel ó un hospital, si es que quieren recibirme en él al conocer mi nombre.

Y Gabriel, fatigado por sus palabras, tosía dolorosamente, resonando su pecho como si el aire se deslizase por tortuosas cavernas. Se expresaba con vehemencia, moviendo instintivamente los brazos, como hombre habituado de larga fecha á hablar en público, ardiendo con la llama del proselitismo.

—¡Ah, hermano... hermano! dijo Esteban con expresión de cariñoso reproche. ¿De qué te ha servido tanto leer periódicos y libros? ¿Para qué ese deseo de arreglar lo que está bien, ó si está mal no tiene arreglo posible?... De seguir tranquilamente tu camino serías beneficiado de la catedral, y ¡quién sabe si te sentarías en el coro, entre los canónigos, para honra y amparo de la familia!... Siempre tuviste mala cabeza, por lo mismo que eres el más listo de entre nosotros. ¡Maldito talento que á tales miserias conduce!... ¡Lo que yo he sufrido, hermano, enterándome de tus cosas! ¡Cuántas amarguras desde la última vez que pasaste por aquí! Te creía contento y feliz en la imprenta de Barcelona, corrigiendo libros, con aquel sueldazo que era una fortuna comparado con lo que aquí ganamos. Algo me escamaba leer tu nombre con tanta frecuencia en los periódicos, unido á esos "metinges" en los que se pide el reparto de todo, la muerte de la religión y la familia, y qué sé yo cuántos disparates más. El **compañero** Luna ha dicho esto, el **compañero** Luna ha hecho lo otro, y yo ocultaba á la gente de la casa que el tal **compañero** fueses tú, adivinando que tantas locuras acabarían mal, forzosamente mal... Después... después vino lo de las bombas.

—Nada tuve que ver en ello, dijo Gabriel con voz triste. Yo soy un teórico; abomino de la acción por prematura é ineficaz.

—Lo sé, Gabriel. Siempre te creí inocente. ¡Tú tan bueno, tan dulce, que de pequeño nos asombrabas á todos con tu bondad; tú que ibas para santo, como decía nuestra pobre madre! ¡matar tú! ¡Y tan traidoramente, por medio de artefactos del infierno! ¡Jesús!

Y el "Vara de palo" calló, como aterrado por el recuerdo de los atentados en que habían envuelto á su hermano.

—Pero lo cierto fué, continuó al poco rato, que caíste en la redada que dió el gobierno al ocurrir aquellos sucesos. ¡Lo que yo sufrí una temporada! De vez en cuando fusilamientos en el foso del castillo que hay allá, y yo buscaba ansioso en los papeles los nombres de los sentenciados, siempre esperando encontrar el tuyo. Corrían rumores de tormentos horribles que se hacían sufrir á los presos para que cantasen la verdad, y pensaba en tí, tan delicado, tan poquita cosa, creyendo que cualquier mañana te encontrarían muerto en el calabozo. Y aun sufría más por mi empeño de que aquí no conociesen tu situación. ¡Un Luna, el hijo del señor Esteban, el antiguo jardinero de la Primada, con el que conversaban los canónigos y hasta los arzobispos... mezclado entre la gentuza infernal que quiere destruir el mundo!... Por esto, cuando Eusebio el "Azul" y otros chismosillos de la casa me preguntaban si podías ser tú el Luna de que ha-

blaban los periódicos, yo decía que mi hermano estaba en América y que me escribías de tarde en tarde, por andar ocupado en grandes negocios. ¡Ya ves qué dolor! Esperar que te matasen de un momento á otro y no poder hablar, no poder quejarse, comunicando la pena ni aún á los de la familia... ¡Lo que yo he rezado ahí dentro!... Acostumbrados los de la casa á ver todos los días á Dios y los santos, somos algo duros y pecadores, pero la desgracia ablanda el alma y yo me dirigí á la que todo lo puede, á nuestra patrona la Virgen del Sagrario, pidiéndola que se acordase de tí, ya que ibas de niño á arrodillarte ante su capilla, cuando te preparabas para entrar en el Seminario.

Gabriel sonrió con dulzura, como admirando la simplicidad de su hermano.

—No rías, te lo ruego: me hace daño tu risa. La excelsa señora lo hizo todo en favor tuyo. Meses después supe que á tí y á otros os habían metido en un barco con orden de no volver más á España y... hasta la hora presente. Ni una carta, ni una noticia buena ó mala. Te creía muerto, Gabriel, en esas tierras lejanas, y más de una vez he rezado por tu pobre alma, que bien lo necesita.

El **compañero** mostraba en sus ojos el agradecimiento por estas palabras.

—Gracias, Esteban. Admiro tu fe, pero creo que no he salido tan bien como te imaginas de aquella aventura sombría. Mejor hubiese sido morir. La aureola del martirio vale más que entrar en el calabozo siendo un hombre y salir hecho un pingajo. Estoy muy enfermo, Esteban: mi sentencia de muerte es irrevocable. No tengo estómago, mis pulmones están deshechos, este cuerpo que ves es una máquina desvencijada que apenas si funciona, y cruje por todos lados como si las piezas fueran á separarse y á caer cada una por su lado. La Virgen que me salvó por tu recomendación bien podía haber intercedido algo más en favor mío, ablandando á mis guardianes. Los infelices creían salvar al mundo dando suelta á los instintos de bestia que duermen en nosotros como restos del pasado... Después, en plena libertad, la vida ha sido tan dolorosa como la muerte. Al volver á España empujado por la miseria y las persecuciones, mi existencia ha sido un infierno. No he podido parar en ningún sitio donde se reúnen los hombres. Me acosan como perros, quieren que viva fuera de las ciudades; me acorralan empujándome hacia el monte, hacia el desierto, donde no existen seres humanos. Parece que soy un hombre temible, más temible que los desesperados que arrojan bombas, porque hablo, porque llevo en mí una fuerza irresistible que me hace propagar la Verdad apenas me veo en presencia de dos desgraciados... Pero esto se acabó. Puedes tranquilizarte, hermano. Soy hombre muerto; mi misión tocó á su fin: pero detrás de mí vendrán otros y otros. El surco está abierto y la cimiento en sus entrañas. ¡**Germinal!** Así gritó un amigo mío de destierro cuando en España vió el último rayo de sol desde el tablado del patíbulo... Voy á morir y me creo con derecho al descanso por unos meses. Quiero gustar por primera vez en mi vida la dulzura del silencio, de la inmovilidad, del incógnito: no ser nadie, que nadie me conozca: no inspirar simpatías ni miedo. Quisiera ser una estatua de esa portada, una pilastra de la catedral, algo inmóvil, sobre cuya superficie resbalasen el tiempo, las alegrías y las tristezas, sin causar estremecimientos ni emociones. Anticipar la muerte; ser cadáver que respira y come, pero que no piensa, ni sufre, ni se entusiasma: esa sería para mí la dicha, hermano. No sé á dónde ir: los hombres me esperan más allá de esa puerta para acosarme otra vez... ¿Me quieres contigo?...

VICENTE BLASCO IBAÑEZ



# CLARA DELLA GUARDIA

(IMPRESION DE ARTE)

I

Ella es una cumbre del arte.

Es la reina de la expresión del sentimiento. La Poesía, la Música y la Escultura han enlazado sobre su cabeza sus laureles, tejiéndole la triple espléndida corona de gloria.

La poesía ha derramado en ella, como torrente de perlas, el sentimiento profundo de la verdad de la naturaleza, que presta á su vida energías superiores y que la lleva á expresar el dolor, la melancolía, la ira, la alegría y, en fin, la pasión humana en todas las cuerdas de su múltiple registro, con la fidelidad pasmosa de la verdad absoluta y sin olvidar jamás 'a profunda advertencia del poeta que dijo... "per troppo variar natura e bella".

La música, por su parte, le ha prestado la dulzura de su voz, la melodía de sus entonaciones flexibles y acariciadoras, misteriosas y potentes, y la armonía de su dicción límpida, diáfana y correcta que, deleitando materialmente con sus ecos, atraviesa primero el oído, puerta del cerebro para la palabra humana, y penetra, penetra luego intensamente hasta los más escondidos pliegues del alma, que vibran estremecidos á su dulce contacto!...

Y la escultura... ¡qué decir de la espléndida con que ésta ha tallado el cuerpo de la artista, prestándole, en sus líneas y movimientos, una gracia estatuaría que consideramos superior en verdad y en armonía, en finura y en sentimiento, á casi todas las artistas que han laureado hasta hoy los escenarios de Chile!

II

Y, además, tiene un mundo, un mundo entero de luz y de sombra en los ojos, en los grandes ojos admirables...

Esos ojos son luminosos, fosforescentes, profundos. A veces son azules, á veces verdes, después son negros, bien negros!

Despiden llamaradas ardientes, quemantes y también efuvios luminosos, tiernos y serenos.

Sonríen y lloran, acarician y castigan, tienen resplandores de hoguera y luces de alborada. Expresa con ellos lo que quiere, todo lo que quiere. Son espejo en que se reflejan maravillosamente, y silenciosamente, todas las agitaciones, luchas y tormentas del alma.

Los ojos de Clara Della Guardia prestan á veces á su rostro una hermosura superior á toda pintura, irradian una sugestión magnética que domina y vence al público, y casi nos atreveríamos á decir que el alma de la mujer y de la artista se con-

centra, se refleja y vive en ellos y que, acaso por eso, ellos son la mitad del éxito enorme de la artista!

Su boca es también reflejo de sus ojos y espejo de expresión suprema, intensa, flexible y maravillosamente dúctil á los matices más tenues é imperceptibles del sentimiento. Su boca trans-

figura su rostro y es tal la movilidad de expresión, que á menudo deja adivinar las palabras que va á decir antes de pronunciarlas.

¡Qué infinita y misteriosa gradación de expresiones diversas, desde la sonrisa picante y provocativa de "Zazá" hasta la sonrisa conmovedora de "Frou-Frou" al tartamudear su nombre en la agonía; y desde la infantil y agraciadísima risa de "La figlia di Jephte" hasta la carcajada desgarradora de la pobre "Ofelia" que, ornada de flores, va á desposarse con la muerte bajo las aguas!

¡Cuántos delicados y sutiles matices de expresión en esas sonrisas con que la grande artista sabe recorrer todo el teclado del alma humana, revelando, con la sola expresión de los labios, así la carcajada desbordante de alegría, de las mayores felicidades humanas, como la sonrisa melancólica, doliente, silenciosa, de las mayores tragedias del alma!

Por último, aparte de los ojos y de la boca, y aparte del porte y del cuerpo que, como hemos dicho, es de una plástica modelaría en sus movimientos y líneas, que viste con una sencillez del mejor gusto y que es estatua firme y movable de perpetua expresión artística, tiene todavía Clara Della Guardia otro gran resorte de expresión extraordinaria:

Son sus manos.

Largas, finas, flexibles, al moverse parecen modelar de antemano el pensamiento.

Y se diría que sus movimientos delicados, naturales y nerviosos, perfilan, involuntaria pero exactamente, todos los estados del alma.

III

Sin la exageración algo rebuscada y sin los falsos efectos de extravagancia, á la larga monótonos, de la gran Sarah, Clara Della Guardia ha sabido evitar todas las repeticiones de expresión y las afecta-

ciones de estilo que tan frecuentes son aún en los artistas de más verdadero talento.

En sus movimientos como en sus actitudes; en sus gestos como en su palabra; en sus maneras como en su traje, ella sabe llegar á la cumbre de la pasión sin caer en las exageraciones enfermizas; sabe elevarse hasta lo sublime, sin rozar jamás ni lejanamente el ridículo; sabe variar los mil matices de la pasión y de los caracteres, y edades más diferentes, sin que uno se pa-



Clara Della Guardia

rezca á otro y sin que tampoco deje de vibrar en todos ellos el alma infinita, profunda, compleja y misteriosa de la grande artista!...

## IV

¡Cuánto gusto artístico, qué refinada educación social, qué extraordinaria delicadeza de raza llevan á la escena sus admirables tipos de mujeres nobles y superiores!

Todas ellas, desde la adolorida madre del Delfín de Francia, envejecida en una noche con las espantosas tribulaciones de la Revolución Francesa, hasta la orgullosa y apasionada Clara de Il Padrone delle Ferriere, y hasta la vengativa Fedora y la enamorada Roxana, van marcadas con el inolvidable sello de la más verdadera distinción.

Pero donde Clara toca con más genio la meta de lo sublime, de lo insuperable, es en la encarnación del tipo de la mujer apasionada, ardiente, humana, cuyos ímpetus y luchas de corazón estallan en plena sociedad moderna, en el interior conocido de nuestra vida actual, produciendo ahí las abnegaciones más sublimes, las catástrofes más dolorosas y las locuras más verosímiles.

Vivas, inmortales en el recuerdo de cuantos sean capaces de resistir la fuerza de las pasiones humanas, quedarán para siempre su encantadora y apasionada "Zazá", con aquel imborrable rasgo maravilloso de pasión y de delicadeza de la despedida final que da á su amante al término de la pieza; su tierna y familiar Margarita Gautier, á quien el amor y el dolor rescatan de impura mancha; su Odette, su Frou-Frou, su Magda, su Ofelia, trabajos todos superiores y acabados, en que no se sabe qué admirar más: si el arte ó la pasión, si la pasión ó el arte; y, en fin, ahí quedarán, como las emociones de teatro más intensas y nuevas que haya sentido la actual generación, las producidas por las heroínas de "L'Altro Pericolo", de "Trajedia del Anima" y la desventurada "Gioconda" de D'Annunzio...

## V

Imposible, imposible de todo punto nos parece que jamás artista alguna de país alguno pueda superar estas últimas prodigiosas é inmortales interpretaciones de Clara Della Guardia.

Digan lo que quieran los que no admiten más criterio artístico que el que nos viene cortado por el padrón de los periódicos y modas de París, creemos que es imposible que ninguna artista pueda superar á Clara en el interesantísimo género de drama moderno, de que son tipo acabado "Frou-Frou", "Trajedia del Anima", "L'Altro Pericolo", "Come le foglie" y tantas otras joyas que ella brillanta con el tesoro de una interpretación tan original y propia como variada é insuperable!

Posible es, sí, que su talento extraordinario sea igualado con otros análogos y diversos; pero no es lícito á la mente que ha visto algo perfecto concebir cómo pudiera sobrepasarse el límite de esa perfección.

Por lo demás, á los que crean que exajeramos, los emplazaríamos para el día en que esta insigne artista sea conocida de ese público apasionado de París que hoy impone, crea y destruye, á veces de un golpe, las grandes reputaciones universales.

Cuando los diaristas franceses conozcan á Clara Della Guardia la aclamarán, sin duda, en lo que vale, colocándola en la primera línea entre las artistas "insuperables" é "incomparables". Tal ha acontecido en Europa con todas las grandes glorias del arte italiano.

Hace bien pocos años que Eleonora Duse y Ermete Novelli pasaban por artistas dramáticos distinguidos, talentosos, pero que los críticos sudamericanos no se atrevían á equiparar con las grandes glorias del arte europeo: la Bernhardt, Réjane, Coquelin, Jane Hading, Mounet-Sully etc...

Pues bien, ha bastado que la Duse y Novelli hayan ido á París para que ese mismo público los declare iguales y aún superiores, en ciertos géneros, á sus más grandes y queridas glorias!

¡Ahí están los críticos de "Le Figaro", "Le Theatre", "L'Art" y demás directores del gusto francés, que consideraron ayer no más á esos dos grandes artistas italianos como superiores en muchos respectos á todas las reputaciones francesas!

Sin ser profetas, aseguramos que se repetirán esos entusiasmos y esas aclamaciones justicieras cuando á Clara Della Guardia le toque el turno de golpear á las puertas del escenario francés.

¡Eso sí que tememos mucho que Chile no volverá á recibir el honor de la visita de esta grande artista, cuando su reputación europea se encuentre universalizada por la consagración gloriosa de París!

## VI

No repetiremos aquí la queja ya bastante publicada contra los inasistentes á los cultos espectáculos de la compañía Della Guardia.

Si es verdad que la ignorancia del idioma, la escasez de público, de población puramente intelectual, y la época y teatro en que la compañía ha funcionado, han conspirado para que el teatro no haya estado tan concurrido como los artistas lo merecen, en cambio queremos notar dos circunstancias favorables que algo defenderán la cultura de la actual sociedad contra el cargo de no haberle llenado el teatro todas las noches á Clara Della Guardia.

Nos referimos, en primer lugar, al entusiasmo sincero y unánime que ha despertado la grande artista en el círculo relativamente pequeño, pero constante, que la ha escuchado noche á noche, que la ha seguido al través de todos sus triunfos, que ha llorado, y sufrido y gozado, que ha sentido, en fin, con ella, que la ha aplaudido en todos sus trabajos, que la coronó de flores en la noche de su beneficio y que ha consignado diariamente su opinión entusiasta y apasionada por la grande artista en todos los juicios de la prensa diaria, sin excepción de los periódicos más fríos y reaccionarios en materia artística.

La unanimidad cordial y diaria de la prensa entera para aplaudir á esta grande artista podrá tal vez mitigar la amargura que en su corazón debe haber producido la escasez de público en algunas noches.

En segundo lugar, podrá contribuir á un efecto análogo la circunstancia de que nuestra sociedad culta haya depuesto ante la compañía Della Guardia todas las rancias mogigaterías que la han dominado en materia artística hasta hace poco.

En efecto, cabe á la compañía Della Guardia el honor de habernos puesto al día de todas las principales novedades del gran repertorio dramático moderno, algunas de cuyas piezas no habrían aceptado tal vez el espíritu pacato y reaccionario de la mayoría de nuestra sociedad, si su realismo, fuerte pero sano, no le hubiera sido ofrecido por una artista tan superior como Clara Della Guardia y por una compañía tan homogénea y digna de ella como es la que rodea su trabajo.

El público de Santiago y toda su prensa han aceptado al fin de lleno el sano y noble realismo de la brillante escuela moderna, que no se asusta de la verdad ni se escandaliza del pecado cuando ve surgir, junto á su exhibición bien intencionada, a belleza superior de la moral sana y pura que se impone al fin conmovedoramente sobre todas las miserias, debilidades y pasiones humanas!...

¡He aquí una gloria que dejará ligado el nombre de la compañía Della Guardia al paso de mayor adelanto que podía dar la cultura literaria y artística de nuestra buena sociedad!

En la persona de la compañía Della Guardia ha triunfado, pues, junto con el gusto por su escogido repertorio, el amor á lo bello y á lo verdadero, y ha caído de una vez, derribado, el vetusto y estrecho edificio del sectarismo y de la mogigatería en que se mantenía ahogado hace tantos años el espíritu nacional.

## VII

Gracias sean dadas á Clara Della Guardia y á sus compañeros, de todos los cuales querríamos tener tiempo de decir algo y mucho bueno, especialmente, muy especialmente, del soberbio Hamlet de Maggi, que ha logrado evocar sin miedo hasta el recuerdo glorioso de Rossi; especialmente también del Francesco de "Trajedia del Anima" y del escultor Lucio en "Gioconda" del señor Robert, que nos permite asegurarle grandes días; y especialmente también de la señorita Zambuto, que en la Magdalena de "L'Altro Pericolo" y en la Sirenetta de "Gioconda", se ha revelado artista de corazón y de talento superiores; especialmente del chispeante y simpático Rodolphi y, en fin, especialmente de todos y cada uno de los demás artistas que saben á maravilla realzar con exquisita propiedad los unos el trabajo de los otros y todos el de su estrella brillante y esplendorosa: la señora Della Guardia!

A Clara Della Guardia y sus compañeros debemos, cuantos en Chile amamos el arte, las letras y lo bello, las veladas de más profunda, más intensa y más noble emoción artística de hace muchos, muchos años.

¡Que nuestra gratitud por esos puros goces acompañe siempre, en su carrera triunfal de gloria, á la dama y á la artista, como delicado recuerdo que haga grata y duradera en ella la memoria de este despoblado pero hermoso rincón del mundo!...

JORGE HUNEEUS

Santiago, 27 de Noviembre de 1903.



# Revista de Revistas

SUMARIO.—I. *Revue Bleue*: 1. La huelga general de Suecia; 2. La Filosofía de la Mentira de Fr. Paulhan.—II. *Revue des Deux Mondes*: 1. "George Anderson", novela de Mrs. Humphry Ward; 2. El profesor Rebelliau sobre la compañía del Santo Sacramento; 3. Las construcciones navales en los arsenales del Estado francés.—III. *Le Correspondant*: Las Miserias del Feminismo, por G. Aubray.—IV. *American Review of Reviews*: Fotografías de Espíritus.—V. *Nueva Antología*: 1. Un artículo de L. Capuana; 2. Artículos de Enrico Ferri y G. Sergi sobre Lombroso.

I.—El movimiento huelguista de Suecia (Agosto y Septiembre últimos) ha llamado poderosamente la atención en el mundo entero. Todas las revistas, sin excepción, lo estudian, haciendo notar su enorme importancia sociológica.

Lo que caracterizó á esa huelga fué su condición de generalidad. Por primera vez, en efecto, se presenció una suspensión casi universal del trabajo en un país industrial, y esa suspensión, á diferencia de las ya conocidas en Rusia y Bélgica cuya brevedad fué notable, duró sin desorden alguno un mes entero. Participación en ella 300,000 hombres y mujeres, y si los 250,000 operarios restantes permanecieron en sus faenas, fué porque éstas, por su naturaleza, eran tan imprescindibles que, extendiéndose la huelga á ellas, toda Suecia con patronos y obreros se habría muerto de hambre.

Pero los dos hechos más notables fueron, por una parte, el origen mismo de la huelga, la cual fué causada por el lock-out de los patronos, cansados de ver que los obreros "sindicados" faltaban á cada paso á su contrato de trabajo, y, por otra parte, la victoria patronal alcanzada sin intervención del Estado.

Dedúcese de allí, dicen la *Revue Bleue* y la *Nuova Antología* (y en general las demás revistas), que los patronos una vez sindicados pueden perfectamente vencer las coaliciones obreras.

Pero esa victoria patronal no se alcanzará sino merced á la aprobación de la mayoría de la opinión pública.

El error de los operarios suecos consistió en colocarse en mala postura moral, es decir, en faltar á sus contratos. La opinión, creyendo con razón que la palabra dada obliga tanto al obrero como al capitalista, no perdonó tamaña infidelidad y se puso del lado de los patronos. Sucedió entonces una cosa rara vez vista. Suspendidos los tranvías, los ferrocarriles, los servicios de higiene municipal, presentáronse á desempeñar las funciones abandonadas hombres de la aristocracia, burgueses y agricultores. Así fué como condes y duques no trepidaron en trabajar públicamente en la limpia de calles y acequias. Ingenieros, abogados, médicos, se emplearon en los ferrocarriles, y á los tranvías de Estocolmo sirvieron de maquinistas los estudiantes de la Universidad.

Por otra parte, el gobierno dejó desarrollarse aquella lección sin favorecer á nadie, contentándose con cerrar de un modo absoluto todos los negocios de licores alcohólicos y prohibir la venta aún de vino y de cerveza.

Merced á esas precauciones el orden público permaneció inalterable; redujéronse á un "mínimum" las pérdidas económicas y, vencidos y convencidos, viéronse los huelguistas obligados á someterse.

La lección ha sido buena, sociológica y moralmente. Desde el punto de vista de la sociología, se ve que la huelga general es una utopía y que su realización, si fuera posible, equivaldría á la disolución de una nación; y desde el punto de vista moral, se echa de ver claramente que toda huelga, para tener éxito verdadero, debe ser justa.

Lo más importante es, precisamente, que todos vean cuán eficaz es la sanción moral y cuán poderosa la opinión pública.

2.—Trae la *Revue Bleue*, del 30 de Octubre, un artículo de crítica sobre la filosofía de Fr. Paulhan. Este conocido escritor es un psicólogo notable, pero su sutileza lo hace asemejarse en gran manera á los sofistas griegos.

Para Paulhan, no hay realidad; todo es mentira en el hombre, en la sociedad y en el mundo.

En un libro sobre *Las Mentiras del Caracter*, dice en resumen: "A cada momento disimulamos ú ostentamos opiniones y sentimientos que no son sinceros. Y esto es poco. Los más representamos, á modo de cómicos, un papel, como lo indica, por decirlo de paso, la etimología de la palabra "persona", la cual significa máscara. ¡Cuántos no son los que se visten con un caracter á modo de capa! Débiles, hablamos y obramos como perdonavidas; valientes, encubrimos nuestro valor. Rebeldes á toda emoción, fingimos sensibilidad; sensibles en exceso, profesamos exteriormente el estoicismo. Orgullosos, pretendemos aparentar modestia; modestos, aparentamos orgullo... Faltos de sinceridad para con el público, somos "sinceros" para con nosotros mismos... etc."—Ya se ve, aquello podría durar hasta el día del juicio... Compendiándolo todo en tres palabras, Paulhan declara que los Bovary, los Tartarin, los Tartufos son los tipos de la humanidad. Cual más, cual menos, todos somos embusteros.

Pero la mentira individual tiene por "pendant" la mentira social, cuya expresión es la moral ó la ley, inventada ésta para engañarnos y, por medio del engaño, sugetarnos.

Y las artes, dirá alguien, y las ciencias, ¿serán igualmente partes del universal embuste?

Sí, señor, dice Paulhan: "toda obra de música, de pintura y escultura es ficción y como tal está en contradicción con la realidad. La ciencia es una gerarquía de símbolos, los cuales no sólo pres-

cinden de lo íntimo de los fenómenos, sino de los fenómenos mismos".

No hay, pues, ciencia, no hay moral; no hay nada, en fin, puesto que la realidad misma, por decirlo todo en una palabra, es ficción...

¡Esto se llama filosofía!... Parece á la verdad, que semejantes divagaciones, escritas en estilo filosófico, fuesen el fruto de una apuesta ó disertaciones "oráticas"... Ningún inconveniente tendrían, empero, si entre el "stultorum infinitus numerus" no hubiera tantos individuos para quienes un despropósito emitido dogmáticamente y en letras de molde pasa por filosofía... Estos, influidos por libros como los de Paulhan, se tornan anarquistas. La anarquía es, en efecto, la única conclusión lógica de semejante filosofía.

II.—1. En los últimos números de la *Revue des Deux Mondes* señalamos la traducción de *George Anderson* por Mrs. Humphry Ward, cuya primera parte es publicada en el fascículo del 15 de Octubre. En esta nueva obra, la célebre novelista inglesa estudia el nacimiento de una "nación", pues no otra cosa será, antes de mucho, la provincia de Manitoba, cuyo rápido desarrollo empieza á asombrar al mundo.

2. Necesario es igualmente señalar el estudio del profesor Rebelliau sobre la "Compañía del Santísimo Sacramento y sus dos enemigos: Molière y Port Royal". De este trabajo se deduce una lección siempre útil, á saber: que la práctica de la caridad exige cierto tacto y mucha moderación. Por haber carecido de esas dos cualidades fracasó lamentablemente, durante el reinado de Luis XIV, una sociedad secreta piadosa y caritativa que contaba entre sus miembros á los cristianos más distinguidos y fervorosos de esa época.

3. Señalaré asimismo un artículo anónimo, escrito seguramente por un distinguido oficial de la marina de guerra francesa, sobre la construcción naval en los astilleros del Estado. Es aquello tristemente cómico y sugestivo. Allí se ve cuán nociva es la inmixinión de la política en asuntos que interesan al ejército y á la marina de un país. Según este artículo, el arsenal de Tolón es una reedición de la Corte del "Rey Pétaud". Dividense ahí los operarios en cuatro clases muy distintas: el operario que trabaja (y de esta clase hay poquísimo en Tolón); el aficionado ó más exactamente el mirón que observa y critica, cuando no estorba, el trabajo del primero: el paseador, que vive buscando materiales que nunca halla, y el soñador al cual es natural hallarlo, no sólo tranquilamente fumando en algún rincón obscuro del arsenal ó del buque en construcción, sino durmiendo pura y simplemente. A veces suele éste, sin embargo, dar uno que otro martillazo para salvar las apariencias... Así es como un acorazado se construye, por astilleros privados, en dos años, y en el arsenal del Estado, en cinco ó seis, con una diferencia de varios millones en los gastos. Y tal es el fruto del socialismo práctico y de la "inversión" social, en virtud de la cual los verdaderos dueños del arsenal son los mismos obreros... ¡Hermosa lección!

III.—En *Le Correspondant* (Sertiembre 25) es notable un artículo de Gabriel Aubray, sobre *Las Miserias del Feminismo*. Es visible que, en Francia, á lo menos, reina en esa interesante materia mucho excenticismo. Los resultados del movimiento feminista no han correspondido á las esperanzas de sus promotores. La mujer ve abiertas las principales carreras profesionales, pero no logra en ellas igualarse al hombre: numerosos oficios manuales y mecánicos se ofrecen á la actividad femenina, mas ésta no ha conseguido más efecto que el de abaratar el precio de la mano de obra, perjudicando así al trabajo masculino y favoreciendo al capital. En política, están aún cerradas las puertas, pero es probable que, cuando ya en Francia el excenticismo sobre la eficacia del sufragio universal, explotado, canalizado y manejado por camarillas políticas sin escrúpulos, las mujeres no empeñarán, por adquirir el derecho de voto, una lucha cuyos resultados prometen ser absolutamente estériles.

Quizás en Francia, país de sentido común y de reacciones rápidas, no tarde pronto el feminismo en enriarse, reduciéndose á lo que fué siempre: á algo provisional y preparatorio. Siempre será verdadero lo que dice Madame Mare Helys: "Entre todas esas mujeres que trabajan con éxito ó lo intentan, no hay una que no esté dispuesta á renunciar á su carrera, profesión ú oficio por amor y por un hogar". Y así ha de ser, por ley natural. Para que el feminismo se radicara definitivamente en los cerebros, sería menester que la mujer dejara de ser mujer. En todo caso, aunque en derecho tenga ella abiertas todas las carreras, bien hará en considerárselas, de hecho, como cerradas, pues su única profesión normal es la de esposa y de madre. Todo lo demás es provisional, y, si se arraiga y se hace definitivo, es, salvo casos excepcionales, una desgracia en toda la amplitud de la palabra. Más aún: es, en el sentido peculiar que el inglés da á ese vocablo, "a disgrace"...

IV.—Terminaré esta reseña recomendando á más lectores lean (y á los diarios se sirvan traducir y publicar) un curioso artículo de la "*American Review of Reviews*" (Octubre 1909) sobre Fotografía de Espíritus, cosa que, según Mr. Bedding, director del periódico "Photographic Progress" de Philadelphia, es una desvergonzada impostura. Entre todas las innumerales mentiras de esta muy crédula edad en que vivimos, esta, dice Bedding, es la más desvergonzada "the most shameful and the most shameless".

Después de dar pormenores técnicos sobre la fabricación de fotografías de espíritus (pormenores que cualquier fotógrafo aficionado conoce ó adivina), cuenta Mr. Bedding una curiosísima aventura.

"En una sesión de espiritismo se nos anunció que podríamos, si así fuese nuestro deseo, saludar al espíritu del famoso reformador escocés John Knox, el cual nos daría un buen "shake hand". Hízose la obscuridad en la sala y esperamos. Mi amigo H., hombre aficionado á bromas, se tiñó la mano derecha con anilina morada y, cuando llegó el espíritu á darle un apretón de manos, tomó franca y cordialmente mi amigo la diestra de aquel sér sobrenatural. Pronto se dió luz nuevamente, y no pequeño fué nuestro gusto al ver á un anciano y respetable caballero con manchas moradas en las manos, cara, barba y cabellos blancos... Este era el espíritu.

"Disolvióse en medio de burlas la asamblea, pero no sin exco-mulgar á H. por su pretendida baja é incredulidad"...

Recomiendo el procedimiento á aquellos de mis lectores espiritistas que conservan aún algún resto de sentido crítico.

V.—1. En la *Nuova Antologia* hallamos un artículo de crítica del eximio literato italiano, Luigi Capuana, sobre "Roberto Bracco, novelliere". "Novelliere" significa, nó novelista, sino cuentista ó más exactamente "nouvelliste", es decir, autor de novelas cortas ó cuentos. A este propósito, será bueno que nuestros jóvenes literatos, entre los cuales no faltan "novellieri" distinguidísimos, tomen en cuenta las siguientes líneas de Capuana: "Hay en Italia y fuera de ella una crisis de la "novella" (esto es, del cuento, nó de la novela ó "román"). El público no lee cuentos v. lo que es peor, no los compra. Desean novelas. Desean narraciones largas, capaces de despertar continuo interés por varios días, y no quieren pequeños retazos de vida ó casos reducidos ni manifestaciones rápidas del sentimiento, pasiones, comédias y tragedias mínimas que engañan la atención en el mismo momento en que la excitan. Están ya los lectores cansados de encontrarse á la vuelta de cada diez ó veinte páginas de un libro de cuentos con personajes nuevos que hablan y obran diversamente de lo que obraban y hablaban los anteriores y que, en lo mejor, se desvanecen como fantasmas..." En conclusión, dice Capuana: "Ormai è inutile, occorrono soltanto vasti romanzi: la bella stagione delle novelle è finita".

¿Será cierto? Y lo que es cierto en Italia, ¿lo es igualmente en Chile?

Sin querer dilucidar esta cuestión, repetiré lo que me dijo últimamente uno de nuestros más inteligentes literatos: "Nuestro público gusta de novelas largas y las acepta con tanto mayor placer

cuanto más largas son. Volvemos hacia atrás y, si la plaga de la novela por entregas sigue invadiéndonos, los cuentos no encontrarán lectores". ¡Pobre público! y cuán ageno es á todo placer estético!...

Pero como el lector es el dueño de sus gustos, oportuno será que nuestros literatos procuren satisfacerlo, sin faltar empero á las leyes de la estética. ¿Qué hemos de hacerle? Hay que aplicar en este caso la frase de Tácito: Quiere el público ser engañado... Pues, ¡buen provecho! "Vult dicipi? Decipiatur!"

2. En el mismo número de la *Antologia* (Noviembre 1.º de de 1909) hay dos artículos sobre Lombroso, uno por Enrico Ferri y el otro por el profesor G. Sergi. Ambos son de primer orden, particularmente el segundo, el cual, á pesar de su brevedad (7 páginas), resulta ser una espléndida exposición de la doctrina lombrosiana. Su lectura nos consuela de las divagaciones que pudimos leer, hace poco, en varios diarios...

Un punto curioso es el relativo al espiritismo de Lombroso. Enrico Ferri lo considera como debilidad; mientras Sergi procura explicarlo. "¿Qué diramos, pregunta, tocante á sus ideas sobre los fenómenos comunmente llamados espíriticos? ¿Fué Lombroso espiritista, como pretenden algunos? Podría responder yo: sí y nó, porque, durante sus últimos años, Lombroso propendía (digo: propendía) á la explicación espírita de los fenómenos sopranormales, aunque nunca la afirmó abiertamente y con plena convicción. Cuando afirmó la existencia de los fenómenos, intentó explicarlos fisiológicamente atribuyendo al cerebro las manifestaciones características; más tarde, rodeado y sugestionado por espiritistas convencidos, pareció propender á la admisión de espíritus. "de scores de un más allá". Qué haya de verdad en esto, lo ignoraremos siempre puesto que ya calló la voz que pudo sacarnos de la duda". En realidad, parece cierto que Lombroso, faltando á las leyes de la ciencia experimental, se dejó embarcar... No fué, entre los sabios, el primero, ni será el último. E. Ferri nos explica que Lombroso guardaba á la memoria de su madre un culto de amor y que su corazón filial fué la causa de un tropiezo, en verdad, extraño en un hombre de sus ideas y hábitos científicos. De lo cual sacaremos en conclusión, no la realidad del espiritismo, sino una explicación de las seducciones que tiene aquella doctrina para todos los místicos, hombres y mujeres, en quienes domina típicamente la sensibilidad afectiva.

OMER EMETH



## CAMPO, PLAYA

EMBALAJE Y CONDUCCION GRATIS

Provisiones, Conservas, Licores finos. Por mayor descuento 5 por ciento. Toda mercadería puesta libre estación Alameda.

Importadores HAYES y Co.  
CALLE ESTADO ESQ. AGUSTINAS  
Casilla número 6



## LA MATRITENSE

ESTADO 98, esquina MONEDA

Esta casa ha inaugurado la nueva estación de INVIERNO con un selecto y escogido surtido de Casimires Ingleses

**SOBRE MEDIDA  
PARA HOMBRES Y JOVENES**

Trajes de Veston desde.....	\$ 70
Sobretodos desde.....	\$ 75
Traje de Jaquet desde.....	\$ 110
Traje de Smoking desde.....	\$ 120
Traje de levita desde.....	\$ 140
Traje de Frac desde.....	\$ 160

Materiales de primer orden, hechuras de última moda y confección irreprochable :: :: :: ::



GRAN LIQUIDACION  
DE TRAJES  
Y SOBRETODOS DE MEDIDA, REZAGADOS

**LA MATRITENSE**  
Sastrería, Ropa Hecha, Camisería  
Sombrerería, Paraguetería  
La Casa que vende mejor y mas barato en Chile  
VISITELA Y SE CONVENCERA  
**GARCIA y PALACIO**  
Sucesores de TOMAS PEÑA



# “SELECTA”

Sumario correspondiente á Enero de 1910



	Págs.		Págs.
S. M. EL REY LEOPOLDO DE BELGICA, busto escultórico de Vincotte .....	313	LA SIEMBRA, G. Labarca H. ....	330
HECHOS Y NOTAS, L. Orrego L. ....	314	LOS SECRETOS DE LA ANTIGUA ROMA, El emperador Nerón, G. Ferrero .....	331
VIEJAS CANCIONES, cuadro de Toussaint .....	315	AYUDANDO A LA MAMITA, cuadro de R. Brendamour .....	334
OBSERVACIONES, Jacobo Edén .....	315	AGUSTIN QUEROL .....	335
EL CENTENARIO DE TENNYSON, E. Díez Canedo .....	316	ESCUELA DE BELLAS ARTES DE SANTIAGO, clase de grabado en madera .....	336
STELLA MATUTINA, Manuel del Palacio (cuadro en tricromfa) .....	317	ROMEO Y JULIETA, cuadro de V. Palmaroli .....	337
AL PASAR, Rincón de taller, Eclair .....	318	CONVERSANDO SOBRE ARTE, R. Brunet .....	337
LITERATURA FEMENINA, Angel Guerra .....	320	CHARLAS, C. L. Hübner .....	339
ALGO SOBRE ARQUITECTURA, Nixsur .....	321	ROSAS DE NOVIEMBRE, Gabriel del Mar .....	340
DON GUILLERMO BLEST GANA, M. L. Rocuant .....	324	LA AMENAZA, J. O. Picón .....	341
JOSE ENRIQUE RODO .....	326	SEÑORITA JULIA GANA EDWARDS (retrato) .....	343
LA PESCA, cuadro de A. Forbes .....	327	EL FIN DE NAPOLES, Matilde Serao .....	344
ENSUEÑO, música de R. Schumann .....	328		
LA PARTIDA DE AJEDREZ, cuadro de S. Melton Fisher .....	329	Insercion: LA POSADA DE SANTO DOMINGO, cuadro de Ernesto Molina.	



Apasionado de perfum  
 trovo tra n più soardi  
 soavisimi quelli  
 della casa Bertelle

J. Schiavazzo  
 Salparaiso

**TÉ  
 SANTA  
 FILOMENA**

TÉ  
 SANTA  
 FILOMENA

*El mejor de los  
 tées que se  
 conoce.*

**MUEBLES!**

LOS  
 MEJORES  
 EN  
 CALIDAD  
 Y PRECIOS  
 LOS HALLARÁ UD.  
 EN LA  
**CASA  
 BRESCIANI**  
**47, ESTADO, 47**

**PASTILLAS  
 DR. COMAS  
 ESTOMACALES**

**PASTILLAS ESTOMACALES**  
 del DR. COMAS

Curación radical de las enfer-  
 medades del estómago, intesti-  
 nos, hígado y riñones.—Se vende  
 en todas las Droguerías y  
 Boticas.

Agente por mayor  
**P. PEREZ BARAHONA**  
 Portal Fernandez Concha, 918. Castilla, 2146  
 Santiago

Unico Importador para América, DOMINGO  
 FIGUERAS, Santiago-Valparaíso.